

PROYECTO DE HISTORIA DE COSTA RICA

NUMERO 3

1979

LA SOCIEDAD INDIGENA COSTARRICENSE SEGUN
LOS INFORMES DE GONZALO FERNANDEZ DE
OVIEDO EN LA "HISTORIA GENERAL y
NATURAL DE LAS INDIAS"

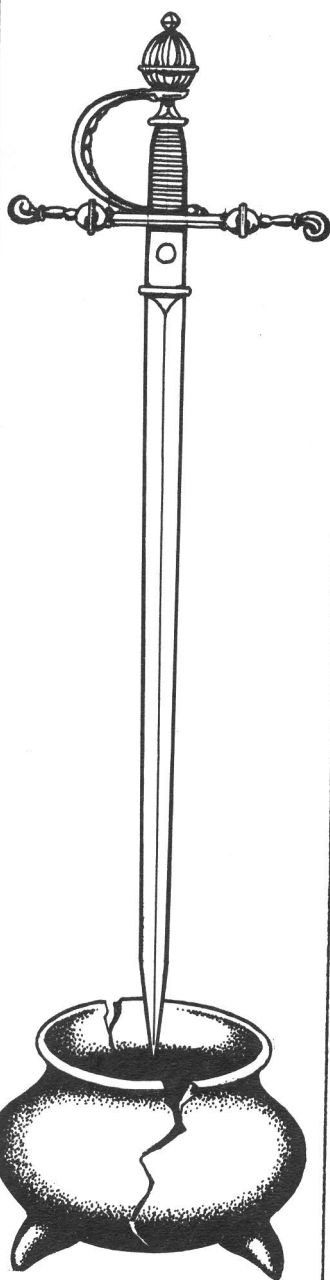
Lic. María Molina de Lines.

Lic. Josefina Piana de Cuestas.

Asistente

Bach. Ana I. Fuentes de May.

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA



Proyecto de Investigación de Historia de Costa Rica
Escuela de Historia y Geografía
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Costa Rica

LA SOCIEDAD INTIGENA COSTARRICENSE A TRAVES DE LOS INFORMES
DE GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO EN LA "HISTORIA GENERAL Y NA-
TURAL DE LAS INDIAS".

Lic. María Molina de Lines
Lic. Josefina Piana de Cuestas
Asistente Bach. Ana F. de May

Noviembre 1979
Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio"

Un informe preliminar sobre el presente trabajo, fue presentado en el Congreso realizado en Nicoya en Agosto de 1978, con motivo del V Centenario del Nacimiento de Gonzalo Fernández de Oviedo.-

Queremos agradecer la colaboración prestada por la Lic. María Soledad Volasco, del Departamento de Antropología, por sus valiosos aportes.-

En forma especial queremos expresar nuestra gratitud y reconocimiento al Sr. Vicerrector de Investigación de la Universidad de Costa Rica, Dr. Manuel María Murrillo, por el permanente apoyo que nos brindó en nuestra tarea.-

La sociedad colonial no se organiza solamente sobre la base de las hazañas españolas, sino que surge de la interacción entre la nación española y la indígena. La conquista de Costa Rica, no se realiza sobre una tierra desocupada. En especial, en los dos primeros siglos del período colonial, la metrópoli readaptará la estructura tradicional aborigen a un nuevo sistema. Ese ordenamiento, a su vez, responderá a la función específica que el territorio asumirá dentro del conjunto colonial español.

En este sentido, entender la sociedad colonial, supone la obligación de conocer el ordenamiento de las sociedades prehispánicas de nuestro territorio, sus mecanismos adaptativos y sus fórmulas de cohesión interna.

Conjuntamente con la trama administrativa del imperio español, debemos buscar también las bases sobre las que asentaron la edificación. Por ello, la sociedad indígena y el marco geográfico, incidirán en las variaciones regionales del sistema colonial.

El régimen español, no eliminó de raíz la cultura indígena. A pesar de la situación de desigualdad con que

se manejaron vencidos y vencedores, durante esos dos primeros siglos de dominación hispánica, la estructura colonial española se adapta a la realidad americana.

Si bien resulta impactante al estudioso contemporáneo las consecuencias que producen los primeros años de conquista sobre la sociedad aborigen, (ya que la disgregación, el hambre y la explotación, conducen a la desaparición de miles de indígenas), no es menos cierto que la experiencia colonial no se agota allí. Durante más de dos siglos, los mecanismos administrativos, transforman la estructura aborigen, a medida que la integran a la vida económica europea.

El indígena, se encontrará en una situación dicotómica: si su condición de vencido lo hace dependiente de las disposiciones coloniales, por otro lado, su conducta se mantendrá ajustada a los valores de la antigua sociedad.

Esa misma situación colonial, que impone límites y restricciones a su estilo de vida, permitirá también a algunos de los miembros de la sociedad indígena nuevas alteraciones, como ejemplo el caso de los caciques surgidos al

calor de la dominación.

A medida que algunos individuos optan por introducirse en el sistema impuesto por los europeos, los límites de la relación entre los componentes de la sociedad aborigen, se vuelven más confusos. En estas ocasiones, es la autoridad colonial, la encargada de redefinir las relaciones entre los miembros de la sociedad tradicional, pero de acuerdo a la legislación de los españoles.

De esta forma, durante el proceso de estructuración colonial, la comunidad indígena cambia sus patrones de conducta. Esto transforma, incluso, las relaciones sociales entre los indígenas, que cada día tienen menos sentido en una sociedad que posee sistemas de movilidad y estratificación diferentes.

El descubrimiento de América, por lo tanto, no marca solamente el inicio de la implantación del dominio español en buena parte del continente, sino también el comienzo del quebrantamiento de las sociedades prehispánicas.

Un proceso de larga duración, que no se circunscribe solamente a los primeros siglos de dominación española, sino que se prolonga hasta el presente.

que en muchas regiones de nuestro continente, prosigue en la época independiente y llega hasta nuestros días.

Analizar los procesos de cambio dentro de la sociedad tradicional, implica conocer también en profundidad la estructura prehispánica. Ese entendimiento solo puede surgir de los estudios arqueológicos y de la interpretación de documentos relativos a los primeros años de la conquista española. Hasta el momento, ambos campos de investigación, se encuentran en sus comienzos en nuestro país.

Lo que intentamos aquí, es desviarnos del punto de observación clásico para estudiar la sociedad colonial. Nos interesa, a través de una evaluación crítica de los documentos del siglo XVI, conocer a las sociedades autóctonas en el momento de la conquista y el proceso de desestructuración que sufren, ante un fenómeno externo a ellas.

No se trata de rescatar con lamentos y sentimentalismos el pasado prehispánico sino reconocer los procesos de cambios sociales, a través de un método, el etnohistórico, que en la última década ha dado resultados excel-

tes a través de especialistas de la talla de Nathan Wachtel (1), John Murra (2), Karen Spalding (3) y León Porti-
lla (4).

Historia y Etnografía, estudian en este caso, un paisaje común, pero desde perspectivas diferentes. Mientras la primera busca las originalidades y el devenir de las sociedades, la segunda nos revela regularidades en el comportamiento. La Historia nos provee de toda una metodología para interpretar nuestros datos: la que aplica a los documentos escritos. La Etnografía, en cambio, nos permite desprendernos de nuestros hábitos mentales occidentales (producto de siglos de dominación europea), para tratar de comprender las escalas de valores y de las actitudes frente a la vida de las sociedades indígenas.

-
- (1) WACHTEL, Nathan: Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570). Alianza Editorial, Madrid, 1976.
 - (2) MURRA, John: Formaciones económicas y políticas del mundo andino. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1975.
 - (3) SPALDING, Karen: De Indio a Campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial. Instituto de Estudios Peruanos, Lima 1974.
 - (4) LEON - PORTILLA, Miguel: Religión de los Nahuas. Análisis y comparación de tradiciones culturales nahuas. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1972.-

Desgraciadamente, no poseemos para nuestro territorio fuentes indígenas que recuerden sus tradiciones y su derrota frente al conquistador, como el manuscrito de Tlatelolco (5) o el Apu Inca Atawallpaman (6).

En los archivos de la administración española, publicados en colecciones documentales, o bien ubicados en repositorios, sí podemos hallar datos inapreciables para nuestro tema.

Los cronistas españoles, y en especial Gonzalo Fernández de Oviedo, también nos proveen de datos sobre las sociedades indígenas en la primera mitad del siglo XVI. Pero estos datos deben ser analizados con mesura, teniendo en cuenta la finalidad con que fueron escritos los informes y la particular mentalidad española de la época.

(5) Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi, Tomo II, Biblioteca Nacional de Paris.

(6) Elegía quechua anónima, en El reverso de la Conquista de Miguel León Portilla, 2a. edición, Mexico 1970, p.179-184.

En la primera publicación de esta serie de avances, intentamos explicar los objetivos perseguidos por Gonzalo Fernández de Oviedo en sus escritos, encuadrándolos dentro de una filosofía política española para la dominación de Indias. Ese ensayo, nos sirvió como análisis de fuente para reconocer el contexto intelectual, y las condiciones en que escribió su obra el cronista.

Tal vez nos quedaría otro tramo de camino por cubrir; aquel de la "pésquisa severa y rigurosa" a que nos incita Carlos Aranibar (7), tratando de encontrar las correspondencias y concordancias entre cronistas. Pero esto por sí solo, sería tema de otro intento de investigación.

Aún la presente exploración sobre los informes referentes a la sociedad indígena en la crónica ovideana, deberán ser confrontados a posteriori, con otras crónicas y documentos de la época.

(7) "Algunos problemas heurísticos en las crónicas de los siglos XVI - XVII". Nueva Crónica. Tomo I, p. 129. Lima, 1963.-

ALGUNOS NIVELES METODOLOGICOS Y MARCOS TEORICOS

Si con el cuarto viaje de Colón, se inicia la descomposición de la estructura autóctona de los territorios costarricenses, ese final no implica un hecho tajante, ni un corte definitivo de lo prehispánico.

El período de cambios que se inicia con la llegada de los españoles, nos obliga a buscar la relación dialéctica entre lo continuo y lo discontinuo, lo que permanece por encima de los cambios, la lenta transformación de las estructuras. Una transformación que tal vez deberemos rastrear hasta nuestros días a través de las tradiciones orales, cuentos y leyendas de los grupos indígenas que aún sobreviven en nuestro territorio.

Las permanencias y los cambios del mundo indígena, han sido objeto de conocimiento por parte de importantes científicos sociales. Tal vez fuera necesario detenernos un instante y hacer mención de algunos de ellos.

Nathan Wachtel, al analizar el proceso que se da con el hecho de la conquista española en el estado incaico utiliza como marco teórico, un enfoque estructuralista (8).

(8) WACHTEL, Nathan: op. cit. cap.2.

Por una parte nos habla de una serie de combinaciones de elementos, relacionados por una lógica interna, que formarían las estructuras parciales. Estas, a su vez, se articularían entre si concretando una estructura más extendida.

Por otra parte, el sistema entero se encontraría regido por dos principios, el de redistribución y el de reciprocidad, que integrarían su lógica interna.

Si bien en apariencia esa lógica interna es, en cierta medida, atemporal, dentro de la organización incaica aparecen una serie de contradicciones surgidas de la práctica, que a la larga la transformarán.

La conquista española viene a detener este desarrollo, porque si bien la colonización aprovecha algunas estructuras parciales, la estructura más amplia se descompone para dar paso a otro sistema que desde el punto de vista del indígena, aparece como "desequilibrado y unilateral".

El sistema ideológico, que otorgaba sentido a la explotación incaica, se transforma más lentamente que los sistemas económicos y sociales; de allí que la dominación

española, sea vivida como un avasallamiento, puesto que no va acompañada para el indígena, por una ideología nueva que la justifique.

El autor analiza también el folkllore andino, tratando de buscar allí la supervivencia en la memoria colectiva del proceso de la conquista. A pesar de las divergen-

cias entre los hechos históricos y los relatos folklóricos, intenta hallar una coherencia interna a través de un análisis estructural en los elementos estudiados, en tanto el folkllore también representa un lenguaje.

Si bien el estudio de Wachtel se realiza sobre una organización prehispánica que no reúne las mismas características de las sociedades indígenas del territorio costarricense, sería importante tener en cuenta ese marco teórico que podría ser aplicado, con las variantes del caso, a nuestro centro de interés.

Otro estudio interesante, aplicado en regiones que poseen características similares a la nuestra, en especial por su carácter marginal, es el realizado por L.C. Faron (9). En este caso, el autor enfatiza la organización pre-

(9) L.C. Faron: "Effects of Conquist of the Araucanian Picunche during the Spanish colonization of Chile: 1536-1635" Ethohistory, 1960, pp. 239-303.-

hispanica en tribus segmentarias y la situación marginal en la época colonial, a los efectos de explicar las particularidades del rápido proceso de aculturación sufrido por la sociedad tradicional, al no poseer instituciones estatales.

Aquí corresponde hacer una aclaración. Si bien el proceso de conquista fue intensamente más rápido en aquellas sociedades indígenas que poseían una estructura más compleja, como es el caso de México o Perú, el proceso de aculturación en esas mismas sociedades fue inversamente más lento. En el ánimo de buscar regularidades, en aquellas zonas marginales donde el indígena no se encontraba tan aferrado a la tierra a través de sus estructuras, el proceso se da a la inversa mientras los hechos militares de la conquista se extienden en lapsos más largos, cuando ésta se produce definitivamente, la aculturación y el mestizaje se desarrollan aceleradamente.

Si bien este tipo de afirmaciones pudieran parecer algo temerarias, debemos recordar que por encima de algunas regularidades, encontramos distintos niveles, donde entran en juego las características prehispánicas y las

modalidades de la conquista. Los estudios de Karen Spalding, sobre los cambios en la estructura social del área andina durante el período colonial (10), también resultan importantes en nuestro caso, ya que nos plantean otro tipo de modelo para reconstruir la transformación de la sociedad en ese período. En forma especial, resulta inapreciable su estudio sobre el kuraka y su incidencia en el comercio colonial.

De todas formas, la casi totalidad de los estudios etnohistóricos sobre la época que nos interesa, tiene su plataforma de lanzamiento en una revaluación de las fuentes escritas: visitas, expedientes sobre litigios de tierras, relaciones geográficas, son analizadas desde una nueva perspectiva que se obtiene de los estudios antropológicos.

Esta puesta al día de las fuentes, tiene uno de sus antecedentes en John V. Murra en quien se conjuga la metodolo-

(10) MURRA, John: Formaciones económicas y políticas del mundo andino. Instituto de Estudios Peruanos. Lima, 1975.

gía histórica con los aportes de la antropología social.

Sus estudios sobre instituciones prehispánicas (que perduraron por encima de los cambios coloniales) y sus trabajos interdisciplinarios en Huánuco, resultan trascendentes en este campo.

Las investigaciones de Miguel León Portilla, ya clásicas en este tipo de temática, lo colocan como pionero de la etnohistoria de mesoamérica. Su trabajo sobre la religión de los nicaraos, resulta de gran valor para reconocer no solo los orígenes de la población indígena del Norte de Costa Rica, sino también como análisis de fuentes para esa región en el siglo XVI. (11)

Para entender el proceso, donde interactúan las estructuras tradicionales y las europeas, podríamos recurrir también al método comparativo, analizando otros grupos humanos que en condiciones similares de situación colonial, cambiaron sus patrones de conducta, a medida que la "red desintegrante" las iba penetrando.

(11) LEON - PORTILLA, Miguel; op. cit.

Nos estamos refiriendo a situaciones coloniales pasadas, como las de Mexico y Perú, o presente como las africanas. (12)

Si pretendemos alejarnos un poco del empirismo descriptivo usado hasta hace algunas décadas en los estudios históricos y, como contrapartida, acercarnos en cierta medida a la búsqueda de regularidades en la conducta humana, es probable que la ayuda del método comparativo (con todos los riesgos que implica), nos acerque algo más a la meta.

De especial importancia, son los estudios que se realizan actualmente en el CISINAH, sobre las modificaciones que el régimen colonial establece en el tributo prehispánico. El conocimiento de este tema, podría aclararnos las variantes en el sometimiento del indígena.

(12) SPALDING, Karen: op. cit. pp. 26-27.

ALCANCES Y CARACTERISTICAS DEL PRESENTE TRABAJO

Este trabajo exploratorio, intenta lograr una primera aproximación a la problemática del cambio en la sociedad autóctona, en momentos de su incorporación al sistema europeo. Se trata en este caso, de un primer intento, tomando como fundamento los informes del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, ubicados en la primera mitad del siglo XVI.

En las últimas décadas han arreciado las críticas sobre el uso excesivo y la confianza depositada por algunos historiadores, en los informes emanados de los cronistas.

Si bien consideramos que esas críticas son correctas, en el caso que nos ocupa, las fuentes de Oviedo, relacionadas a los territorios que él recorrió personalmente, pueden ser utilizadas con mayor seguridad.

Esta cierta medida de garantía, surge de las indicaciones del autor, en cada uno de sus relatos, sobre el origen de los mismos:

"... no escribo de auctoridad de algún historiador o poeta, sino como testigo de vista, en la mayor parte, de cuanto aquí trataré: y lo que yo no hobiere visto, dirélo por relación de personas fidedignas, no dando en cosa alguna crédito a un solo testigo, sino a muchos, en aquellas cosas que por mi persona no hobiere experimentado. Y dirélas de la manera que las entendí, y de quien: porque tengo cédulas y mandamientos de la Cesárea Majestad para que todos sus gobernadores e justicias e oficiales de todas las Indias me den aviso o relación verdadera de todo lo que fuere digno de historia, por testimonios auténticos, firmados de sus nombres e signados de escribanos públicos de manera que hagan fe... Por cierto, yo veo cosas escritas desde España destas Indias, que me maravillo de lo que osaron los autores decir dellas, arrimados a sus elegantes estilos, seyendo tan desviados de la verdad como el cielo de la tierra, y quedan disculpados con decir: " así lo oí, e aunque no lo ví, entendílo de personas que lo vieron e dieron a entender"...

(Tomo I, p.13-14)

A pesar de ello, es imprescindible en estudios posteriores, utilizar los datos ofrecidos por otros cronistas y documentos coetáneos, para confrontarlos y completar la información.

Tal como lo hiciéramos en nuestro avance anterior, haremos uso de la "Guía para la clasificación de los da"

tos culturales" de George P. Murdock y Clellan S. Ford, editada por la Unión Panamericana, cuyos apartados numerados se encuentran en la parte superior de las transcripciones.

En algunos casos hemos incluido informes sobre las regiones aledañas a Costa Rica, dada la estrecha relación y semejanzas culturales en el período prehispánico, entre los grupos del sur de Nicaragua y norte de Panamá, con los de nuestro país. Además, hemos incluido algunos da-

tos de las culturas caribeñas, teniendo en cuenta sus influencias a partir de la costa atlántica costarricense.

LA REACCION ANTE LA CONQUISTA: UN INTENTO DE INTERPRETACION DE LOS DATOS.

La llegada de los españoles encuentra a las sociedades indígenas, en el período que los arqueólogos han denominado el Postclásico, para el área Mesoamericana. Una etapa caracterizada por la expansión cultural mexicana. Los pochtecas, recorrían las rutas comerciales de mayas y pipiles, en busca de materias primas como jade, plumas, oro y cacao. Es probable que algunos enclaves mexicas o pipiles

se ubiquen cerca de Nombre de Dios, en Panamá, y que existiera otro en la desembocadura del Río San Juan. La cerámica nicoyana muestra influencias culturales e intercambios comerciales con los aztecas.

El siglo XVI encuentra también a los Nicaraos y a los Chorotega-Mangue en expansión hacia el sur, y sobre todo a los primeros, realizando continuos viajes de intercambio hacia Panamá.

La vertiente atlántica de Costa Rica, se caracteriza por hallarse en una época de ceremonialismo religioso y de continuo avance de la influencia sudamericana. Las relaciones culturales entre los habitantes del Diquís y Chiriquí son estrechas.

Tanto el área de Nicoya, como la vertiente atlántica y las zonas sureñas, nos revelan el amplio significado religioso del oro y los intercambios permanentes entre ambas regiones. (13)

(13) STONE, Doris: Arqueología de la América Central. Biblioteca Centroamericana de las Ciencias Sociales. Edit. Piedra Santa. Guatemala, 1976.-

Los habitantes de lo que hoy es Costa Rica poseen a la llegada de los españoles, diversos grados de organización social y se hallaban comprendidos en distintas familias culturales.

Las sociedades indígenas detentan, de acuerdo a datos proporcionados por la arqueología, un bajo nivel de civilización material, y la vida económica se circunscribe dentro de los marcos de la lucha por la supervivencia.

Por ello, el conocimiento del medio natural en el que se desarrollaron las culturas aborígenes, nos es fundamental para entender los mecanismos adaptativos usados por los indígenas costarricenses. Si bien para entender y organizar los datos que poseemos sobre nuestro tema, apelamos al uso de categorías descriptivas arbitrarias (religión, economía, organización social, etc.), debemos tener presente que en ninguna cultura cada uno de esos sistemas son independientes, sino que se hallan profundamente integrados.

Esta relación estrecha entre el hombre y el medio ambiente, nos lleva a determinarnos para hacer un breve re-

cuento de los datos que poseemos para reconstruir el esque-
nario geográfico.

El territorio de Costa Rica, aparece como una tierra

fértil, en especial la región de Nicoya y las próximas a

Nicaragua, donde abunda la caza y la pesca. y la alta con-

centración de plantas comestibles permite la facilidad de

los asentamientos humanos.

El tipo general de vegetación, permite su aprovecha-

miento en la dieta, sin necesidad de recurrir, en la mayo-

ría de los casos, al cultivo de muchas de las especies -

frutales.

Tal es el caso de las tunas, el mamón, la zarzamora,

los guanábanos, los caimitos, etc. Algunas de estas plan-

tas eran sembradas en los mismos asentamientos y aprove-

chadas tanto para sombra, como para su inclusión en la die-

ta.

No pocas de ellas eran usadas en la terapia médica,

en la confección de adornos y atavíos, o bien en la elabo-

ración de latecnología (cuerdas, cestas, etc.),
y aún en la construcción de viviendas.

Sin duda frente a esta prodigalidad de la naturaleza, los habitantes de Nicoya y Guanacaste, habían logrado establecer un ciclo estacional, integrando las actividades de la recolección, la caza y la pesca con la agricultura. Asimismo, los suelos y el clima les permitían obtener cultivos excelentes en maíz, cacao, chile y frijoles.

Sus patrones de asentamiento eran, en ambas regiones, los de poblados amplios, que incluían dentro de ellos zonas especiales para el intercambio de mercaderías, los mercados o tiánguez.

Diferente es el panorama que se nos presenta, para otras regiones de nuestro país, en particular la vertiente atlántica y la zona del Pacífico Sur.

Allí la naturaleza se muestra más áspera, a pesar de la mayor vegetación, con grupos humanos de menor tamaño, que poseían una agricultura itinerante. En estas regiones,

la distribución dispersa de especies vivientes, lleva a los métodos de cultivos y a patrones de asentamiento que a primera vista pudieran parecer "primitivos", pero que en realidad son la respuesta a condiciones particulares del medio geográfico.

La organización social aborigen, se estructura sobre la base de la forma de tenencia de la tierra y los sistemas de aprovechamiento de los recursos naturales.

Basta observar la dieta alimenticia y los métodos utilizados para explotar esos recursos naturales, que en el caso de nuestro territorio resultaban increíblemente pródigos.

El indígena se consideraba a sí mismo como parte complementaria de la naturaleza. No otra cosa reflejan las características de su religiosidad: el espíritu humano puede, mediante ciertos ritos, penetrar en el cuerpo de los animales, y a la inversa (14)

Es tal la compenetración del hombre autóctono con su medio ambiente, que su presencia no resulta destructiva

(14) G.F. de Oviedo: op. cit.: Tomo I pp: 219-220

dentro del ecosistema.

Sus sistemas productivos se dirigían, en buena parte del territorio costarricense, a lograr una autosuficiencia básica. Pero esa misma naturaleza que formaba un todo con la sociedad indígena, constituyó para el español una barrera increíble a su expansión. Para ello tenemos buenos ejemplos con los primeros intentos conquistadores en la zona atlántica, en especial la expedición de Diego Gutiérrez.

A los pocos años de iniciarse el dominio español en nuestro territorio, comienzan también los primeros cambios en el escenario geográfico (15). Es que, por una parte el objetivo de los asentamientos españoles era la exploración comercial, y por otra, quien dictaba las normas comerciales era la metrópoli.

Sabemos, por los datos arqueológicos y los documentos españoles, que no podemos hablar de una sociedad indígena homogénea en nuestro territorio, sino de superposición de organizaciones de orígenes diferentes. Pero por encima de

(15) G.F. de Oviedo: op. cit. Tomo 1: 206

esos particularismos regionales y de esas divergencias locales, nos encontramos con una cierta homogeneidad que nos permite generalizar en nuestras deducciones. Para el estudio de las economías primitivas, es necesario recurrir a enfoques más amplios que abarcan algo más que la teoría económica moderna. Los determinantes de la actividad económica en esas poblaciones, son diferentes a los de las sociedades actuales.

La forma familiar de producción, en los grupos tribales, provoca una cierta anarquía económica. Los lazos de parentesco determinan la distribución de los bienes, en tanto que las tierras son propiedad de grupos corporativos o linajes, y la división del trabajo, se da fundamentalmente a nivel de los sexos.

Oviedo nos hace mención a los "libros pintados con los términos de sus heredamientos" que poseían los indígenas de Nicaragua, y pensamos que no sería atrevido suponer que en realidad se trata de gráficos, donde se delimitan los territorios de los linajes. De la misma forma, es probable que los "consejos de ancianos", estuvieran integra-

dos por las cabezas de los diferentes linajes que conformaban la organización tribal.

La división del trabajo por sexos, tiene su ejemplificación en el mercado o tiánguez, donde sólo se le permitía la entrada a las mujeres, y cuya única excepción la constituían los varones extranjeros.

Si bien las herramientas son simples, de fácil producción, y pertenecen en forma individual a las personas que las elaboran, hay actividades en las que participa toda la comunidad, como el riego, la construcción de edificios públicos, la guerra y el ritual religioso.

Pocos son los datos que encontramos en el cronista, que nos indiquen el tipo de propiedad existente sobre la tierra y otras riquezas, o bien la forma de circulación de los bienes,, indispensables para reconocer la estructura económica.

En este sentido, podemos recurrir en cambio a los estudios antropológicos sobre las sociedades tribales y a

las investigaciones etnohistóricas antes mencionadas.

De los testimonios sobre fauna y flora, podemos deducir que la mayor parte de los bienes se consumían dentro de la misma localidad productora, si bien las familias no laboraban sólo para el uso, sino también para el trueque.

Dentro de ese sistema productivo, una importancia radical debe haber tenido la reciprocidad y la redistribución. La primera, movilizándose no sólo entre iguales, sino también dentro de una jerarquía, y la segunda comprendiendo todo el sistema de tributos propio de las jefaturas tribales.

La intensidad y las modalidades del régimen de reciprocidad y redistribución, varían según nos refiramos a las jefaturas tribales de la región de Nicoya (de organización más compleja), o bien a las tribus segmentarias del Pacífico Sur y la vertiente atlántica. (16)

(16) POLANYI, Karl. ARENSBERG, Conrad M.; PEARSON, Harry W.: Comercio y mercado en los imperios antiguos. Edit. Labor. Barcelona, 1976; pp. 296 y ss.

(VI) La mujer debe haber jugado un papel importante en la transmisión de cultura, y por lo tanto en el intercambio de tecnología. La comitiva que acompaña a Diriajen, incluye 17 mujeres cubiertas de patenas de oro, quienes entran a entrevistar a Gil González junto a los caciques principales.

Algo parecido sucede en la vertiente atlántica. En la carta fechada en Jamaica, de 7 de julio de 1503, Cristóbal Colón relata en forma entusiasta el recibimiento hecho por los aborígenes de Cariay:

"Cuando llegué allí luego me enviaron dos muchachas muy ataviadas: la más vieja no sería de once años y la otra de siete, ambas con tanta desenvoltura que no serían más unas putas: traían polvos de hechizos escondidos; en llegando las mandé adornar de nuestras cosas y las envié luego a tierra..."

Comentando este incidente, el historiador Jorge Linares, nos dice: "Aquí el Almirante es objeto de una cortesía por parte de los naturales que él no comprende ni puede apreciar en su justo valor. Por poco se rompen las paces... Los indios, al recibir las de nuevo, las despojan de sus ropas, amontonan los presentes en la playa, y para mostrar su resentimiento por el desprecio inferido al no aceptar

las doncellas, se alejan en silencio a los bohíos". (17)

La descripción que el cronista nos hace de las poblaciones del Golfo de Oroitiña, datos que toma de Gil González; (18), nos muestra en esa región algunas diferencias étnicas y culturales.

Algunos rasgos, como el uso de penestuche, y de balsas hechas por varios maderos atados por los cabos, son de clara influencia sudamericana.

Los poblados del golfo son grandes, y parecieran

Indicar un sistema de aldeas especializadas, como

En el caso de los habitantes de la Isla de Chara,

que "son de otra lengua diversa y entiéndense algo con

la de Curva", podríamos inferir que su origen sea diferente

al de los otros habitantes del golfo, y que su es-

(17) LINES, Jorge: Integración de la provincia de Costa Rica bajo el reinado de Carlos V.

Instituto Costarricense de Cultura Hispánica: San José, 1959. p. XIII.

(18)

pecialización en la pesca de perlas y nacarones les per-
mitió permanecer en el territorio, contribuyendo a la eco-
nomía de la jefatura tribal.

Como es sabido, este sistema de jefatura se basa
en un mecanismo de cohesión tribal que proporciona a los
grupos integrantes una redistribución de la riqueza, don-
de la guerra juega un papel que hace posible el intercam-
bio de tecnología (vale decir, de mecanismos adaptativos),
mano de obra esclava y la exogamia local.

El mismo informe del Tesorero Andrés de Cereceda
sobre el viaje de Gil González Dávila (19) nos demuestra
el mayor poblamiento y riqueza de los asentamientos en
la región del Golfo de Nicoya, con respecto a las zonas
que se ubican al sur del Río Grande de Térraba.

(19) PERALTA, Manuel María: Costa Rica, Nicaragua y Panama
má, en el siglo XVI... Madrid 1883; pp. 27 a 31.

En carta dirigida al Virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza, en 1542, Oviedo se refiere al origen de la población del Golfo de Orotiña:

"Por manera que, resolviendo mi opinión, los antecesores de Montezuma son de la misma costa del sur de Nicaragua, e de aquel golfo de Orotiña, e de allí abaxo hacia el Occidente, e por tierra pudieron ir muchos a su placer a la Nueva España". (Tomo IV, 248).

Pero estas poblaciones, que hoy conocemos como Ni caraos, son consideradas por nuestro cronista como "moder nos", en tanto que,

"Los de la lengua chorotega son los naturales; si no lo son los chondales; por que aunque hay otras muchas lenguas, estas dos parece que son más generales; y desde ellos al Levante, ni de los unos ni de los otros no hay tales lenguas, a lo que yo he podido alcanzar..." (Tomo IV, 254).

Los informes de Oviedo nos presentan a las islas del golfo de Orotiña y a sus costas alledañas muy pobladas, de "gente bien dispuesta", donde vemos mezclarse las costumbres del área mesoamericana (los sacrificios y la antropofagia ritual), con las del área sudamericana (el uso de un "capullo" sobre el miembro generativo), tal vez de

raigambre más antigua.

No es mucho lo que conocemos de los rituales de estas poblaciones, y el mismo Oviedo se lamenta de la irrupción de los españoles, y la saca de esclavos hacia otras tierras, con su consecuente disminución en la población, produjo el olvido de las costumbres y ceremonias indígenas.

El juego del "palo volador", los areítos y la descripción del poblado de Tecoatega, atraen su atención.

No vamos a entrar aquí en la consideración de estos temas, puesto que han sido tratados con largueza por historiadores en años anteriores (20)

No son muchos los datos provistos por Oviedo, que poseemos de la población aborigen de Veragua y la vertiente atlántica de Costa Rica. Sí, en cambio, son abundantes para la provincia de Cueva y Castilla del Oro. Atenién-

(20) LEON PORTILLA, Miguel: Religión de los Nicaraos. Análisis y comparaciones culturales nahuas. UNAM, México 1972.-

CHAPMAN, Anne M.: Los Nicaraos y los chorótega según las fuentes históricas. Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, San José, Ciudad Universitaria, Rodrigo Facio, 1963.-

LINES, Jorge: La concepción del mundo de los aborígenes de Costa Rica. En: Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, 1958.-

donos a los modernos datos de arqueología, no sería arriesgado utilizar las informaciones derivadas de la "Historia General", para las dos regiones mencionadas, en un intento de comprensión de la cultura aborigen del Atlántico Sur de Costa Rica.

Al parecer, Veragua tendría las mismas características culturales y geográficas que la provincia de Cueva, en Castilla del Oro, con todo lo que ello significa en cuanto a la influencia sudamericana:

"...los bastimentos /que hay en Veragua/ son maíz, e vino que dél se hace, e yuca e las aves e fructas e pescados e todo lo de más que hay en la provincia de Cueva, en Castilla del Oro, que confina con Veragua.
..."
Tomo III; 203)

En lo que hace a la lengua hablada por los naturales de Veragua, nos encontramos con un problema, porque si bien ateniéndonos a la afirmación del párrafo anterior, Veragua y la Provincia de Cueva tendrían iguales características,

en otro párrafo del tomo I, Oviedo expresa:
"En la lengua que llaman de Cueva, que es gran provincia, hay muchas diferencias de vocablos y sin esa lengua, de las que yo he visto por la Tierra Firme, hay lengua de Coiba, lengua de Burica, lengua de Pa

... de Veragua, Chondales, Nicaragua, Chorotegas, Oroci, Orotiña, Guetares, Maribios e otras muchas." ...
Tomo I; 203.

Si tuviéramos que buscar alguna característica que sirviera para definir a la sociedad colonial, desde el

punto de vista de los vencidos, sería la de la violencia.

No obstante, no significan la desestructuración del orden económico y social prehispánico, aún cuando durante todo el siglo XVI, los resultados de la aculturación hayan sido poco evidentes.

Sin duda, la violencia existía en las sociedades autóctonas americanas antes de la llegada del español, pero con diferentes características, ya que hallaba su razón de ser dentro del sistema total.

Como dijimos anteriormente, la guerra cumplía con un papel definido: la consecución del intercambio de tecnología, la posibilidad de la exogamia y la obtención de mano de obra esclava. La guerra es, dentro de las sociedades tribales, una "circunstancia subyacente", pero tam-

bién la sociedad tribal crea mecanismos represivos para delimitar las hostilidades. En muchas ocasiones, el inter

cambio no tiene como propósito el beneficio material, sino la paz. Más aún, los mismos lazos de consanguinidad constituyen también un freno a las perspectivas bélicas. El matrimonio y el ritualismo cumplen, entre otras, idénticas funciones.

La estructura de las sociedades tribales es generalizada, puesto que carece de instituciones políticas especializadas, y si a esto le agregamos el bajo nivel de civilización material o tecnología, tendremos un cuadro aproximado de lo que significó para las sociedades aborígenes el enfrentamiento con un pueblo para quien la acumulación del oro, a través de la guerra, constituía uno de sus fines primordiales. (21)

Esa situación de violencia y la desestructuración de las instituciones, condujeron a la catástrofe demográfica. Pero en el caso del cronista que nos ocupa, no poseemos datos concretos sobre el tema, sólo referencias generales, a la despoblación que siguió a los primeros años de la conquista. Sin duda, para el caso de Costa Rica, la

(21) SAHLINS, Marshall. Las sociedades tribales. Editorial Labor.-

disminución de la curva demográfica tendrá sus variantes regionales (mayor descenso para Nicoya y Valle Central y menor para la costa Atlántica, Talamanca y Pacífico Húmedo), en lo que hace al siglo XVI.

El sistema de redistribución en la circulación de mercancías, con la introducción de la dominación española se verá alterado: el tributo, que incluía algunos productos prehispánicos y otros artesanales introducidos por el español, impedirá el descenso de las mercancías, dentro de la pirámide jerárquica. A esto se va a agregar una disminución del poder de los caciques, provocada por los cambios introducidos por los conquistadores en la organización política de los cacicatos de Nicoya:

"Desde Nicoya a la parte del Oriente hacia Panamá e-Castilla del Oro e lo demás, son los caciques señores e de allí abajo, al Poniente, hacia Nicaragua, son behetrías e comunidades, e son elegidos los que mandan las repúblicas. E los cristianos, como fueron a aquella tierra desde la provincia de Cueva acostumbrados a que los caciques fueran perpetuos señores, e no les estaba manera de gobernación e mudanzas, sostuvieron a los que hallaron elegidos, por su propio interese, para se servir dellos".

(Tomo IV: 427)

Estas modificaciones, rompieron la jerarquía de autoridades que vinculaban a la autoridad superior con las de las esferas medias y locales, y alteraron por ende las relaciones regidas por el parentesco.

La religión indígena era el contexto donde hallaban su sentido las instituciones, y el reflejo de la estructura social. Por una parte, los valores y las relaciones sociales están representadas en los ritos, mitos y dioses, y por otra, esa misma práctica religiosa, que casi siempre asume un carácter colectivo, fomenta la cohesión, la persistencia y la unión del grupo. De esta forma, la "extirpación de la idolatría" y la evangelización, significan para el indígena la continuación de la desestructuración de su mundo y también una agresión.

El hecho de que nuestros aborígenes hayan adoptado algunos fragmentos dispersos de la cultura europea desde los inicios del contacto, no significa que existiera una asimilación de esos rasgos culturales, puesto que ninguna cultura puede yuxtaponer elementos parciales de otra, en su estructura.

Es interesante remarcar, que la aculturación en la

superestructura, siempre ha sido más lenta que en los otros niveles: el continuado uso de las lenguas autóctonas, la incapacidad numérica, intelectual y moral de los misi-
neros, constituyeron un freno a la evangelización. Por otra parte, el grado de aculturación o de adopción de modalidades europeas, varía según el rango social de los indígenas.

Los interrogatorios realizados por el provincial de la Orden e la Merced, fray Francisco de Bobadilla, en 1539, en la "provincia de Nicaragua", incluídos por el cronista, nos proporcionan algunos datos sobre el tema(22)
Llama la atención en esos interrogatorios, la respuesta de un indígena:

"Interrogó este padre reverendo un indio viejo llamado Tazoteida, padre o sacerdote de aquellos descomulgados oratorios de aquel pueblo de Nicaragua, que al parescer, sería hombre de sesenta años, e díjole si era cristiano.

F. Quieres serlo?

I. No: que ya soy viejo. Para qué he de ser cristiano?

F. Porque se te seguirán muchos bienes en esta vida, si lo fueres, y en la otra donde habemos de permanecer: e por el

(22) Tomo IV, pp. 366 y ss.

contrario, no lo seyendo, mucha mala vida e trabajos acá e acullá en compañía del diablo, al cual, si fueras católico, no le verás ni le temerás.

I. Yo soy viejo e no soy cacique para ser cristiano."

(Tomo IV; 369)

Indudablemente, la situación colonial es asimilada en forma diferente según los grupos de pertenencia. Los caciques debieron integrarse al nuevo sistema, como lo marca las respuestas anteriores, con las consiguientes consecuencias en la estabilidad de la sociedad indígena.

Pasemos ahora a analizar la reacción del aborigen de Costa Rica, en dos circunstancias de la conquista: la entrada de Gil González Dávila y la expedición de Diego Gutiérrez, ambas relatadas por Oviedo.

En tierras del cacique de Burica, uno de los capitanes de Gil Gonzáles Dávila, Andrés Niño, permanece un tiempo esperando refuerzos de Panamá, ya que sus "navíos se hallaban tocados de mucha broma",

"lo cual lloró algunos años después el cacique de Burica, porque este adobo se hizo en su tierra e muy a su costa e de su gente, e les hizo hartas fuerzas e sinrazones Andrés Niño e sus marineros e así después lo pagó con su cabeza, e le mataron los indios..." (100)

(Tomo III: 289)

No hay dudas, que en un comienzo, los indígenas no visualizaron como enemigos a los españoles. Solo la conducta de estos últimos, exteriorizada a través de hechos violentos para con la sociedad aborígen, produce las acciones de resistencia.

En este último caso, el modo de subsistencia de la gente del cacique de Burica, que ignoraba la "economía de acumulación", se va a ver alterada por la irrupción de un grupo foráneo, que no participando en el sistema productivo, va a romper la relativa estabilidad del agrupamiento social.

Es probable que los indígenas de esta zona, si nos guiamos por las características de sus asentamientos, estén organizadas como tribus segmentarias, con economía no diversificada y cuyo territorio abarca la superficie de sus recursos naturales.

Andrés Niño, queda con los navíos en la zona de Burica, mientras Gil González, con cien hombres, continua el camino hacia el poniente por tierra, "para comenzar a granjear oro, que era lo que principalmente buscaban" (Tomó III, 229).

En su camino, y acogiéndose al recibimiento amistoso que le profesan los aborígenes, bautiza gran cantidad de caciques e indios.

En la desembocadura del Río Grande de Terraba, llamado por los autóctonos "Diquís", Gil González se aloja en casa de un cacique principal.

"E aposentóse Gil González en la casa del cacique, que era tan alta como una media na torre, e de hechura de un pabellón, armado sobre postes, e cubierta de paja, y en medio della le hicieron una cámara, por la humedad, sobre postes, e tanto alta como dos estados".
(Tomo III: 290)

En el relato del recorrido de Gil González hasta su llegada a Nicoya, son escasos los datos de nuestro cronista sobre las sociedades indígenas: solo sabemos que, a medida que la expedición se dirige hacia el Poniente,

"...ya habían comenzado a topar mayores caciques, y el esperanza de enriquecer se aumentaba..."
(Tomo III: 291)

La penetración de los españoles en Nicoya, se ve facilitada por una mayor concentración de poder dentro de la sociedad aborígen, ya que por los informes de Oviedo, no encontramos en esta región tribus aisladas, sino jefaturas

No hay dudas, que en un comienzo, los indígenas no visualizaron como enemigos a los españoles. Solo la conducta de estos últimos, exteriorizada a través de hechos violentos para con la sociedad aborigen, produce las acciones de resistencia.

En este último caso, el modo de subsistencia de la gente del cacique de Burica, que ignoraba la "economía de acumulación", se va a ver alterada por la irrupción de un grupo foráneo, que no participando en el sistema productivo, va a romper la relativa estabilidad del agrupamiento social.

Es probable que los indígenas de esta zona, si nos guiamos por las características de sus asentamientos, estén organizadas como tribus segmentarias, con economía no diversificada y cuyo territorio abarca la superficie de sus recursos naturales.

Andrés Niño, queda con los navíos en la zona de Burica, mientras Gil González, con cien hombres, continua el camino hacia el poniente por tierra, "para comenzar a granjear oro, que era lo que principalmente buscaban" (Tom III, 299).

tribales, unidas por lazos políticos y económicos, a través del tributo que se pagaba a los nicaraos; a lo que se agrega la unificación cultural, por conducto de la influencia mesoamericana.

Estas jefaturas tribales se caracterizan por una economía más diversificada, a la par que extiende su territorio sobre varias aldeas o comunidades, ampliándose así también su nicho ecológico. La alianza temporal de las tribus segmentarias, es reemplazada en este caso por tareas comunes desarrolladas por las diferentes aldeas: ceremonias rituales, construcciones públicas, etc.

Gil González permanece sólo diez días en territorios del cacique Nicoya, en cuyo transcurso es recibido amistosamente por los hombres principales y su gente. Más aún Nicoya.

"Le dió catorce mill pesos de oro, y él, con seis mill personas más, se bautizaron toronaron cristianos, e quedaron tan amigos de los cristianos, nuestros españoles, que en diez días que allí estuvieron, cuando se quiso partir Gil González, le dijo el cacique que, pues que no había de hablar ya con sus ídolos, que se los llevase. E no le diera él tantos cuantos el capitán tomara de buena voluntad, e así mismo le dió seis estatuas de oro tan grandes como

un palmo, e algunas algo mayores e ro
gole que le dejase algún cristiano de
los nuestros que le dijese las cosas
de Dios, lo cual no osó hacer Gil González
zález, por no le aventurar e porque
llevaba poca gente". (Tomo III: 291).

Es indudable que esta actitud de los aborígenes, -
no puede ser tomada como un acto de sumisión, sino, al con-
trario, como un recibimiento pacífico y amistoso ante la
visita de personajes aparentemente importantes, que venían
en representación de algún "calachuni" lejano. La misma -
entrega de oro por parte de Nicoya, resulta coherente si
se tiene en cuenta que el metal cumplía entre la sociedad
aborigen un papel ceremonial y ritual, y por lo tanto, era

lógico obsequiarlo a quienes venían además en representa-
ción de un nuevo concepto religioso. Estos donativos en
oro iban a permitir, dentro del sistema de relaciones in-
dígenas, el contacto con los nuevos dioses de los visitan-
tes. Por otra parte, debemos tener en cuenta la importan-
cia que le originaban los indígenas al regalo para la man-
tención de la paz y el intercambio.

En tierras de Nicoya, Gil González tuvo noticia del
cacique de Nicaragua, de muchos indios principales que
consigo llevaba, le aconsejaron que no fuese allá, porque

era muy poderoso..." Recordemos las menciones del cronista a las permanentes guerras entre nicaraos y chorotegas, "antes que los cristianos allá pasasen", y el hecho de que los chorotegas tenían prohibido tener plantas de cacao en sus heredamientos.

Es probable que el tiempo de la llegada de Gil González al Golfo de Nicoya, esas guerras se hubieran resuelto a favor de los Nicaraos, quienes habrían impuesto su tributo a los poblados del cacique Nicoya.

Igual recibimiento obtienen los españoles en tierras de Nicarao. Solamente Diriangen, que a juzgar por su comitiva, era uno de los caciques más importantes de la región, varía su actitud:

"E mandóles /Gil González/ preguntar que a ver qué venían, e dijeron que a ver quién eran que les habían dicho que era una gente con armas, que andaban encima de unas animalias de cuatro pies, que por ver quien eran e lo qué querían, los venían a ver!"

Cuatro mil indios armados con el clásico estilo mesoamericano, ("con unos jubones e corazas sin mangas, de algodón bastacos, e armaduras de ca-

beza, de lo mismo, e rodelas y espadas de palo, recias, e muchos dellos con arcos e flechas"), caen sobre la gente de Gil González. A partir de este momento, la actitud de los pobladores indígenas cambia con respecto al conquistador:

"Como el cacique Nicaragua supo que Gil González se tornaba, e que había peleado con el cacique Diriajen e sus valedores, e supo que llevaban los españoles cantidad de oro, pensó de tomárselo e matarlos..." (Tomo III: 295)

Hasta los mismos cargadores indígenas de Nicarao, que habían acompañado a los españoles hasta territorio de Diriajen, abandonan a los conquistadores. La situación de subordinación o dependencia de los asentamientos de Nicoya y de Nicarao con respecto a Diriajen, surge claramente en los anteriores párrafos de Oviedo, y se explican las diversas actitudes asumidas por los indígenas, si tenemos en cuenta los mecanismos de funcionamiento tribal, explicados con largueza por los etnógrafos.

Sería interesante corroborar estas aseveraciones, a través del estudio de los tributos y de las disputas sobre tierras, en los documentos hispánicos del siglo XVI en esa región.

Por otra parte, explicar la conquista de Mesoamérica, y en particular la de Nicoya, a través de la influencia que pudo haber ejercido una supuesta leyenda de los "hombres barbados", sería parcializar la explicación.

Si, como dijimos, la expedición de Gil González no significa la conquista ni la pacificación de Nicoya, también resultaría absurdo demostrar un hecho como este a través de un fenómeno superestructural como lo es un mito. En el interrogatorio que Fray Francisco de Bobadilla realiza a trece caciques principales y sacerdotes, se con-

signa:

"F. En algún tiempo ha venido a esta tierra de Nicaragua alguna gente, como los cristianos, que os haya dicho que hagáis aquellas ceremonias que ellos os manda, o que os echéis agua encima de las cabezas, u otros que os cortéis el capullo del miembro, o supistes que los cristianos habían de venir a esta tierra?" (I.Nº: nunca cosa alguna de éstas había venido a nuestra noticia.) (Tomo IV: 374)

Dentro de las reacciones que provoca la derrota indígena frente a los españoles, es importante destacar las modernas investigaciones que para el área Mesoamericana y Andina, se han realizado. En todos los casos, se nota un esfuerzo por parte de los aborígenes para interpretar

esa derrota, un hecho que se da no sólo en América, sino también en Oceanía y Africa.

Cada sociedad tiene una visión del mundo, un sistema mental regido por una lógica privativa, dentro del cual los hechos de la naturaleza tienen una regularidad explicativa. Toda irregularidad dentro de ese orden racional, es visualizada como una invasión de fuerzas sobrenaturales. De allí que el contacto con lo desconocido provoca angustia y un esfuerzo de racionalización, donde se aplica la visión del mundo que esa sociedad tiene, para comprender el suceso (23).

Estas actitudes también están relacionadas con las modalidades que lo sagrado adopta en las sociedades indígenas: "Todo lo que es insólito, singular, nuevo, perfecto o monstruoso se convierte en recipiente para las fuerzas mágico religiosas, y según las circunstancias, un objeto de veneración o de temor..."(24).

(23) WACHTE, Nathan, op. cit. pp. 46 a 51.

(24) ELIADE, Mircea. Tratado de Historia de las religiones. Ediciones Era, México, 1975, pp. 37.

La conquista significa para el indígena un despojo, el naufragio de su sociedad, y en lo religioso, la pérdida de la eficacia sobrenatural de sus dioses. Pero esas "interpretaciones" de la derrota, son siempre posteriores al hecho en sí.

Las mismas constantes que hemos visto darse hasta ahora en las primeras relaciones establecidas entre españoles y aborígenes, las veremos reproducirse durante la nefasta gobernación de Diego Gutiérrez, en lo que a fines de la primera mitad del siglo XVI, se llamó la Provincia de Nueva Cartago.

Los datos referentes a esta expedición, los conocemos a través del único testigo ocular que se salvó de la primera sangrienta rebelión indígena en territorio de Costa Rica, (conocida por algunos historiadores como la Traagedia de Tayutic). Este testigo fue el expedicionario GIROLAMO BENZONI, quien en la segunda mitad del siglo XVI,

publicó en Venecia, Italia, el relato de este acontecimiento, como parte de su historia del Nuevo Mundo. (25)

(25) BENZONI, GIROLAMO: La Historia del Mundo Nuovo. Prefacio y notas de Alfredo Vig. Giordano Editor. Milan 1965

La actitud de los colonizadores en esta región, ha
ce decir a nuestro cronista:

"que mejor se pueden decir despobladores e
disipadores de las tierras nuevas..."
(Tomo III: 359)

Fernández de Oviedo, al describir la Provincia de
Nueva Cartago, nos dice:

"es muy fértil en parte, e áspera en algunas
partes, pero de muy ricas minas e otros pro
vechos...e es tierra sana e de buen aires e
buenas aguas. Y también hay gente belicosa
en los naturales. Es tierra de mucha monte-
ría e de muchos e diversos animales, e an-
dan los hombres desnudos e las mujeres, e
son idólatras en diversas maneras e ritos..."
(Tomo III: 359).

El espíritu abierto frente a los desconocidos vi
sitantes, resultado de una organización social basada en
la exogamia, y la solidaridad características de las po
blaciones aborígenes, una vez más hace posible un buen re
cibimiento al conquistador.

"A esos ochenta hombres o pocos más cristianos
que ya eran, los indios les daban muy bien de
comer maíz, e carne de monterías e pescado, e
todo lo que habían menester, e cada día traían
oro al gobernador..." (Tomo III: 360)

La magnanimidad de los indios, agudizó la codicia
de los españoles, Diego Gutiérrez prendió a uno de los

caciques más ricos, a quien nuestro cronista llama "Cama", y nosotros conocemos como "Camaquiri", "porque no le daba tanto oro como este bobernador le pedía". Frente a esa unanimidad, el orden colonial establece unas relaciones diferentes, y el gobernador,

"hacía llevar allí donde el cacique estaba algunos lebreles e perros denodados e bravísimos, e hacíaes decir por la lengua o intérprete que aquellos perros le habían de comer e despedazar el dicho cacique, si no daba cuanto le pedían los cristianos." (Tomo III: 360)

Cuanto la hospitalidad indígena se ve traicionada, y se descubre la verdadera naturaleza de los recién llegados la reacción de los aborígenes no se hace esperar, dando origen a la primera rebelión en masa que enfrenta a las dos culturas, de que tengamos conocimiento para Costa Rica.

El cacique huye y se confedera a otros caciques, quemando sus pueblos, sus haciendas y maizales y se retiran hacia el sur, dejando a los españoles sin posibilidades de subsistir.

En un valle, cerca de la actual Turrialba, llamado Tayutic o Teotique, los aborígenes esperan emboscados a

Los conquistadores que habían penetrado el territorio en busca de alimentos, descubrieron en ella a los indios y

"e halláronse en ella sobre tres mill indios, e muchos dellos con pectos e brazales de oro e otras piezas, e con trompetas a manera de añafiles, de longura de tres palmos, asimesmo de oro, el cual en aquella tierra hay mucho e muy fino". (Tomo III; 360-361).

La muerte de Diego Gutiérrez y su gente, es una clara consecuencia más del sistema de colonización que se implantó en América.

Nos encontramos aquí frente a otro caso de jefatura tribal. La amenaza a uno de los miembros de la jefatura, en este caso Camaquiri, hace que, por el sistema de cohesión, sea asumida por los otros miembros de la jefatura. Cuando estos caciques confederados, se internan en dirección a los valles próximos a la actual Turrialba, territorios que indudablemente también pertenecían a esa jefatura, lo hacían en busca de la protección del centro que era la sede del linaje que ostentaba dicha jefatura.

Cabe preguntarnos, entonces, ¿qué relación guardaba esa sede, con las ruinas de Guayabo, que hasta ahora han sido consideradas como un centro ceremonial?

DATOS REFERENTES A LA SOCIEDAD INDIGENA

1.- TERRITORIO DE COSTA RICA

Chorotegas 266

".../refiriéndose al canibalismo/ y muy usada entre los indios caribes, e los que llaman chorotegas, y otras nasciones destas gentes salvajes e crudos".

(G.F.de O. Hist. Gen. y Nat. de las Indias; Lib.VI Cap. IX: 163. T.I)

Nicaragua y Costa Rica 197

"En la lengua que llaman de Cueva, que es gran provincia, hay muchas diferencias de vocablos y sin esa lengua, de las que yo he visto por la Tierra Firme, hay lengua de Coiba, lengua de Burica, lengua de Paris, lengua de Veragua, Chondales Nicaragua, Chorotegas, Oroci, Orotiña, Guetares, Maribios, e otras muchas..."

(G.F.de O. Hist. Gen. y Nat. de las Indias, Lib.VI Cap. XLIII: 203, T.I)

Chorotegas 197-266-131-72

"Desde la dicha bahía de Fonseca hasta el golfete de Chorotega hay algo más de veinte leguas. Háse de decir chorotega Malalaco. Estos indios chorotegas son de otra lengua por sí, e más varones e hombres de guerra que los de la lengua de Nicaragua e la lengua de Nicaragua e la de Méjico o Temistitán en la Nueva España es toda una. Los chorotegas todos comen carne humana, e también hay gente dellos entre los de Nicaragua; e antes que cristianos allá pasasen, tenían guerra los unos con los otros, porque, así como difieren en las lenguas, así en ceremonias e ritos e amistad y en todo lo demás son diferentes. Está en el golfo de chorote-

ga e dentro de aquel ancón, que se puede decir más propiamente golfo, una isla redonda e poblada, e otras pequeñas, yermas, que son escollos; e pónenla en esta carta en once grados e algunos minutos, e córrése del Leste al Hueste; pero el promontorio que tiene la bahía de Fonseca hacia Poniente, o hacia Chorotega, llámase Cabo Hermoso. (G.F. de O., Hist. Gen. y Nat. de las Is., Libro XXXIX, cap. III: 346, tomo IV)

291-314-286-276-346-554-501-714-361, etc.

/Refiriéndose al viaje de Gil González Dávila por Costa Rica y Panamá/

Acordáseos debe, lector, si habés continuado la lección, cómo de haber seído removido Pedrarias del oficio de la gobernación de Castilla del Oro, o a lo menos proveído Lope de Sosa en su lugar, le quedó mucha indignación contra mí e también habrés visto por qué vía e rodeo se tractaron mis trabajos; e fuí acuchillado a traición, e cómo e con cuánta razón e causa acordé de gastar cuanto tenía, siguiendo mi justicia en España, e pidiendo gobernador contra Pedrarias; e cómo, en fin, Su Cesárea Majestad, como justísimo Príncipe, proveyó de aquel oficio e gobernación de Castilla del Oro a Pedro de los Ríos. Y pues está dicho que el año de mill e quinientos e veinte y seis fué a Tierra Firme, e yo con él a pedir mi justicia, y en lo que paró parte dello, antes que a más se proceda, conviene a la historia que se digan algunas cosas notables que pasaron en Tierra Firme, desde el año de veinte y tres hasta el de veinte y seis, que estuve absente, entre Pedrarias y el capitán Gil González Dávila e otros capitanes, porque son cosas notables e del mesmo jaez de la historia.

En el capítulo XIV se dijo cómo Gil González había ido a descubrir en la mar del Sur con una armada, de la cual fué por piloto mayor Andrés Niño, el cual viaje hizo, e al tiempo que yo me partí de Acla para ir a España, como se dijo en el capítulo

precedente, llegó a Panamá de vuelta de su viaje el capitán Gil González con el oro e razón de lo que había descubierto, e cómo había hallado una laguna muy grande, que se pensaba que era mar dulce, en la provincia de Nicaragua, e había convertido e bautizado muchos millares de indios: e que tornado a Panamá, se fundieron noventa e tantos mill pesos del oro que trujo, e apartado el quinto de Su Majestad para enviarlo a España, quisoselo embarazar Pedrarias, diciendo que Gil González quería venir a esta cibdad de Sancto Domingo con el oro del Rey e que si algún desastre o caso siniestro le acaeciese, a él sería cargo, si no pusiese recabdo en ello, para que se enviasen seguros a Su Majestad quince mill pesos e más, que eran de aquel oro el quinto Gil González decía que él lo había ganado en la armada que estaba a su cargo e los que con él habían ido, con mucho trabajo, e con la lanza en la mano lo había sacado de las manos de sus enemigos e infieles, que menos sería llevarlo por tierra e mares de Sus Majestades e de los amigos, e que él lo pornia en recabdo e daría cuenta dello, e si nescesario fuese, iría en persona a la corte a lo llevar a Sus Majestades e a dar razón de su viaje e camino.

Todo esto contradecía Pedrarias e ponía inconvenientes para que el oro quedase en su poder o en la persona que él mandase: pero en fin, Gil González se partió con el oro, e vino a la cibdad e puerto del Nombre de Dios. E después de partido cayó en mayor arrepentimiento Pedrarias por le haber dejado ir, e luego se puso en camino tras él para le prender e tomar el oro. E cuando llegó al Nombre de Dios, hallóle embarcado e hecho a la vela. E así se vino Gil González a esta cibdad de Sancto Domingo de la isla Española, e desde aquí envió a España al tesorero Andrés de Cereceda con el oro del quinto de Su Majestad, e para que hiciera se relación del descubrimiento, porque se había hallado presente a ello. Lo cual diré aquí con la brevedad que supiere decirlo, porque es en parte que conviene a la historia.

Dicho tengo que el primero que descubrió la mar del Sur a los cristianos fué el adelantado Vasco Núñez de Balboa; e asimesmo he escrito cómo con sus navíos fué (después que le degollaron) enviado por capitán a descubrir por la mar del Sur el licenciado Espinosa, alcalde mayor e teniente de Pedrarias, e lo que de aquella mar e costas vido, en el capítulo XIII lo dije, conforme a las alturas e grados en que está la costa e islas, de que en su viaje se tuvo noticia, seyendo piloto mayor en aquel camino Joan de Castañeda. El tercero que de los españoles navegó en la mar austral, fué el capitán Fernando de Magallanes, cuando descubrió aquel memorable e grande Estrecho el año de mill e quinientos e veinte, por el cual entró por la boca que tiene al Oriente, e fué por la mar del Sur e por alta mar a las islas de Maluco e Especiería, lo cual también queda dicho en el libro XX. El cuarto capitán e descubridor en la costa austral fué el capitán Gil González Dávila y el piloto Andrés Niño, e lo que se acrescentó por su industria en la moderna cosmografía, decirlo he como la carta enmendada lo platica e yo la he visto de la mano del cosmógrafo Alonso de Chaves, al cual no culpo, en aquello que él no hoiere visto, en la discrepancia de los grados, porque soy tan obligado a creer, o mejor diciendo, testificar lo que mis ojos vieren como a lo que otros que no lo navegan, quisieren significarme.

Yo dije que lo último que el licenciado Espinosa e Joan de Castañeda descubrieron fué hasta ver el embocamiento del golfo de Sanct Lúcar (que más cierto se llama de Orotiña) pero no entraron en él; la cual ensenada está entre el promontorio o punta de la Herradura y la punta o promontorio del Cabo Blanco, e de allí no pasaron. E hasta allí hay ciento y ochenta leguas, pocas más o menos, aunque nuestros pilotos las llaman doscientas, e así lo serían, o más, por la costa, tierra a tierra; e de allí adelante se atribuye a esta armada de que fué por capitán Gil González de Avila. E todo lo que Andrés Niño anduvo más que el licenciado Espinosa, fueron hasta cien leguas, e cuando más ciento e veinte, hasta la bahía de Fonseca, puesto que

tierra a tierra por la costa, serían algunas más; pero no las que Gil González e Andrés Niño se jactaban, que les daban nombre de seiscientas y cincuenta leguas desde Panamá a donde había Andrés Niño llegado. E Gil González decía que por tierra había él caminado trescientas y veinte leguas, desde donde tornó con ciento y doce mill pesos que le dieron caciques, e más de la mitad dello de oro muy bajo; e a mí me escribió que se habían baptizado treinta y dos mill ánimas, o más; pero parece-me que aquellos nuevamente convertidos a la fee la entendieron de otra manera, pues al cabo le convino al Gil González e su gente salir de la tierra más que de paso. Hallaron grandes poblaciones, e descubrieron una grandísima laguna, que pensaron, que era mar dulce, en las costas de la cual viven grande multitud de pueblos e gentes de indios, lo cual yo vi después muy mejor, cuando fuí a aquella tierra, e se sabe más puntualmente. E cuando se hable adelante en particular de aquella gobernación de Nicaragua, se dirán muchas más cosas, allende de las que estos armadores vieron a los cuales no se les debe negar el loor de su trabajo. Pero tornemos al camino, que en la verdad fué harto menos de lo que Andrés Niño e Gil González le pintaron, e no fué menos de lo que yo aquí les atribuiré.

Gil González hizo cuatro navíos en el río que llaman de la Balsa, que no estuvieron para navegar e se perdieron todos, y en esto gastó mucho tiempo e dineros, e tuvo mucho trabajo. Después hizo otros cuatro en la isla de las Perlas, que está en el golfo de Sanct Miguel, e de allí se partió esta armada a los veinte y un días de enero de mill e quinientos e veinte y dos años, e después que navegaron hasta cient leguas la Occidente, dijeron los marineros que toda la vasija del agua estaba perdida, e que no se detenía en ella el agua ni se podía remediar sin hacerse otra, e también hallaban ya los navíos tocados de mucha broma; e por eso les fué forzado sacar en tierra todo lo que llevaban, donde mejor disposición hallaron, e poner a monte los navíos para los adobar. Lo cual lloró algunos años después el cacique de Burica, porque este ado-

bo se hizo en su tierra e muy a su costa e de su gente, e les hizo hartas fuerças e sinrazones Andrés Niño e sus marineros; e así después lo pagó con su cabeza, y le mataron indios, como se dirá en su lugar.

Desde allí enviaron un bergantín a Panamá, por pez para brear e por otras cosas, e como la gente no se podía sostener allí, donde los navíos estaban por falta de mantenimientos, e porque se guardase el bastimento, que era para el camino de la navegación, fué necesario que el capitán Gil González, con cient hombres se entrase la tierra adentro para se sostener, en tanto que la pez venía e la vasija se hacía e los navíos se adobaban, e también para comenzar a granjear oro, que era lo que principalmente buscaban; porque de armada hecha por muchas bolsas no se puede sospechar que el deseo de henchirlas es poco, ni que la cobdicia de los ninigros della sea el mayor cuidado, sino el mayor intento de los armadores. Así que, caminando Gil González la tierra adentro hacia el Poniente, algunas veces se haló tan apartado de la costa, que se vió arrepentido; pero dejó mandado a Andrés Niño, que quedaba con los navíos, que venida la pez, e adobados los navíos y hecha la vasija, se fuese la costa abajo al Poniente, e que andando ochenta o cient leguas, si llegase más presto, le esperase en el mejor puerto que por la comarca hallase, porque así lo haría él si primero llegase.

Vendo Gil González por la tierra adentro, sosteniéndose e baptizando muchos caciques e indios, le subcedió que a causa de pasar los ríos muchas veces a pie e sudando, le sobrevino un tullimiento de una pierna, que no podía dar un paso a pie, ni dormir de noche ni de día, del dolor, ni caminar a pie ni a caballo; e por esto le llevaban en una manta atada en un palo, muchas veces en hombros de indios e de cristianos, e de aquesta manera fué hartas jornadas. Mas porque el caminar era así muy dificultoso, como por las muchas aguas que entonces hacía, hobo de pararse en casa de un cacique principal, aunque con hartó cuidado de velarse; el cual

cacique tenía su pueblo en una isla que tenía diez leguas de longitud e seis de latitud, la cual hacía dos brazos de un río muy poderoso. E aposentóse Gil González en la casa del cacique que era tan alta como una mediana torre, e de hechura de un pabellón, armado sobre postes, e cubierta de paja, y en medio della le hicieron una cámara, por la humedad, sobre postes, e tanto alta como dos estados.

Desde a quince días que allí estaban llovió tanto e crecieron los ríos de tal forma, que anegaron e cubrieron toda la isla, y en la casa donde el capitán estaba, que era lo más alto, llegó el agua a dar a los pechos de los hombres; e de ver a questo los españoles, pidieron licencia al capitán para irse a valer fuera del pueblo en los árboles, y él se la dió, e se quedó allí en aquella grand casa con la gente más de bien, esperando lo que Dios quisiese hacer, e pensando que no bastaría el agua a la derribar, e conjeturando en esta sospecha e temerosos de ver crecer el agua sin saber hasta cuándo. Con este cuidado tenían en lo alto de la casa puesta una imagen de Nuestra Señora, e una lámpara de aceite que la alumbraba, e cada hora se venían allí más compañeros de los que no se hallaban a su propósito de fuera y en otras partes, e a medianoche se quebraron todos los postes, e cayó la casa sobre los que estaban adentro, e derribó la cámara donde estaba el capitán, e quedó sobre dos muletas, de pies, encima de la cámara, el agua a los muslos, e llegaron las varas de la techumbre al suelo, e quedaron los compañeros el agua a los pechos.

Plugo a Dios que con cuantos golpes dió la casa sobre el agua, vino poco a poco al suelo, sin dar golpe en tierra e sin hacer fuerza para que la lámpara se muriese; que fué muy grand socorro no quedar sin lumbre; para hallar manera con que saliesen de allí e no se ahogasen, que estaban como los pájaros que se toman (o ratones) con la losilla puestos todos debajo de una sobrecopa. E así rompieron con una hacha la techumbre de la casa, e por allí salieron los compañeros que con el capitán

se habían quedado, e a él le sacaron en los hombros porque los demás se habían con tiempo acogido, con licencia de Gil González, a los árboles, e con ellos los indios mansos que tenían de servicio; e desta manera le llevaron dando voces para que los compañeros y el capitán se pudiesen juntar, lo cual se hizo con mucha fatiga. Después que fueron juntos, colgaron una hamaca o manta de un árbol a otro, en que el capitán fué puesto, e así estuvieron hasta que fué de día, no cesando en toda la noche de llevar mucho e con muchos truenos e relámpagos; e desta forma estuvieron hasta que el agua cesó e menguaron los ríos e tornaron a su curso. E temiendo que podría tornarse les acaescer lo mesmo, hicieron sobre los árboles con varas e ramas ciertos sobrados e cámaras cubiertas con hojas, e de tal manera que tenían fuego en ellos: en los cuales sobrados se socorrieron otras dos veces por otras crescientes, huyendo de las otras casas bajas. Después quedó la tierra tan llena de lama e cieno e de árboles que el río trujo, que a gran pena podían andar por allí.

En este trabajo se les perdieron algunas espadas e rodelas e vestidos, e rescibieron mucho daño, a causa de lo cual hicieron daragas de algodón bastado, en lugar de las rodelas que perdieron. Y como el agua les llevó los mantenimientos, fueles forzado ir a buscar de comer hacia la costa, que era su intento, de la cual estaban desviados diez leguas o más, e por tierra no podían e por esto hicieron balsas de madera e árboles atados unos a otros. E así pusieron encima dellos su fardaje e sus personas, con los indios que traían e les servían, e fueron por el río abajo hasta llegar a la mar, aunque eran más de quinientas ánimas los que en esta flota de balsas iban. E como algunos compañeros llegaron de noche, arrebatólos la corriente del río e sacólos a la mar a medianoche, metiéndolos la resaca muchas veces debajo del agua. E otro día, desde la costa, los vían esotros dos leguas dentro en la mar; e como la menguante los había apartado de la tierra, la creciente los volvía después. Pero el capitán, viéndolos en tal peligro,

mandó entrar en otras balsas pequeñas a algunos compañeros sueltos nadadores, e fueron allá e los trujeron; a los cuales hallaron tales, que ya se dejaban de ayudar rendidos a la muerte e desanimados del cansancio e fatiga: pero plugo a Dios que ninguno se perdió. Mas es de creer que se acordaron muchas veces con quanto menos peligro ganaban de comer estándose en su patria. En fin, estas cosas los hombres han de hacer, e no todos, sino aquellos que son para más que otros.

Recogida esta gente e su capitán, caminaron por la costa de la mar al Poniente, e llegaron a un golfete, que se dice Sanct Vicente, donde hallaron a Andrés Niño, que acababa de llegar con los navíos aderezados, e con la vasija del agua hecha. E una vez pensó el capitán Gil González de se meter en la mar e hacer su descubrimiento con los marineros, porque no tenía piernas para andar por tierra a pie ni a caballo, e quiso dejar en tierra un teniente con los hombres que llevaba. E como la gente hobo conoscimiento de esto, comenzaron a murmurar e quejarse de él, porque dejaba su compañía, e porque ya habían comenzado a topar mayores caciques y el esperanza de enriquecer se aumentaba, y en la tierra había más, aparejo que en la mar para hallar oro. E así por esto como por el contentamiento de los soldados, e porque con su presencia se harían mejor las cosas que tocaban a la paz e a la guerra, acordó de quedar en tierra, e con ciento e quatro caballos proseguir adelante. E mandó que un teniente suyo, con Andrés Niño e otros dos pilotos juramentados, midiesen e asentasen las leguas que se anduviesen en el descubrimiento de lo que vieses, e así por mar como por tierra se continuase el viaje la vía del Poniente, con intención de hacer paces, e con buen tractamiento a todos los caciques o señores que hallasen, e a los que por bien no quisiesen la paz, se les hiciese la guerra. E quedaron allí dos navíos e parte de la gente en guarda de cuarenta mill pesos de todos oros, que ya habían habido; e Andrés Niño fué con los otros navíos adelante a descubrir, e Gil González prosiguió por la tierra. E acordóse que al

mesmo puerto se tornasen a recoger.

Este golfo de Sanct Vicente, si yo no lo tengo mal entendido, está en la punta o promontorio que está próximo a la isla del Caño, la cual punta dista de la Equinocial ocho grados e medio, a la banda de nuestro polo; e de allí adentro es el ancón o golfo, e lo que de él es más septentrional, en la costa, está en nueve grados de la línea del Equinocio, e dentro desta enseñada están algunas islas pequeñas.

Dada la orden que es dicho, en el camino de la mar e de la tierra por donde iba el capitán Gil González, se baptizaban muchos caciques e indios de su voluntad. E llegó a un cacique llamado Nicoya, el cual le dió catorce mill pesos de oro, y él con seis mill personas o más, se baptizaron e tornaron cristianos, nuestros españoles; que en diez días que allí estuvieron, cuando se quiso partir Gil González, le dijo el cacique que, pues que no había de hablar ya con sus ídolos, que se los llevase. E no le diera él tantos cuantos el capitán tomara de buena voluntad, e así le dió seis estatuas de oro tan grandes como un palmo, e algunas algo mayores; e rogóle que le dejase algún cristiano de los nuestros que le dijese las cosas de Dios, lo cual no osó hacer Gil González, por no le aventurar e porque llevaba poca gente.

Decíame Gil González que desde aquel golfo de Sanct Vicente ha ta Nicoya anduvo cincuenta leguas (pero harto menos camino hay) e no me maravillo, porque entonces no se sabía la tierra.

Allí tuvo noticia del cacique de Nicaragua, e muchos indios principales, que consigo llevaba, le aconsejaron que no fuese allá, porque era muy poderoso, e aun los españoles le decían lo mesmo; pero el capitán no quiso temer sin ver de quién, e prosiguió su camino. E una jornada antes de su pueblo envió las lenguas que llevaba e seis indios principales de los que con él iban, y envióle a decir lo que a otros caciques acostumbraba, y era es

to: que él era un capitán del grand rey de los cristianos, que por su mandado iba a aquellas partes a hacer saber a todos los caciques principales o señores dellos, que en el cielo, mucho más alto del sol, hay un Señor que hizo el sol e la luna e cielos y estrellas, e a los hombres e animales e aves, e la mar e los ríos e los pescados e todas las otras cosas: e los que esto creían e lo tenían por Señor, son los cristianos, e cuando mueren, van arriba, donde él está, e gozan de su gloria: y los que no son cristianos, van, cuando mueren, a un fuego que está debajo de la tierra, a penar para siempre: e que todos los señores e caciques o principales, a quien en aquella lengua llaman calachuni, que atrás quedaban, hacia donde el sol nasce, lo sabían ya, y él e otros capitanes se lo habían dicho e lo creían así, e tenían por señor al rey de Castilla (cuyos eran aquellos cristianos y el capitán), e se habían hecho cristianos e quedaban vasallos del rey de Castilla. E que él iba a lo decir a los otros calachunis e príncipes de hacia donde el sol se pone, porque Dios así lo manda: a que lo rogaba que le atendiese en su pueblo con sus indios e gente toda, e que no hobiese miedo: e que él le diría otras cosas muy grandes deste mesmo Dios, con que habría mucho placer sabiéndolas. E que si esto no quisiese hacer, ni ser vasallo del grand rey de los cristianos, que se saliese al campo de la guerra, que otro día sería con él.

Aquel mesmo día en la tarde, ciertos escopeteros, probando la pólvora, pusieron fuego a su posada e a la del capitán, e quemáronse ellos mesmos, que fueron tres, lo cual dió mucha turbación a los demás todos, por ser en víspera de tal jornada como la que esperaban otro día. Y el capitán, como era caballero e de gentil ánimo, les habló e dijo lo que era razón para que no temiesen ni hobiese flaqueza en ninguno, pues que eran españoles e de patria donde tan valerosos corazones se crían. Decíanles que se acordasen que cuando el conde Fernand González había querido dar la batalla a los moros e a su rey Almanzor, que la tierra se abrió e tragó a un caballero cristiano, e por eso no de-

jó de ser vencedor el conde, e quedó mas victorioso e que así esperasen que lo serían ellos, si a las armas viniesen, e que aquello cada día acaesca a los que trataban la pólvora, quanto más que aquéllos vivirían. E así, a este propósito, les hizo un gentil razonamiento, con que quedaron de voluntad e ánimo aparejados a todo lo que pudiese subcederles.

Allí dejó el capitán los tres escopeteros a curarse e otro hombre con ellos, y el día siguiente llegó a una legua del pueblo e topó cuatro indios principales con los otros que él había enviado; e aquellos cuatro dijeros a Gil González que el calachuni le esperaba en su pueblo, de paz e como amigo. Y en llegando, aposentó al capitán e a los otros españoles en una plaza e casas de alrededor de ella, e luego le presentó parte de quince mill pesos, que en todo le dió, e Gil González le dió una ropa de seda, e una gorra de grama, e una camisa de Holanda delgada e otras cosas de Castilla. E en dos o tres días que se le habló de las cosas de Dios, dijo que quería ser cristiano él e sus mujeres e indios, y en un día se bautizaron más de nueve mill personas, con tanta voluntad, a lo que mostraban, que de placer e devoción lloraban algunos de nuestros soldados, dando gracias a Dios de lo que vían.

Allí estuvieron el capitán e su gente ocho días, e se pusieron dos cruces, como lo acostumbra ban hacer en los otros pueblos: e puso una muy grande en un montón de tierra grande de gradas, y en cada plaza tienen uno destes montones de tierra, que parece que los mesmos montones piden la cruz, e dejó otra en su mezquita, que el mesmo calachuni la llevó en sus brazos, e quiso que allí se pusiese.

Esto destes montones no lo entendió Gil González ni los cristianos estonces para qué efecto los tienen; y es para sacrificar e matar hombres, como se dirá en su tiempo adelante, cuando se hable desta gobernación de Nicaragua (la qual gente es de la mesma lengua de Méjico e de la Nueva España).

Desde a ocho días que Gil González allí estuvo, pasó a otra provincia, seis leguas de allí, e halló seis pueblos a legua, e a legua e media o dos, uno de otro, de cada dos mill vecinos cada uno de ellos; e después que les hobo enviado sus mensajes, se aposentó en un pueblo déstos, e los señores le fueron a ver, e le presentaron oro y esclavos, e dieron de comer a los cristianos. E como sabían que Nicaragua e sus indios se habían baptizado, dijeron que también querían ser ellos cristianos; e cada señor con su gente a rescibir el bap-tismo. E cada día de otros pueblos enviaban a pedir a Gil González que les enviase el capellán que los baptizase e les dijese las cosas de Dios. E así se habían, e madrugaban los de un pueblo e de otro para cuál llevaría antes el clérigo.

Estando en medio desta buena obra, parece ser que otros caciques grandes que estaban adelante hobieron noticia destos nuestros españoles, e también sabrían cómo les presentaban taguizte (que así llaman el oro en aquella lengua); e uno dellos llamado Diriajen, vino, a ver a Gil González, e llevó consigo hasta quinientos hombres, e cada uno con un pavo o pava, o dos, en las manos, e detrás dellos diez pendones o banderas pequeñas sobre sus astas, e todas blancas, e detrás destos pendones diez e siete mujeres, todas quasi cubiertas de patenas de oro, e doscientas e tantas hachuelas de oro bajo, que pesaban más de diez e ocho mill pesos. E más atrás, cerca del calachuni e de sus principales, venían cinco trompetas, o mejor diciendo pífaros, e cerca de la posada del capitán Gil González tocaron un rato; e acabado de tañer, entraron a verle con las mujeres y el oro. E mandóles preguntar que a qué venían, e dijeron que a ver quién eran; que les habían dicho que era una gente con armas, que andaban encima de unas animalias de cuatro pies; que por ver quién eran e lo qué querían, los venían a ver. Entonces el capitán Gil González hizoles hacer aquel su sermón que se hizo a Nicaragua, y él acostumbra a hacer a los indios, con las lenguas, a la soldadesca (después de haber puesto en recabdo el oro); e respondieron que que-

rían ser cristianos. Preguntóseles que cuándo se querían baptizar, e dijeron que desde a tres días venían a ello.

Es de pensar que estos que nuestra católica fe predicaban a estos indios, no publicaban ni les decían la pobreza que Cristo e sus Apóstoles observaron, con tanto menosprecio del oro e de los bienes temporales, teniendo principal intento a la salvación de las ánimas, ni traían cuchillo ni pólvora ni caballos, ni esotros aparejos de guerra y de sacar sangre. Mirad lo que el Apóstol Sanct Bartolomé hizo, cuando le cupo en suerte la predicación de Licaonia y en la India Oriental, y por consiguiente los otros Apóstoles, do quiera que se hallaron, que si solamente el comer, otra cosa no tomaban; pero nuestros convertidores romábanles el oro, e aun las mujeres e los hijos e los otros bienes, e dejábanlos con nombres de baptizados, e sin entender el bien de tan alto Sacramento los que le rescibían. Plugiera a Dios que de cada millar dellos, así baptizados quedaron diez que bien lo supieran.

Como quier que ello fuese, este nombre cristiano no place al diablo, ni quiere la salvación de los hombres; y es de pensar que él apartaría del propósito del baptisio aquellos indios, e también ellos vieron el poco número de nuestros españoles, y al tercero día que dijeron, habiendo ido el clérigo en el mejor caballo de cuatro que tenían, y dos valientes hombres con él, a predicar a unos pueblos no lejos, estando los españoles descuidados de la guerra, sábado diez e siete de abril, a mediodía, e con grandísima calor, dieron sobre el capitán Gil González e su gente hasta cuatro mill indios armados a su guisa, con unos jubones e corazas sin mangas, de algodón bastados, e rodelas y espadas de palo, recias, e muchos dellos con arcos e flechas (puesto que no tienen hierba) e otros con varas para tirar. E quiso Dios que a un tiro de ballesta antes que llegasen al lugar, un indio del pueblo do estaban los cristianos, los vido venir e dió aviso, e lo más presto que pudieron cabalgó el capitán en un caballo de los tres, e recogidos los

compañeros en la plaza, delante de su posada, puso la tercia parte de su gente a las espaldas e alrededor, porque como eran muchos los contrarios, temieron que los cercasen e les pusiesen fuego. E con grandísimo ímpetu, llegados a la plaza, arremetieron a los cristianos y ellos contra los indios, de manera de torneo peleando los unos e los otros con el mayor esfuerzo que podía ser. Y estuvo la batalla cuasi medio cuarto de hora en peso, sin que se conociese cuya había de ser la victoria. E después de haber herido e derribado en tierra seis o siete españoles, llevábanse otro vivo, en peso, sin lo querer matar, a lo que mostraban; e como los de caballo arremetieron e anduvieron un rato entre los enemigos revueltos, tropellando e alcanzando, ellos pusiéronse en huída; e siguiendo el alcance, animando a los de pie, los echaron a lanzadas fuera del pueblo. Y en el campo, como el capitán estaba en el mejor de los tres caballos, aunque mal aderezado de jaez, iba de los delanteros, esforzando los nuestros, e haciendo, como buen capitán, su deber; e desde que se hobo cansado de alcanzar a los que a una parte e a otra topaba de los enemigos, paresciéndole que era error dejar tan atrás su gente, dió la vuelta, en la cual fueron tantas las varas e flechas e piedras que los indios le tiraron, que pasó mayor peligro que cuando de la plaza los echaron.

En fin, como llegó a los delanteros de los compañeros que seguían el alcance fuera del pueblo, no consintió que procediesen adelante; así por su desventaja del poco número, como porque los indios no le tuviesen en poco e sospechasen que no eran más los que quedaban en el lugar, e no se atreviesen a volver sobre ellos e renovasen la batalla, y aun porque en la posada se quedaba el oro solo, e que los del pueblo no tentasen otra ruindad, viéndolos fuera, se los robasen. Y así, lo más presto que pudieron se recogieron con la victoria, dando gracias a Dios, e se pusieron en orden, esperando la segunda batalla, si se la diesen. Lo cual no hicieron por recoger los heridos e muertos e no los dejar en el campo.

En este tiempo aun el clérigo e los compañeros que con él fueron no eran tornados; e como el pueblo donde fueron, era hacia la parte de donde vinieron los indios que es dicho, pensóse que los habrían muerto. E luego el capitán les escribió en breves renglones, con un indio del pueblo, que se viniesen luego, diciendo lo que había acaescido; e vino luego el capellán e los dos hombres, sin haber topado quién los enojase.

Allí se acordó que diesen la vuelta a buscar los navíos, e se tornasen a la costa, así porque hasta allí la gente había ido contra su voluntad; como porque todos se lo aconsejaron al capitán, y él conoció e vido que no debía hacer otra cosa contra el parecer de todos, e por poner en cobro lo que hasta entonces habían ganado. E así se lo requirieron los oficiales y algunos otros de los principales españoles, porque vieron que el capitán esa noche tenía en voluntad de dar en los contrarios por los respectos ya dichos; e porque la gente estaba cansada, y algunos compañeros heridos, e otros enfermos; e por no aventurar el oro que tenían allegado, e demás deso, que de los de aquel pueblo no tenían mucha seguridad, dieron la vuelta con pensamiento que llegados a tierra de cristianos, aunque estaban bien lejos de ella, podrían con más gente e caballos e con más propósito volver e castigar e hacer de paz aquella gente, e a saber los secretos de la tierra, porque ella es tal, que ninguna la puede ver sin que le parezca muy bien.

Como el cacique Nicaragua supo que Gil González se tornaba, e que había peleado con el cacique Dirianjente e sus valedores, e supo que llevaban los españoles cantidad de oro, pensó de tomárselo e matarlos, como después lo enseñó la experiencia, e así lo sospecharon los nuestros, al pasar de su pueblo. Con la cual sospecha el capitán Gil González ordenó su gente, que serían hasta sesenta hombres, los que estaban sanos, y hecho un escuadrón, metió dentro en él el oro e la gente flaca e las cargas de la comida e hacienda que llevaban, e a los cuatro cornisales o esquinas iban los cuatro de a caballo que tenían e cuatro escopeteros. Y desta manera pasaron por el

pueblo a las once horas del día, e ya que estaban fuera de la población, comenzaron indios de salir con su rastro, e decían a los indios que les llevaban las cargas, que las dejasen o se huyesen con ellas; e así caminando, los sufrían, por no quebrar con ellos; e algunos se atrevían a entrar entre los nuestros a sacar los indios, con las cargas, del escuadrón. E viendo esta osadía el capitán, mandó a los ballesteros que les tirasen, e como hirieron algunos, súbitamente comenzaron a salir del pueblo muchos indios de guerra. Entonces parecióle a Gil González que no se podía excusar de pelear, e mandó al tesorero Andrés de Cerecesa e a los que llevaban la guarda del oro, que caminasen todo lo que pudiesen, e asimesmo los indios que llevaban las cargas del bastimento e ropa; y el capitán con los otros tres de caballo, e algunos sueltos peones e ballesteros erodelerose cuatro espingarderos, que todos serían hasta diez y siete, se quedó en la rezaga. E la gente que salía del pueblo era innumerable, e muchos de ellos flecheros; e comenzaron a se llegar con mucho denuedo e grito muy grande, tirando flechas, e los de caballo hacían algunas vueltas sobre los enemigos, e otras veces los escopeteros e ballesteros, hiriendo a los que se acercaban. Pero cuando los de caballo volvían, era tanta la prisa del huir dellos los indios, como la que suelen hacer los peones en mi tierra, de aquellos bravísimos toros de la ribera de Jarama; e alanceaban algunos, con mucha risa de ver el temor que habían a los caballos. A los indios les parecía gran novedad los hombres a caballo, porque nunca tales animales habían visto, e no era para ellos, menor espanto que el de los centauros en las bodas de Peritoo, en aquella batalla que Hércules, hobo con ellos; pero no obstante el miedo que los indios habían de los caballos, era tan grande la muchedumbre dellos como enjambres de abejas.

El cansancio que los nuestros hobieron en esta jornada fué muy excesivo; pero mezclado su temor con su esfuerzo e con la prudente diligencia de su capitán, no cesaron de trabajar valerosamente hasta que el sol se quiso poner por una hermosa vega; e

lo que mayor fatiga les fué, era el pasar de algunos arroyos, por no desamparar los dolientes y pasar los de la rezaga adelante, y en cobrar los indios, que les dejaban las cargas.

Finalmente, como vieron los contrarios que perdían gente, e no ganaban nada en seguir a los cristianos, cuando el sol se puso, dijeron que querían paz, y el capitán Gil González se la otorgó. E dejadas las armas, tres indios principales mandaron que se quedase atrás toda la otra gente, e vinieron a hablar con los nuestros, desculpando a Nicaragua e los suyos e decían que aquello habían fecho la gente de otro cacique, que estaba aquel día en su pueblo, que se llamaba Zoatega, que los españoles no le habían visto cuando la primera vez por allí habían pasado. A lo cual Gil González respondió que él había visto e conocido algunos indios principales aquel día en la batalla, e que así lo dijesen a su teite (que quiere decir lo mismo que calachuni o señor), e que le hacía saber que los cristianos todos que él traía eran tapaligues (que así llaman en aquella tierra al hombre experimentado; e al que ha muerto a otro de cuerpo a cuerpo, dícenle tapaligue); pero que él era contento de la paz, e que si ellos otra cosa quisiesen, que él les haría la guerra de otra manera, porque los cristianos no se cansan, ni han menester yaat, que es cierta hierba que los indios traen en la boca, con la cual dicen ellos que no se cansan tanto como no teniéndola, sin comparación. A lo cual no supieron los indios responder ni replicaron más en ello, sino volviendo las espaldas, iban diciendo tehá, teba, xuya, quiere decir teba bueno, e xuya vete, como quien dice: bien lo dices e bueno eres vete en buen hora. E hablando a los otros indios, iban diciendo estos principales toya, toya, muchas veces, que quiere decir anda o aguija; e así lo hacían todos, tornándose hacia su pueblo. Plugo a Dios que ningún hombre ni oro perdieron los nuestros, ni hobo alguno herido de ellos, excepto un caballo de una flecha, pero no peligró.

Esa noche reposaron en un cerro que había en

su derecho camino, haciendo buena guarda; pero perdióseles mucha ropa a los compañeros, porque los indios que les llevaban las cargas, eran, los más, de los de Nicaragua, que se los habían prestado a la pasada primero, e como vían que a la vuelta los llevaban de su tierra, dejaron las cargas unos, e otros se las llevaron. E desta causa quedaron algunos de los compañeros sin vestido, e otros sin comida, por atender a guardar el oro e no dejar a los dolientes, e por no salir de su ordenanza; e los indios que les quedaron, eran más orientales (e hartos de la lengua de Cueva, e como volvían hacia su tierra e no entendían a los de Poniente, éstos no hicieron mudanza, antes algunos dellos pelearon muy bien, ayudando a los cristianos.

Después que hobieron reposado cinco e seis horas, pasada la medianoche, e salida la luna, tornaron a caminar, por pasar antes del día un mal paso, al cual, por otro camino podían ir a él desde el lugar, e tomándole los indios primero, les pudieran hacer mucho daño a los cristianos; pero no hallaron impedimento en lo pasar, e así caminaron el resto de aquella noche e los días siguientes hasta que llegaron al golfo de Sanct Vicente donde se había departido cuando Andrés Niño fué a descubrir desde allí, el cual era tornado ocho días había, e decía que había descubierto trescientas e cincuenta leguas al Poniente desde allí; pero él se engañó mucho en la cuenta desas leguas. Por la falta de los navíos, e aun del agua, no pasaron adelante.

A mí me escribió una carta Gil González, que dice que aquel pueblo de este cacique de Nicaragua la tierra adentro tres leguas de la costa de la mar del Sur, junto a las casas de la otra parte, está otra mar dulce que cresce e mengua, y que él entró a caballo en ella, e tomó la posesión en nombre del Emperador, e que se vía una isla dos leguas dentro, o apartada desta costa de esta agua dulce, poblada, e que el tiempo no le dió lugar a saber más en esto, pero que mandó entrar a algunos cristianos en una canoa media legua dentro, para--

ver si el agua corría hacia alguna parte, pensando que fuese río, aunque no vían la otra costa de hacia el Norte; e los que entraron no conocieron que hobiese corriente. E sus pilotos porfiaban que salía aquel agua a la mar del Norte; pero él y ellos hablaban por conjeturas e a tiento.

Bien se me acuerda que, hablando Plinio en la gente de Scitia, dice que Alejandro Magno dijo que aquel mar es dulce, e que Marco Varrón escribe que lo mesmo fué mostrando a Pompeo, cuando en la guerra de Mitridate era allí vecino, o estaba cerca desta mar dulce; e que aquesto procede por la grand copia de ríos que allí entran, que vencen a la salobre agua de la mar. Todo esto es deste auctor; pero ya tengo dicho cómo en el golfo de Urabá, con bajar está dulce el agua, e así podría ser eso que vió Alejandro e vió Pompeo, y menor es ser dulce la laguna de Nicaragua, por que su asiento e sitio es bajo, e acuden a ella infinitos ríos.

Ya he dicho en otra parte que, después que Gil González estuvo en Nicaragua, yo fuí a aquella tierra, e vi esta e otras grandes lagunas, e muchas cosas otras que deo para las decir adelante en su lugar.

Tornando al propósito de Gil González, digo que después que llegó al golfo de Sanct Vicente, halló que el mayor de los navíos no estaba para navegar ni tenerse sobre el agua, y en los otros y en canoas, se embarcó con su gente para Panamá. Pero quiero yo agora decir la forma de la costa, e lo que navegó Andrés Niño hasta la postrera parte que llegó, e también diré aquella ensenada del golfo de Sanct Lúcar, que otros llaman golfo de Nicaragua e otros le dicen golfo de Orotina, e otros golfo de Guetarés, e cualquiera destes dos nombres postreros es su nombre propio. E pintarle he como yo le vi, e no como le halló en las cartas de nuestros cosmógrafos puesto, hasta el presente año de mill e quinientos e cuarenta y ocho; e diré las principales islas que hay en esta ensenada, la qual aunque está en el camino que este piloto navegó, no la vi-

do ni entró en este golfo de Orotiña, o de los Guetares que el licenciado Espinosa y el piloto Joan de Castañeda llamaron golfo de Sanct Lúcar (desde fuera), pero tampoco entraron en él. E sábese de presente, que se pobló después de cristianos alguna parte de aquella gobernación por el capitán Francisco Hernández, teniente de Pedrarias. E diré asimesmo desde allí al Poniente, la costa e sus alturas, segund la carta moderna e nueva corrección della. Y porque dije que desde las islas de Sanct Lázaro navegó otras veinte leguas al Poniente el licenciado Espinosa y el piloto Joan de Castañeda, digo que desde aquellas islas de Sanct Lázaro hasta el puerto de la Herradura, la costa abajo al Occidente, al Hueste cuarta del Norueste, se ponen veinte leguas, e allí comienza la boca deste golfo de Guetares, que el Espinosa llamó de Sanct Lúcar, e se hace una ensenada de diez y ocho o veinte leguas de longitud, que tiene en partes nueve de latitud, e más e menos; dentro del qual hay gentiles islas e muy fértiles e pobladas. E de la otra parte deste golfo, frontero del puerto de la Herradura, está la punta del Cabo Blanco (é llámanse así, porque es terreno blanco, e sin eso tiene un farallón cerca de la punta muy blanco); entre el qual e la Tierra Firme o punta puede entrar sin peligro una carabela de ochenta o cien toneladas. Está el puerto de la Herradura en ocho grados, desta parte de la línea equinocial, y el dicho Cabo Blanco está en siete grados y medios, segund el cosmógrafo Alonso de Chaves o los que le informaron. E porque mejor se entienda este golfo, pongo aquí la figura dél, si lo supe entender todavía, so enmienda de quien más particularmente lo hubiere comprendido.

Pues he pintado la figura del golfo de Orotiña o de Los Guetares, que comúnmente suelen llamar de Nicaragua, y en las cartas de navegar, o por no estar informados los cosmógrafos que las hacen, o por no lo haber visto ellos, no lo ponen tan puntualmente, quiero pasar a lo demás que deste golfo estos descubridores no dijeron, e que yo ví; y es así. La isla de Chira puede hojar siete o ocho le

guas, y es muy poblada e fértil; en la cual había -
 , cuando Gil González por allá anduvo, más de quin-
 nientos hombres de guerra, sin viejos ni mujeres,
 ni niños e de otras edades. E la isla que nuestros
 españoles llaman isla de Ciervos, es la que los in-
 dios llaman Cachoa; pero en ésa y en las otras hay
 innumerables ciervos e puercos; y es menor; y est-
 entre la de Chira e la de Chara, en la banda del -
 Norte, en la Tierra Firme.

En frente de la isla Cachoa está la gente e
 provincia de Orotiña, e más al Leste está la gente
 e provincia de Chorotega; e a las espaldas, más al
 Norte e al Nordeste, están las sierras e gentes
 llamados Guetares. Entre la isla de Cachoa e la -
 costa, hacia el Sur, está otra isleta que se dice
 Irra; e más al Leste está otra pequeña que se dice
 Urco; e más al Oriente, adelante, otra isleta que se
 dice Pocosi, cerca de tierra, a la parte austral -
 del golfo. Estas tres pequeñas islas están entre-
 la Tierra Firme e la isla de Ciervos, dicha Cachoa.
 Deste golfo sube tres leguas la marca por el río -
 llamado Zapandi, que está en la culata o fin deste
 golfo; e allí hay un cacique que tiene el nombre -
 del río, e se llama asimesmo Zapandi; e a par dél,
 al Noroeste, está otro cacique que se llama Corobi-
 ci.

Los guetares son mucha gente, e viven encima
 de las sierras del puerto de la Herradura, e se ex-
 tienden por la costa deste golfo, al Poniente, de
 la banda del Norte hasta el confín de los Chorote-
 gas. Al opósito, en la otra costa del mesmo golfo,
 de la banda del Sur, el más cercano al río de Zapan-
 di es Cange, y más al Leste está otro que se dice
 Paro. En la tierra deste cacique de Cange, y en la
 del Cacique Niquia, y en el de Nicoya (que todos -
 son vecinos deste golfo) hay mucho brasil, de lo -
 cual hallé yo algunos leños en la isla de Chara, -
 con que las indias tiñen e dan color al algodón
 a lo que quieren teñir. Y los españoles que allí
 se hallaron conmigo, por brasil lo juzgamos; pero
 el cacique, señor de la isla, llamado Nari, me di-
 jo que eran árboles de una braza o poco más de alto

e llamábanlo nanci; de los cuales árboles hay muchos en tierra de Nicoya y en Masaya y en Tecoteaga, y en muchas partes de Nicaragua. E deste árbol e su fruta se hallará más particular mención en el libro IX, capítulo XXI.

Hay en la isla de Chira muy buena loza o vidrioado de cántaros e jarros, e todo lo que se suele hacer de barro, la cual parece proprio azabache en la tez e color negro. Y es muy hermosa cosa de ver las vasijas dello, e yo he traído desde allí algunas piezas gentiles desta loza hasta esta cibdad de Santo Domingo.

La isla de Chara es la que los cristianos llaman Sanct Lúcar, e allí y en la de Chira y otras deste golfo, traen las indias unas bragas pintadas, que son un pedazo de tela de algodón de muchas labores e colores, cogido en un hilo que se ciñen; e esta tela es tan ancha como dos palmos, e por detrás baja desde la cinta e métenla entre ambas piernas e pasa delante, e alcanza a cubrir el ombligo e ponerse debajo del mesmo hilo o cinta, e así cubren todas sus partes vergonzosas; todo lo de más de las personas traen descubierto e desnudo.

Los cabellos pártelos las mujeres por mitad de la cabeza, derechamente por la crencha, desde media frente al colodrillo, e de la una mitad hacen un tranzado que viene a quedar encima, sobre la una oreja, al un lado, e de los otros medios, cabellos hacen otro tranzado al otro lado, e muy tiestos, e tan luengos como son los cabellos. Y es gente muy bien dispuesta, así los hombres como las mujeres. Algunas veces acaesce que, por algún inconveniente o necesidad, guardan aquel voto de Semíramis, que no se quiso acabar de coger los cabellos, cuando se le rebeló Babilonia, hasta que la hobo subjuzgado e vuelto a su obediencia; e así estas indias, cuando alguna necesidad o servicio de su señor o marido les ocurre, primero proveen a aquello que a la gala de sus tranzados. E así vía yo algunas de ellas con un tranzado fecho e otro suelto; e así Semíramis no se quiso acabar primero de concertar

sus cabellos hasta restituir su cibdad a su obediencia. Con esta auctoridad de aquella crónica del mundo concuerda un terceto de Francisco Petrarca en el Triunfo de la Fama, donde dice: "Después vi la magnánima reina, que una parte de la crencha cogida e la otra desparcida, corrió a la babilónica ruina" E más largamente toca esta historia de Semíramis - Justino, el cual dice que un día, curando de sus cabellos e crencha, e habiendo cogido la una parte e atóla, le fué dicho que Babilonia se le había rebelado, por lo cual tomó las armas súbito contra aquellos rebeldes, e no se quiso coger la otra parte de los cabellos hasta que hobo reducido a su obediencia la cibdad.

Tornando a nuestra historia, estas mujeres que he dicho deste golfo de Nicoya e sus comarcas, e los hombres, son gente bien dispuesta. Ellos traen cogidos los cabellos con una cinta de algodón, hechos todos los cabellos un trazado detrás, y estan luengo como un palmo, o menos, al colodrillo; otros los cogen para arriba, y el trazado sube derecho sobre la coronilla de la cabeza. El miembro generativo traen atado por el capullo, haciéndole entrar tanto adentro, que a algunos no se les parece de tal arma sino la atadura, que es unos hilos de algodón allí revueltos. Preguntándoles yo la causa por qué andan así, decían que porque aquello era su usanza, y era mejor traerlo así que no suelto como los indios de la isla de Chira o como nuestros caballos.

En la isla de Chira vi una niña de hasta dos años que mamaba, e llorando por su madre que andaba atendiendo en su casa, decía mama muchas veces; e preguntando yo al cacique que qué decía, me dijo que llamaba a su madre. Estos indios de Chara son de otra lengua diversa, y entiéndese algo con la de Cueva, porque con la plática que tienen con los cristianos, la han aprendido. Bojará la isla de Chara, en su circunferencia cuatro leguas.

En estas islas hay perlas, e yo las vi en las islas de Chara e Chira e Pocosí, e las saqué de al-

gunas ostias que los indios nos traían para comer. La isla de Pocosí es pequeña, e puede hojar hasta una legua, e yo la he andado por su costa a la redonda. Es alta e muy singular puerto, y está un tiro de escopeta de la Tierra Firme o poco más, e tiene un pueblo pequeño de indios, y es abundantísima de pesquerías.

Hay en estas islas un pescado que llaman los cristianos pie de burro, que son como unos ostiones muy grandes e muy gruesos, e también se hallan perlas en algunos dellos. Afirman los hombres de la mar que es el más excelente pescado de todos. De las conchas dellos hacen los indios cuentas para sus sartales e puñetes, que ellos llaman chaquiras, muy gentil e colorado, que parecen corales, e también morada e blanco; e cada color es perfecta en las cuentas que hacen destas conchas del pie de burro, e asaz duras e son tan grandes estós pies de burro como la cabeza de un hombre, e de ahí para abajo, algo menores.

Hay asimesmo de aquellos nacarones que se dijo en el libro XIX, cap. IX, en los cuales también se hallan perlas; e de las conchas déstos hacen palas para sus labores, e también hacen dellos naúes o remos para sus canoas o balsas. Pero en estas islas de Chara e Pocosí no tienen canoas, sino balsas de cuatro o cinco o seis maderos atados a los cabos, y en medio a otros palos más delgados atravesados, e la ligadura es de tomizas de esparto de aquella tierra, que es como lo de Castilla e más luengo, pero no tan recio, mas hasta para esto e para atar e liar la paja en la cobertura de las casas o buhíos.

Hay, junto con estas grandes pesquerías e perlas destas islas (en especial en la de Pocosí, en que yo me detuve algunos días, a causa de reparar allí una carabela que se nos iba a fondo) otra manera de trabajo, que para mí fué cosa nueva e muy enojosa, de muchas chinches en los buhíos, con alas; e no parecen de día, ni había pocas de noche e son más diligentes e prestas y enojosas que las de España, e pican más e son mayores que aludas

grandes; e si se ensucian. lo qual hacen muy a menudo, o las matáis, rodeándoos en la cama, se despachura sobre la hamaca o sábana, e deja una mancha tan grande como una uña de un dedo, e tan negra como tinta de escribir e muy peor, porque nunca sale de la ropa con jabón ni lejía, hasta que sale todo el pedazo de la tela, tan grande como fué la mancha que hizo, pero no hieden. Y estas chinches en toda la provincia e islas de Nicaragua las hay.

Comen los indios en estas islas muchos venados e puercos, que los hay en grandísima cantidad, e maíz, e fésoles muchos e de diversas maneras, e muchos e buenos pescados, e también sapos; e yo les he hallado atados en las casas de los indios, e se los he visto comer asados; e ninguna cosa viva dejan de comer por sucia que sea. Tienen muchas fructas, en las cuales no me quiero aquí detener, porque cuando se dé noticia de las otras cosas de Nicaragua se dirá de ellas, en especial de aquella que llaman paco, que es cosa mucho de notar.

Los indios de Nicoya e de Oroci son de la lengua de los chorotegas e traen horadados los bezos bajos, e puestos sendos huesos blancos redondos, del tamaño de medio real o más, como lo traen los indios en la Nueva España. Son flecheros e valientes hombres, e llámense cristianos desde que Gil González anduvo por allí; pero yo creo que hay pocos dellos que lo sean. Son idólatras e tienen muchos ídolos de barro e de palo en unas casillas pequeñas e bajas que les hacen dentro del pueblo, a llende de sus casas principales de oración, que llaman teyopa en lengua de chorotegas, y en la de Nicaragua, archilobo.

Es tierra Nicoya, de mucha miel e cera, e las abejas no pican, e son desarmadas, e tan pequeñas como moscas de España, e negras. Hay abispas muy malas, pequeñas, e que pican e dan muy grand dolor.

Todos los indios de Nicoya, en especial los-

principales e sus mujeres, traen pintados los brazos de aquella pintura negra que se hace con la sangre propia e carbón, contando e debujando primero con navajas de pedernal; e la divisa son tigres, que estos chorotegas llaman nambue, y en lengua de Nicaragua se dice teguam, y en lengua de Cueva ochi.

Desde el Cabo Blanco, bajando la costa al Poniente, cerca de tierra, está una isla que se llama Moya, y está más al Occidente de Cabo Blanco veinte leguas; pero antes está el puerto que llaman de las Velas. E desde el dicho Cabo Blanco adelante, hasta el puerto de la Posesión, hay cien leguas, poco más o menos, yendo en alta mar al Poniente; e todo aquello se llama golfo de Papagayo, e no es impropio nombre, porque acaesce que hablan allí los hombres llorando u orando, porque es mal paso de navegar. Está la isla de Moya en siete grados e medios, desta parte de la línea equinocial; y está junta a la punta de Catalina otra isleta, y esta punta está en ocho grados e un tercio, diez e ocho o veinte leguas de la isla de Moya. Desde la punta de Catalina hasta la punta de Nicaragua hay treinta leguas, y en la mitad deste camino se hace cierta ensenada, que llaman golfo de Sanctiago. Esta punta de Nicaragua está en nueve grados e medio, e siempre desde el Cabo Blanco, poco a poco la costa abajo al Occidente, se va la costa enarcando e metiéndose hacia nuestro polo o Norte.

Desde la punta o promontorio de Nicaragua hasta el río o puerto de la Posesión hay diez leguas, el cual río, segund las cartas modernas del cosmógrafo Alonso de Chaves, está en diez grados e medio. Este puerto tiene en la entrada de la boca del río una isla alta, e llana en lo alto della, que bojará un cuarto o algo más, hasta media legua, en redondo, así que hace el río dos bocas; e por la del Leste pueden entrar navíos pequeños, y por la del Nueste entran las naos e mayores navíos. Yo he estado dos días surto en este embocamiento, e se mataron muchos peces de los que llaman roncadores, porque poncan, e son bien armados de dientes y es buen pescado. Llámase este puerto e río de la Po-

sección, porque allí hizo ciertos autos de posesión el piloto Andrés Niño en este descubrimiento. Pero midan él e Gil González como quisieren esas sus seiscientas e cincuenta leguas, que dijeron que habían descubierto por la mar; que en muchas más de la mitad se engañaron, porque desde aqueste puerto de la Posesión a Panamá, no hay sino trescientas leguas, segund lo que se platica al presente, pocas más o menos; e yo lo he navegado dos veces con pilotos diestros en aquella navegación.

Entré aqueste río de la Posesión e la punta de Nicaragua, que se dijo de suso, hay otro río que se dice río de Mesa. Verdad es que Andrés Niño bajó más al Poniente veinte leguas que hay hasta la bahía de Fonseca, el cual nombre le puso por echar cargo al Presidente del Consejo Real de aquellas Indias, que a la sazón era don Joan Rodríguez de Fonseca, obispo de Palencia (que después lo fue de Burgos), cuyo criado fué Gil González Dávila; e a una isla que está dentro de la bahía, llamóla Petronila, por otra vanidad que yo no digo, e que a aquel piloto lagotero se le antojó. Querría yo que, ya que estos descubridores no saben dar nombres a propiados al puerto o al río o golfo o promontorio que procurasen de saber de la gente natural de la tierra el nombre proprio que tiene la cosa. La boca desta bahía de Fonseca está en algo menos de once grados, desta parte de la Equinocial, segund el cosmógrafo alegado; en lo cual, y en todo lo que es dicho desta costa desde Panamá, yo creo que le fué hecha falsa relación. Y por tanto, para que el Chaves e los otros cosmógrafos de César enmiendan sus patrones e pinturas de sus cartas de navegar, si me quisieren creer, diré lo que hallo en mis memoriales, que escribí tomando por mi persona con el astrolabio las alturas en las partes que agora diré, en tierra e sosegadamente, e muchas veces. Está Panamá en ocho grados e medio; la isla de Chirra dentro del golfo de Orotina o de Nicaragua, está en diez grados. Está la isla de Chara, que otros llaman de Sanct Lúcar, en nueve grados e treinta e ocho minutos, que son dos tercios de grado menos dos minutos. Está la isla de Pocosí más al

Leste dos leguas, e más metida al Sur en nueve grados. Está la punta del Cabo Blanco, que es la boca del dicho golfo, a la parte austral, más al Poniente, en siete grados e medio. Está la boca del dicho río e puerto de la Posesión, en trece grados, desta parte de la línea equinocial indubitadamente. Por manera que lo que Andrés Niño vido, e descubrió más adelante aquel piloto Juan de Castañeda, fué desde el golfo de Orotiña e Cabo Blanco hasta la bahía de Fonseca, que pueden ser ciento e veinte leguas, poco mas o menos, puesto que para descubrirlas se navegarían más porque, como dice aquel proverbio vulgar, "el camino que no se sabe, más largo es al que nunca le vido". Entre aquel río de la Posesión e la bahía de Fonseca está otro río, que se llama río de Sanct Pedro. La punta más occidental de la bahía de Fonseca se llama Cabo Hermoso, en el cual quiero hacer punto por agora a la cosmografía desta costa, hasta que tornemos a ella; porque me parece que es tiempo que volvamos al discurso de Gil González a Pedrarias Dávila, en lo que subcedió deste descubrimiento e oro, cuando volvió a Panamá, que fué a los veinte e cinco de junio de mill e quiniento e veinte y tres años, donde se fundió aquel oro; e fué mucho menos el valor que el bulto dello, porque la mayor parte era de muy bajos quilates, e harto sin ley, puro cobre. Pero es capado Gil González de Castilla del Oro e de los impedimentos de Pedrarias, como está dicho, vino a esta cibdad de Sancto Domingo desta nuestra isla Española, e tornó a armar aquí de nuevo e volvió con muy buena gente e navíos a la Tierra Firme, más al Poniente, donde les pareció a él e al piloto Andrés Niño que podría responder el paraje de la grand laguna dulce que ellos pensaban que desagüaba o entraba en este mar del Norte. E fueron a desembarcar al cabo e puerto que se dice de Higueras; e púsole nombre Gil González, puerto de Caballos.

Allí se les murió un caballo (y esto no era causa suficiente para mudar su nombre al puerto, que otros habían mucho tiempo antes descubierto), e hizole entrar secretamente, no por hacerle ob

sequias ni honrarle con sepultura, como Alejandro Magno a Bucéfalo, su caballo (e otro caballo hizo a símesmo enterrar Octaviano Augusto, emperador, y el Cid Ruy Díaz mandó enterrar a Babieca, su caballo); pero hizolo Gil González, por que los indios no lo viesen ni supiesen que los caballos eran mortales, a los cuales mucho temen, porque allí no los había visto. E a otro puerto, más adelante, llamó Puerto de Honduras, e hizo un asiento e pueblo, e llamóle Sanct Gil de Buena Vista, e dejó allí algunos españoles, y entróse con la mayor parte de la gente la tierra adentro, e púsose diez o doce leguas de aquel puerto de Sanct Gil, en la parte que le pareció más apropiada para su descubrimiento e conquista.

En el tiempo que Gil González vino a esta Isla, e hacía su segunda armada en esta ciudad de Sancto Domingo, supolo Hernando Cortés, que estaba en la Nueva España, e proveyó de dos armadas contra Gil González, porque no tomase aquel puerto de Higueras (que decían que era cosa rica); y envió la una por tierra con el capitán Pedro de Alvarado, y otra por mar con el capitán Cristóbal de Olit, hombres de guerra y experimentados capitanes. Y el Cristóbal de Olit fue con sus navíos a la isla de Cuba, e como allí tocó, luego se alzó contra Cortés e dijo que no iba por él, sino por sí proprio, e quería también un pedazo de la Tierra Firme, que le pertenecía tan bien como a Cortés lo que tenía de ella. E desde aquella isla atravesó a la costa de la Tierra Firme, e salió en el puerto de Higueras, e púsose en la costa con su armada, cerca del otro pueblo de Sanct Gil, donde estaba Gil González, e pobló allí. E como tuvo noticia de Gil González Dávila, y el Gil González de Cristóbal de Olit, por sus cartas e mensajeros se confederaron e quedaron muy amigos para se ayudar e hacer el uno por el otro; e así se visitaban por letras, e al parescer tenían mucha conformidad, porque su fin dellos era hacer sencillos sus enemigos e asegurarse de sus émulos; porque, como tengo dicho, Gil González tenía por contrario a Pedrarias a las espaldas, e había enviado a poblar a Nicaragua a su teniente Francis-

co Hernández con otros capitanes e gente. E Cristóbal de Olit temíase de Hernando Cortés: que les bastaban competidores poderosos sin que los dos contendiesen entre sí. No es agora conuiñiente decirse lo que Cortés hizo en esto, porque cuando se tracte desta goberⁿnación de Honduras, se dirá:

Tornemos a Pedrarias, que como fué ido Gil González de Panamá, en tanto que él estuvo armado en esta cibdad de Sancto Domingo para volver a Tierra Firme, cobdiciando Pedrarias juntar lo que Gil González había descubierta al Poniente de Panamá, en la provincia de Nicaragua, con lo que él tenía, envió una armada a lo ocupar con su teniente general, el capitán Francisco Hernández y con él a los capitanes Gabriel de Rojas e Francisco Campañón, y Hernando de Soto, e otros. Y éstos fueron e pbblaron en la provincia de Nagrando, a par de la grand laguna, donde agora está la cibdad que llaman León; la cual fundó, por su mal, aquel teniente Francisco Hernández. E desde allí envió la tierra adentro al capitán Gabriel de Rojas con gente, e topó acaso con Gil González, donde estaba poblado, e Gil González le dijo que él no tenía que hacer en aquella tierra, ni Pedrarias; que se tornase en buen hora a Francisco Hernández, e que por su persona del capitán Rojas, allí tenía toda la parte que él quisiese: pero que como capitán de Pedrarias a él ni a otro había de consentir que anduviese por aquella tierra. E con algunas buenas palabras de cortesía, el capitán Rojas se fué, porque no tenía tanta gente que fuese parte para hacer otra cosa, e aun díjose que prometió de no tornar.

Como Rojas llegó al capitán Francisco Hernández, e le dió noticia de Gil González, envió luego con más gente al capitán Hernando de Soto en busca de Gil González, el cual estaba en vela e sospechoso que el capitán Rojas e otros capitanes de Pedrarias torna-

rían sobre él. E hobo aviso de los indios de la tierra, cómo el capitán Hernando de Soto e muchos cristianos iban; e sabido esto madrugó e salteólos, dando sobre ellos en un lugar donde estaban, de noche; e pelearon los unos contra los otros, y en fin el capitán Soto e los que con él iban, fueron presos e desarmados e algunos muertos, e los despojó e quitó el oro bajo, que era harto lo que ya tenían. E desde a dos o tres días los soltó, sobre cierto juramento e pleiteía, e les hizo tornar su oro e armas, e se tornaron a su capitán o teniente Francisco Hernández.

Habida esta vitoria Gil González contra el capitán Soto, se fué a donde estaba Cristóbal de Olit, su amigo, el cual lo prendió. E porque ya esto de aquí adelante sería fuera de la historia de Nicaragua, e no quiero tractar sino del gobernador Pedrarias, vuelvo a él, e digo que como llegó al puerto del Nombre de Dios, e no pudo alcanzar a Gil González, para le detener e tomar el oro que trujo de Nicaragua, como queda dicho de suso, supo allí que el nuevo obispo de Tierra Firme, llamado fray Vicente Peraza, de la Orden de Sancto Domingo, sucesor al obispo fray Joan de Quevedo, había desembarcado en la ciudad de Santa María del Antigua del Darién; e así para dar orden en que allí no parase, como para acabar de destruir e despoblar aquella cibdad, se embarcó e fué al Darién a se ver con el obispo, de las cuales vistas resultó lo que se dirá en el capítulo siguiente.

(G.F.de O.; Hist. Gen. y Nat. de las Is. Libro XXIX, cap. XXI: 287 a 303)

Es tan copiosa e cuasi infinita la a bundancia de materias historiales que cada día se nos aparejan e aumentan para el col mo e definición destos tractados de Indias que ni es posible poderse escribir todas - en nuestra vida, ni se ha de perder espe ranza de hallar más e más diversidades que acrescentar e memorar en esta General His toria, dar loores a Dios e delectable ocupación a los letores de aqueste tiempo e del que está por venir. E porque así co mo la geografía e asiento de la tierra se va mejor entendiendo, y ella más palpable se nos manifiesta, así va la Cesárea Majes tad proveyendo de perlados e nuevos gober nadores e oficiales en favor de la repúbli ca católica e de su real servicio, y ejer citen la ley evangélica por medio del cep tro castellano en todas aquellas partes - que más a este sancto propósito convenga.

Ofréscese una nueva gobernación para el puerto e provincia que llaman Cartago, en la costa interior de la Tierra Firme - que mira al Norte, e sus anejos, con todo aquello que la voluntad real ha mandado - juntar con la tierra que es dicho: de la cual, más difusa o enteramente se tracta rá en este libro XXX de la segunda parte destas historias. Y ha dado cargo de es ta administración e capitania general a Diego Gutiérrez de Madrid, de quien su Ma jestad quiso confiar la empresa, por su buen entendimiento e persona, puesto que de las cosas destas partes no tiene experien cia mas como su buen natural e prudencia - para eso e más le abonen en el juicio de los hombres, e de quien le fué favorable e intercesor alcanzó crédito para ser proveí do de tal cargo en la voluntad real; y él se dispuso con la suya muy enteramente a o cupar su vida e tiempo en lo que le fué - mandado, para que la gente natural de aque llas provincias se conviertan a Dios, e la

religión de los fieles cristianos sea ma -
yor y en más partes e reinos aumentada. E
con una hermosa e armada nao, e bien acom -
pañado este gobernador de caballeros e hi -
dalgos e lucida gente, aunque de poco núme -
ro, llegó a esta cibdad de Sancto Domingo
de la isla Española a los cinco días del
mes de julio de la Natividad de Nuestro Re -
demptor de mill e quinientos e cuarenta y
un años, donde se hizo de más gente e caba -
llos, e otras cosas a su empresa nesceria
E con hasta doscientos hombres, muy bien a -
derezados e proveídos, salió del puerto
de esta cibdad el siguiente mes, a los cin -
co días de agosto del año ya dicho, en la
misma nao que vino, e con un bergantín, en
continuación de su viaje para la Tierra -
Firme. E después, a los catorce días de
octubre, salió otra carabela, que aquí dejó
fletada, en su seguimiento, con caballos e
otros suplimentos para la empresa.

Bien creo que no faltarán fatigas a
estos nuevos pobladores, porque las cosas
destas partes, hasta estar los hombres dies -
tros, y hechos al aire y ejercicio de la
tierra, siempre los prueba alguna enferme -
dad, demás de hacerles probar otras nescer -
sidades que el tiempo dispone; pero como
dice el Apóstol: "El que no quisiere traba -
jar, no coma". P es los más de los que acá
vienen es porque no tienen en su patria
lo que habrían menester, tan copiosamente
como sus lindos deseos e méritos de sus per -
sonas lo piden aparéjense a sufrir, e pón -
gansé en aquel cuidado e obra, con que el
buen balladero suele jugar la ballesta
que demás de traerla tal cual debe ser pa -
ra su ejercicio o puntería, son los lances
e viras tan bien labradas, e las plumas
si ordenadas, y el brazo tan sosegado, e a
la vista tan viva e constante, que ponien -
do los ojos, no solamente en el blanco
que tiran, más en el fiel en que desean
certar, no yerran el tiro ni pierden el

tiempo e ganan el prescio. Y así, en este juego del mundo, en que estos otros vienen a emplearse, deben traer sus armas e -
almas tan a propósito del camino que hacen, que por pensamiento no les pase, ni por obra jamás cometan, de se apartar ni quitar los ojos y el corazón de aquel terreno glorificado e llaga del costado de nuestra redempción, e humanidad e divinidad de Jesucristo, Nuestro Salvador, para que den en el fiel y quede fiel el milite conquistador, y convertido e seguro el indio conquistado, y el soldado o poblador no se aparte, por memoria de aquella preciosa sangre, de sacarla de ninguna otra criatura, en cuanto posible le fuere. Porque yo os digo que los que sin este católico fundamento, acá derraman la sangre desta gente salvaje, pero prójimos nuestros, siempre les da Dios el pago que merecen, e los menos vuelven a España; e por uno que acierte a enriquecerse destos bienes temporales, muchos se pierden.

Testigo soy de lo que digo, e por estos tractados lo podrés mejor entender los que desta lección quisiéredes parte. Pienso yo, por lo que se me figura de la persona deste gobernador, que desea acertar a servir a Dios e a su Príncipe; e como éste sea su fin, así será el que él hará a propósito de su salvación e honor de su persona, y el Espíritu Sancto le dará gracias para ello. Y cuando así no fuese, demás de quedar obligado con su ánima e vida a la paga que de Dios e a la justicia que del Rey espera, también hallará en mis renglones la medida de sus obras. Plega a aquel de quien todo bien procede, que este gobernador las haga tales, que al que las oyere, le dé deseo de imitarle, e haya de qué haberle envidia los virtuosos, y no dé que haber lástima de su subceso e gobernación.

(G.F.de O. Hist. Gen. y Nat. de las Is. Libro XXX, cap.:proemio, :356-358)

.../cómo Diego Gutiérrez gobernador de la provincia de Cartago e sus anejos, fué bien rescebido e obedescido de los cadies que e indios de la tierra; e otras particularidades al discurso de la historia convinientes/

Cuando Diego Gutiérrez estuvo en esta cibdad de SAnCto Domingo, yo le comuniqué como amigo, e aun le dije mi parecer, por que de años atrás nos conocíamos; e si yo supe entenderle, parecióme que su intento era sancto, e no inclinado ni dispuesto a malas ganancias, ni a maltractar los naturales de aquella tierra donde iba, sino a provechar sus ánimas, e no ultrajar sus vdas ni robarlos. Y como era hombre bien hablado y de buena crianza, e mostraba ser celoso al servicio de Dios e del Rey, yo pensé que así como lo decía, así lo pusiera por obra. Aunque como en la introduc-ción o proemio deste libro ya yo dije que él no tenía experiencia destas cosas de Indias, sé que nunca falta un cabestro de los desaimados o pláticos que por acá han andado, que a los novicios o nuevamente venidos a gobernar, los enseñen a robar; y aquéllos, así por la dispusición que hallan en el capitán que viene y en su pobreza, como en la falta de providencia para se guardar de tales consejeros, dánles crédito e olvidan el buen propósito e voluntad del Príncipe que los envía, y el temor de Dios. E por enriquecerse, presto vuelven la hoja e trocaban el intento con que partieron de España, si bueno era, o afirmado en el cauteloso que en su pecho estaba callado, en poco tiempo manifiestan las obras, el contrario de las palabras con que se ofrescieran a servir al Rey en tal empresa. E como ya tengo dicho, los más de los que acá vienen, son hombres nescitados, y éste lo era mucho y en muchos hijos. Mas pensaba que aunque así fuese, podría más la verguenza e consciencia que los otros deseos

de adquirir dineros; pero no me descuide tanto en este crédito, que dejase de sospechar lo contrario, acordandome cómo su padre, el tesorero Alonso Gutiérrez, allegó su hacienda muy desviadamente del arte militar, en que su hijo con esta empresa se quería ocupar. Pero también habemos leído que muchos grandes varones acertaron a tener tales personas, que dieron, seyendo plebeos e bajos por sus predecesores, grand resplandor e fama a sus descendientes, e ilustraron sus linajes; e otros, por el contrario que nascieron e se criaron con poderosos patrimonios y encumbrados estados; hicieron tales obras, que deshonraron a sí e a sus pasados. De manera que a ninguno debemos juzgar por malo ni por bueno, hasta ver qué pintura e matices él dispone e compone en su vida e fin; e por esto dije en el proemio que mis renglones se conformarían con la medida de sus obras (con la simplicidad e verdad que la historia requiere).

Y antes de venir a esos términos (pues el tiempo nos lo ha de enseñar y disponer), digo que Cartago es una provincia así llamada a disparate, por los primeros cristianos que allí andovieron, e tiene un ancón grande e lleno de isletas; el cual está en la costa de Tierra Firme, entre las gobernaciones de Veragua e Honduras, e puntualmente aquel embocamiento está en catorce grados e medios, desta parte de la línea e quinocial. E diósele por términos, desde allí abajo al Occidente hasta el río Grande, e a la parte de Levante, desde el dicho puerto de Cartago hasta los confines de Veragua, que es el ducado que se dió, con título de Duque de Veragua al ilustre almirante don Luis Colom, a quien el Emperador, nuestro señor, lo ha concedido por mayorazgo para él e sus subcesores en esta gobernación, así como es dicho; limitada a Diego Gutiérrez. Es muy fértil en parte, e áspera en algunas partes, pero de muy ricas mi

nas e otros provechos, de que este goberna-
dor e sus milites podían ser aprovechados,
si fueren para ello e es tierra sana, e de
buen aire e buenas aguas. Y también hay
gente belicosa en los naturales.

Es tierra de mucha montería e de mu-
chos e diversos an males, e andan los hom-
bres desnudos e las mujeres, e son idóla-
tras en diversas maneras e ritos. Pero co-
múnmente en todas las Indias conocen que
hay un Dios Todopoderoso, e aquéste, por di-
versos nombres e diferentes maneras, trac-
tan de él, e sienten como idólatras, y en
vuelos en innumerables errores que el dia-
blo les da a entender; el cual tiene mucha
parte en ellos, como en gente desapercibi-
da e apartada, e sin defensa para su salva-
ción, e sin conocimiento de la fe e verdad
de la pasión de Cristo, Nuestro Redentor;
pero por su misericordia e con la conversa-
ción de los cristianos se convertirán, e -
querrá Dios que se salven e se le quite a
Satanás la jurisdicción que tiene allí de -
tantos siglos usurpada, tragando tan incon-
tables ánimas, si la cobdicia de los que -
han de enseñar la fe no se convierte en -
los malos usos que en otras partes de aque-
tas Indias han usado los conquistadores, que
mejor se pueden decir despobladores e disi-
padores de las tierras nuevas, en que sus-
pecados lo han traído a hacer mal fin, la
mayor parte de los tales milites. Plega a
Nuestro Señor que este gobernador se dé me-
jor recabdo del que en la dicha Veragua se
dió Felipe Gutiérrez, su hermano, de donde
salió con poco honor e con mucha verguenza
suya (como se dijo en el libro XXVIII des-
ta segunda parte de la General Historia de
Indias), donde, demás de perder la mayor -
parte que llevó, a los que le quedaban dió
cantonada, e los dejó en poder de los ene-
migos, y él se huyó e se fué cautelosamen-
te de la tierra, e a ella e a ellos desam-
paró; Lo cual castigó Dios después muy le-

jos de allí, en el Perú, donde fué a parar
como se dirá en la tercera parte destas his-
torias.

(G.F.de O. Hist. Gen y Nat. de las Is. Libro
XXX, cap. I, 358-359)

/Del subceso del gobernador Diego Gu-
tiérrez, e de su cobdicia e mal evento e
cómo le mataron los indios a él e a quan-
tos españoles consigo tenía, excepto siete
hombres/

Yo temí siempre que este gobernador
era mejor hablado que apercebido para el
cargo que llevaba e así me parece que le
subcedieron las cosas como él tuvo el sa-
ber e maña. Así salve Dios mi ánima como
yo holgara que él acertara a servir a Dios
e a su Rey e a hacer bien sus fechos, mas
fue por el contrario e decirlo he aquí
con las menos palabras que me sea posible
porque me parece que él se dió tan mal re-
cabdo, que quanto más silencio yo tuviere
tanto mejor él libra e su mala maña menos
se sabrá. Pero no callaré lo que en esta
ciudad de Santo Domingo yo entendí de un
hidalgo montañés, llamado Joan de Espina-
natural de la villa de Laredo en la Monta-
ña (que al presente que estamos en fin de
octubre del año de mill e quinientos e cua-
renta y cinco está en esta ciudad de San-
to Domingo el cual se halló a la muerte
de Diego Gutiérrez. Y dice que desde que
salió Diego Gutiérrez desta ciudad fué a
la isla de Jamaica, donde se le amotinó la
gente e se le quitó el aparejo para ir a
su gobernación a causa de lo cual, con muy
pocos se fué desde Jamaica al Nombre de Dios
pensando desde allí continuar mejor la em-

presa e adolesció y estuvo muy cerca de partirse desta vida. En el qual tiempo y enfermedad se le fué el resto de la gente al Perú e a otras partes donde les pareció que harían mejor sus fechos e lo dejaron solo

Después que sanó acordó de se ir des de el Nombre de Dios a Nicaragua con solos cuatro o cinco hombres e fué al desagüadero de las Lagunas de Nicaragua (que salen aquellas aguas a esta nuestra mar cerca del puerto que llaman Cartago) e desde el desagüadero se fué a Nicaragua a donde halló otro cobdicioso llamado Baena que venía del Perú rico. E aqueste le prestó al gobernador Diego Gutiérrez tres mil castellanos, con que hizo sesenta hombres con que fué a Nicaragua. Y el Diego Gutiérrez decía que todo aquello era de su gobernación e hizo pregonar que so pena de cien azotes, ninguno llamase a aquella tierra Veragua, sino Cartago e Costa Rica. E después que allí estuvo un año o más, porque faltaron los bastimentos, se le amotinó la gente e se le tornaron a Nicaragua e este gobernador se quedó con seis hombres solos en Veragua e aquellos que se le fueron hallaron llegados por tierra al desagüadero ciertos bergantines que los llevaron al Nombre de Dios.

Peró aunque este gobernador estaba solo e con tan pocos cristianos como tengo dicho no dejaban los indios naturales de les dar de comer e oro sin hacer mal ni daño a ninguno de los nuestros. Pies viendo el gobernador que le convenía buscar más gente o dejar la tierra acordó de enviar un pariente suyo al Nombre de Dios el qual se llamaba Alonso de Pisa con ochocientos pesos de muy buen oro en águilas e otras piezas de oro que le habían dado los indios porque ya tenía dos caciques de paz y hechos muy amigos. Con aquel dinero se

Alonso de Pisa hizo cincuenta hombres que llevó a Veragua con los cuales, y en el número que tengo dicho, fué este Joan de Espina. Con esta gente el gobernador se holgó mucho e les dió hartas palabras e ofrescimientos e desde algunos días tornó el gobernador a enviar el mesmo Alonso de Pisa al Nombre de Dios con otros mill e quinientos castellanos que se fundieron en Panamá e llevó otros treinta hombres.

A esos ochenta hombres o pocos más cristianos que eran ya los indios les daban muy bien de comer maíz e carne de monterías e pescado e todo lo que habían menester e cada día traían oro al gobernador el qual como hombre de ninguna experiencia prendió a uno de aquellos caciques que estaban de paz que se decía el Cama (el qual era muy rico) porque no le daba tanto oro como este gobernador le pedía e sobre esto e por le amedrentar le hacía el gobernador fieros e le amenazaba que le había de matar e para más le atemorizar sacaba la espada desnuda el gobernador e dábale a entender que le había de matar e cortar la cabeza, sino le daba quanto oro tenía. E acabado este fiero, hacía llevar allí donde el cacique estaba algunos lebreres e perros denodados e bravísimos e hacía decir por la lengua o intérprete que aquellos perros le habían de comer e despedazar al dicho cacique si no daba quanto le pedían los cristianos. El cacique viéndose tan molestado soltóse una noche e apellidó la tierra e confederóse con otros caciques e indios de las comarcas e quemaron sus propios pueblos e sus haciendas e maizales e pasaron de la otra parte de la tierra hacia el Sur e dejaron en blanco a los cristianos sin quedarles de comer y en tanta necesidad que les fué forzoso dejar su campo e asiento e ir tras los indios. E a cierto paso como el gobernador no era diestro en las cosas de la guerra e

dormía en su cama de reposo sin tener las velas e cuidado que convenía dieron sobre los cristianos e mataron a ellos e a su gobernador. E de ocuenta hombres o más no escaparon sino siete cristianos que fueron un clérigo llamado Diego Bajo y este Juan de Espina e Luis Carrillo e Tello Carrillo e Salazar e Francisco Hernández Herrador natural de Madrid e otro hombre que no le supo el nombre el que dió esta relación.

Fué la batalla en el mes de julio de este presente año de mill e quinientos e cuarenta y cinco años e de la otra parte de las cumbres aguas vertientes a la otra mar del Sur e halláronse en ella sobre tres mill indios e muchos dellos con pechos e brazales de oro e otras piezas e con trompetas a manera de añafiles de longura de tres palmos asimesmo de oro el cual en aquella tierra hay mucho e muy fino. Y el gobernador en esa sazón mandaba mal su persona porque andaba tullido de gota e cuatro negros le traían echado en una hamaca lo cual le debiera bastar para ser más paciente con los indios pero como él lo hacía así le dieron el pago que es dicho e le tomaron a él e a los otros cristianos que allí murieron sobre cient mill pesos de oro (que en paz e de su grado los indios les habían dado) e todo lo que llevaban consigo porque como la tierra que dejaban atrás quedaba destruida tenían determinado de poblar donde más aparejo hallasen e fuese a su propósito pero los indios como gentes de guerras llevaban espías sobre ellos e no daban paso que no fuese avisados por un indio que era ladino, e servía al gobernador e su gente, de lengua o intérprete. Y éste era el que los vendió a esos cristianos, e daba noticia e aviso a los indios de todo, e por su industria los llevó a donde se perdieron, aunque fué con muchas muertes de los indios.

E los siete hombres que escaparon de este trance, fué porque se metieron la tierra adentro; e otro día después de la batalla vieron la otra mar o costa del Sur, e porque no se pudieran salvar de otra manera, dieron la vuelta, tornando por más hacia el Oriente a encumbrar la sierra, e volvieron a la otra costa de esta parte, hacia el Norte, e fueron a parar al desaguadero de las lagunas de Nicaragua, que va cía o corre e entra en esta mar nuestra. Pero hasta llegar allá, en tanto que continuaron su fuga, corrieron mucho peligro, así por temor de topar con indios, como por el excesivo trabajo de sus personas, e porque la hambre les aquejaba, a la cual satisfacían comiendo hierbas no conocidas e lagartos e otras sucias viandas, e aun éstas les faltaban. Pero encomendándose a Dios, e no cesando de caminar de día e de noche, llegaron, como es dicho, al desaguadero, e allí los tomó un bergantín que iba al Nombre de Dios, a donde los llevó.

Desde allí vino este Joan de Espina a esta nuestra cibdad de Sancto Domingo de la isla Española, e como yo supe que él se llegaba a la casa del señor almirante duque de Veragua, don Luis Colón, pedíle por merced que me hiciera ver con este hombre; el cual me mandó que me viese, e hoy miércoles día de Sanct Simón, e Judas Apóstoles, veinte y ocho de octubre de mill e quinientos e cuarenta y cinco años, me dió la relación que tengo dicho. El cual parece, en su persona e manera, que sus palabras son veras, a la llana, e con la simplicidad e falta de ornamento retórico, como buen montañés hidalgo. E porque en esta sazón el señor Almirante está aparejado e armado para enviar un capitán con gente a poblar a Veragua, que es suya, como tengo dicho, y el Emperador nuestro señor, con título de duque della, se la concedió, preguntéle a este Joan de Espina si entendía volver a a

quella tierra, e me dijo que de muy buena gana iría en esta armada del Almirante, porque cree que no puede ir ningún capitán que no lo haga mejor que el Diego Gutiérrez el cual, segund este hombre dice era más ceremonioso que mañoso, e ya le llamaban vuestra señoría, e así tullido, estaba tan soberbio e mal acondicionado, que era incomportable. Todo lo cual pensaba yo de él al contrario, porque me pareció hombre que no es sabio. Pero este oro y este mandado no se asienta de una manera en todas cabezas, la cual, si él toviera como su padre Alonso Gutiérrez, se diera mejor recabdo porque fué un hombre reposado e sabio e allegó mucha hacienda por otra manera de ejercicio, lejos de la milicia. E a quel par te debiera de seguir su hijo, e no muriera ni acabara de la manera que está dicho, e así acuesce las más veces a los que se introducen en oficios ajenos. Dios le perdone a él e a todos los demás que con él se perdieron, que en la verdad, mucha lástima es de haber de todos ellos: pero estos ánimos grandes e inquietos de los españoles, y esta inclinación natural, que tienen a ser más, e a no se contentar con poco, causa tales empresas; y atrévese a tomarlas hombres sin experiencia, como era éste, e sacan dellas mal nombre, con pérdida de sus propias vidas, e hácenlas perder a otros muchos, que sin consideración ni entenderse, se allegan a ellos.

Todo esto que es dicho, más se ve en el libro XVIII, que es el IX de la segunda parte destas historias: mas como este gobernador dió otro nombre o título (o mejor diciendo. Su Majestad) a la empresa que él llevaba de Cartago e se entrometió en usurpar a Veragua, así ha sido necesario que la historia se relate. E así hará fin aquí por agora como el negocio ha subido, hasta que el tiempo muestre otras cosas; las cuales si fueren desta jaez y en

mi tiempo, se pornán aquí segund subcedie ron. Plega a Nuestro Señor que el que a- gora va a Veragua por el Almirante, lo ha ga de manera que sea Dios más servido que lo ha seido de los que aquesa negociación e empresa han tomado.

(G.F.de O.: Hist.Gen. y Nat.de las Is. Li bro XXX, cap.II, : 359 a 362).

/en que se hace relación del mal sub ceso del armada, que el Almirante envió a poblar su ducado de Veragua./

Ya dije de suso que aquesto es para- la gobernación de Veragua e no de Cartago: pero quiso Diego Gutiérrez hacer a Veragua Cartago, e por eso quise aquí brevemente - poner lo que más largo queda dicho en el - libro XXVIII, capítulo VIII. Y es que el año de mill e quinientos e cuarenta y seis fué en nombre del Almirante su teniente e gobernador e Veragua, llamado el capitán - Cristóbal de Peña, con hasta ciento y treih ta hombres e por sacar de verguenza a Die- go Gutiérrez, puesto que estotro era hombre que ha tiempo que anda por Indias y estima do por diestro, o que ello fuese por estar los indios alzados, como se ha dicho en el capítulo precedente, e por descuido deste- capitán, él e los que llevó libraron mal. E quando se supo por mí aqeste trabajo de sa armada del Almirante fué el año de mill e quinientos e cuarenta y siete, estando - yo en la corte del Príncipe, nuestro señor, donde supe por carta de un caballero, lla- mado Joan Mosquera, suegro del mesmo Almi- rante, e de otros, que me escribieron que el capitán Cristóbal de Peña, que había ido

a Veragua, aportó al Nombre de Dios muy perdido, e que en Veragua le desbarataron los indios e le mataron la mayor parte de la gente que había llevado: e entre los otros murió don Francisco Colón, hermano del Almirante, y escaparon solamente quince o veinte hombres. Así parece que queda algo desculpado Diego Gutiérrez, pues que estotro capitán era diestro e sabía como le habían muerto al predecesor en el oficio.

Estas cosas destas Indias van por otros términos que las de Europa, porque en las Indias no pagan los tesoros a los soldados, sino ellos mismos se pagan, e aun ellos mismos con su cobdicia se acababan.

Basta lo dicho hasta ver quién sucede en esta materia o gobernación de Cartago, que no faltará otro cobdicioso: pero cualquiera que sea, plega a Nuestro Señor que acierte mejor que los pasados.

(G.F.de O. Hist.Gen.y Nat.de las Is.; Libro XXX, cap.III, : 362.)

2.-

TERRITORIO DE NICARAGUA

Nicaragua 241

"Calabazas, en las Indias, es cosa muy común, así como lo es en Castilla, y en las otras partes de España, y de las mismas (luengas y redonda o ceñidas) e de todas las maneras que las suele haber. Siémbranlas los indios y cuidan dellas con especial atención, no para las comer (que no las comen), sino para tener agua en ellas e llevarlas cuando van camino o andan en la guerra. A lo menos, en Tierra Firme, en la provincia de Nicaragua, ningún indio anda paso sin una calabaza de agua, porque es Tierra seca e tarde llueve allí. Así, en todas las partes destas Indias e islas e Tierra Firme, a lo menos en lo que yo he andado, e otras muchas partes de que me he informado, hay calabazas, y es una de las acordadas e ordinarias cosas que los indios cultivan en sus casas e huertos y heredades, e cada un año ponen cantidad dellas.

(G.F.deO.; Hist.Gen.y Nat. de las Is.; Libro VII, cap. VIII: 236. T.I)

Nicaragua 441

/refiriéndose a las calabazas/

"Y aún en algunas partes es mercaduría entre los indios, como otras cosas e legumbres que tienen, porque no en toda parte hay aparejo para cultivarse todas cosas; y así, de unas provincias en otras andan e tractan aquellas cosas que sobran a unos e faltan a otros. E otras calabazas hay que en todo e por todo son como las su

sodichas, excepto en el sabor, que son amargas; y estas, sin las cultivar, hay muchas que se nascen por sí"

(G.F.de O.: Hist.Gen,y Nat.de las Is.: Libro VII, cap. VIII: 236; T.I)

Nicaragua 443

/refiriéndose al tile/

..."e segund es la cantidad deste polvo o humo, así tiene el prescio. E lle vánlo al tianguetz, que es el mercado donde se juntan los indios e indias, en sus plazas para mercadear e sus contractaciones; e allí baratan este polvo por otras cosas o por almendras, que es su moneda común"

(G.F.de O.; Hist. Gen. y Nat. de las Is.; Libro VI, cap. XVII;177 T.I)

Nicaragua 304

/refiriéndose al tile/

"Y el efeto para que es aqueste polvo, es para herrar indios por esclavos con aquella invención que a sus amos les parece, y también para se pintar por gala ptros. Este polvo es negrísimo, e llámase, en aquella lengua, tile. La manera de usar dél es cortando con unas navajuelas de pedernal la cara o brazo que quieren herrar, soltilmente, como entre cuero e carne; e lo cortado polvorizarlo con este humo, así fresca la cortadura, e por cima embarrarlo con el humo; e en breve es sano, e queda la pintura negra e muy buena, e es perpe -

tua la pintura para los días que vive el -
que así es herrado...e si lo quisiéredes -
limpiar, sea lavándolo de suso desde a cin-
co o seis días que se pintó, e liviana la
mano; porque de ahí adelante quedan fijas-
las figuras e pintura que es dicha".

(G.F.de O.: Hist.Gen. y Nat. de las Is.:
Libro VI, Cap. XVII: 177-178; T.I)

Nicaragua

241

/refiriéndose a los frijoles/

"Los indios tenían esta simiente de
los fésoles en esta isla y otras muchas,-
y en la Tierra Firme mucho más, y en espe-
cial, en la Nueva España e Nicaragua e o-
tras partes donde en mucha abundancia se -
coge tal legumbre... Yo he visto en la pro-
vincia de Nagrando (que es en Nicaragua a
la costa de la mar del Sur), coger a cente-
nares las hanegas destos fésoles; y también
en aquella tierra e en otras de aquella cos-
ta hay otras muchas maneras de fésoles, por-
que, demás de los comunes, hay otros que -
es la simiente amarilla, e otros pintados
de pecas. E otra legumbre tienen que son
como habas: pero muy mayores, e algo amar-
gas, comiéndolas crudas; e de las unas e de
las otras hacen los indios sus simenteras-
ordinariamente.

Y allí en Nicaragua hay más cuidado,
en esto de la agricultura, que en parte de
cuantas yo he estado en las Indias. Y por
que aquí cuadra bien lo que he visto en a-
quellos indios en sus hazas, así de maíz -
como de algodón o de yuca o de cualquier o-
tro mantenimiento que en el campo tengan -
sembrado, decirlo he... lo que muchas veces

yo vi en aquella provincia de Nicaragua en diversas heredades: que a los cornijales, -
dellas, tenían puesto los indios ciertos -
palillos atados, e también algunas hojas -
rebujuadas en otras partes, o pedrezuelas o
otras señales conocidas, e la hierba de -
en torno limpia, o algunos trapillos de al
godón. E en fin, parecían estas cosas he
chas con arte o por algún respeto, o de -
las aves, o porque granase lo sembrado o no
se abuchornase, o por otros fines que yo -
no sé juzgar. Y en esto tal, los que se o
cupaban eran en especial unas viejas mal -
encaradas e disformes. E en aquella tie -
rra hay mucha cosa de hechiceros, e no sos
pechábamos los cristianos que se hacía es -
to sin ayuda o superstición del demonio: -
porque, preguntádos a los indios e indias
a qué propósito lo hacían, respondían dife
rentemente, e decían que era bueno hacerse
aquello".

(G.F.de O.; Hist.Gen. y Nat. de las Is.:
Libro VII, cap.XVIII: 243-244; T.I)

Nicaragua 372

"... Y esto /encendido del fuego/ há
cenlo los indios desta manera: toman un pa
lo tan luengo como dos palmos o más, segund
cada uno quiere, y tan grueso como el más
delgado dedo de la mano, o como el grosor
de una saeta, muy bien labrado e liso, de
una buena madera fuerte que ya ellos tienen
conosciada para esto. E donde se paran en
el campo a comer o a cenar, e quieren ha
cer lumbre, toman dos palos secos de los
más livianos que hallan, e juntos estos
dos palillos ligeros, e muy juntos e apre
tados el uno al otro, pónenlos tendidos en
tierra, y entre medias destos dos, en la -

juntura dellos, ponen de punta el otro palo recio que dije primero, e entre las palmas torciéndole e frotando muy continuamente; e como la punta o extremo bajo está ludiendo a la redonda en los dos palos bajos que están tendidos en tierra, enciéndelos en poco espacio de tiempo y desta manera hacen fuego.

Esto se hace en esta isla Española y en las otras todas, y en la Tierra Firme pero en la provincia de Nicaragua e otras partes no traen guardado el palillo que dije que es labrado e liso, de madera recia, que sirve de parahuso o taladro o eslabón, sino de la madera misma de los otros palillos que se encienden, y están tendidos en tierra, y son todos tres palillos."

(G.F.de O.; Hist.Gen. y Nat.de las Is, Libro VI, cap. V, : 150; T.I)

Nicaragua 291

"Andan las indias cubiertas con sus naguas e sus mantan encima de los hombros, al uso de los de Nicaragua... Todas las gentes destas provincias traen mantas, como las de Nicaragua, e las mujeres lo mesmo."

(G.F.de O.; Hist.Gen. y Nat.de las Is. Libro XLIII, Cap. III; 29, T.V)

"... si supiera lo que hoy sabemos de los caribes en estas islas, e de la gente de la Nueva España, e de las provincias de Nicaragua, e de las provincias del Perú e aquellos que viven en la Tierra Firme, de bajo de la Equinoccial e cerca de allí, así como en Quito e Popayán e otras partes - muchas de la Tierra Firme, donde es cosa - muy usada sacrificar hombres, e tan común comer carne humana, como en Francia e España e Italia comer carnero e vaca."

(G.F.de O. y Hist. Gen y Nat. de las Is.,
Libro V, Cap. III: 122; T.I)

En esta isla Española y en algunas - partes de la Tierra Firme hay pinos naturales, como los de España; y en la gobernación de Nicaragua, entre los indios chondales, en aquellas sierras, hay pinares. E - una de las granjerías en que se ejercitan, es sacar de la tea de los pinos en humo de que hacen unos polvos así como los que sacan los plateros del olio para dibujar; e envuelven este polvo (que es como un carbón muy molido) en unas hojas de biahos, e hacen un bollo tan luengo como un palmo e más, e grueso como la muñeca de un brazo." /usa do para tatuajes/

(G.F.de O. y Hist. Gen, y Nat. de las Is. ;
Libro VI, cap. XVII: 177; T.I)

Nicaragua ... 836 ...
"... y dice que desta manera ganaban
allí las mujeres los dotes para se casar. ...
Esta costumbre /venta del cuerpo para uso
sexual/ usan en algunas provincias de la
Tierra Firme las mujeres, y en especial en
la provincia de Nicaragua donde yo estuve,
e lo entendí de los mismos indios e indias
y vi que la que es más mala de su persona
e que con ejercicio libidinoso gana su do-
te, ésa tienen sus padres, e aun los otros
indios, por de más gentil habilidad.!"

(G.F. de O.; Hist. Gent. y Nat. de las Is.
Libro VI, cap. XLIX: 217, T.I)

Nicaragua ... 301 ...
/Refiriéndose al Cuzco y a sus habi-
tantes/.

"A esta su gente llaman orejones por
que traen abiertas las orejas como las in-
dias chorotegas de Nicaragua, o como las
guarichas en estotra costa de las perlas..."

(G.F. de O.; Hist. Gen. y Nat. de las Is.
Libro XLIII, Cap. XVII: 99, Tomo V)

"Tornando a Sanct Agustín, todo lo que
en su tractado de la Cibdad de Dios refiere
en esta materia, dice ser fecho por ilusión
del demonio, nuestro común adversario, así
se debe creer... quiero aquí, brevemente,
tocar un depósito que parece que tiene
conformidad con estas transformaciones o

condenadas ilusiones, y el caso es aqueste. En aquella tierra hay muchas brujas, de la cual maldita secta y escuela hay muchos hombres y mujeres en aquella provincia (segund se platica entre los mismos indios), a los cuales brujos llaman texoxes. E tienen ellos por muy averiguado que se transforman en lagartos de aquellos grandes (que más cierto se deben llamar cocatrices, y en aquella lengua les llaman agazpalin), o en perro, o en tigre, o león, o en la forma de cualquiera otro animal segund ellos lo quieren hacer. Siguíose el año de mill e quinientos e veinte y nueve, que, estando yo en una plaza que se dice Guazama, que estaba encomendada a un hombre de bien, llamado Miguel Lucas compañero de otro hidalgo que decían Luis Farfán, e vino allí un cacique de otra plaza a ver al dicho Farfán, a quien estaba encomendado e una noche pidióle un perro de los que los españoles tienen bravos, porque dijo que había miedo a los texoxes; e el Farfán, no lé entendiendo bien, díjoles que presto pariría una perro suya, e aquél le daría un perro que el cacique criase e toviese en su casa. El cacique no replicó ni dijo el daño que temía de presente; e con su temor, cuando quiso dormir, tomó un niño hijo suyo (que podría haber seis meses), de los brazos de su madre, e abrazado consigo e cubierto con una manta, e a par dél, a su costado, la mujer, e en torno dellos y no un paso desviados, otros cinco o seis indios suyos, e amonestados que velasen. E así como fue el primero sueño venido, le fue tomado el niño de entre los brazos, sin lo sentir ninguno de los circunstantes ni sus padres, y se lo llevaron. Desde a poco espacio, el padre e la madre e sus indios e otros muchos de aquella plaza, se levantaron a lo buscar, e los tristes padres e sus indios con lágrimas e hachos encendidos; pero no lo hallaron, aunque les turó aquello hasta que vino el día. El cacique dijo al

dicho Farfán que los texoxes le habían lle-
vado el muchacho para se lo comer: e pre-
guntóle que cómo sabía él que eran texoxes
los que le habían tomado su hijo, y él re-
plicó que, poco antes que él le pidiese el
perro la noche pasada, los había visto: e
que eran dos animales grandes, uno blanco
e otro negro. E andando todavía en esta
demanda de buscar el niño, toparon el ras-
tro de los dichos animales, e las pisadas
eran como de grandes lebreles. E cuando
ya era bien dos horas de día, o cuasi, ha-
llaron ciertas partes de los cascos de la
cabeza del niño, bien roídos, obra de un ti-
ro o dos de piedra apartado de donde habían
tomado el muchacho de los brazos del padre
e alguna sangre, por allí en torno, entre
las hierbas. Los cuales cascos e sangre
yo vi, e oí al cacique todo lo que es dicho
con muchas lágrimas que vertía de sus ojos;
y en la misma hora que se halló aquella se-
ñal deste diabólico hecho, y en mi presen-
cia (aquella mañana) e de otros, se averi-
guó lo que es dicho. E allí, junto a los
cascos del niño, estaba un sartal en una
cuerda de algodón con unas piedras verdes,
como plasmas de esmeraldas, que el muchacho
traía al cuello, e la madre las alzó de
tierra con grandes suspiros e llanto, como
aquella que lo había parido...

... Y esto baste para que se entienda la si-
militud que allí tienen las obras del dia-
blo con las que él mismo ha fecho e hace
en otras partes, e para lo que toca a la
transformación de los hombres en animales.
E aún decía aquel cacique que un vecino su-
yo era aquel que este daño le había fecho,
e que le tenía amenazado que le había de
comer el hijo, por cierto desgrado o ene-
midad que le tenía, e que así, desde su
tierra, que era seis o siete leguas de allí,
de la provincia e lengua que se dice de los
maribios, había venido tras él para lo que
es dicho e yo se lo oí al mismo ofendido.

E también oí a otros indios, en el tiempo que estuvo en aquella tierra, que muchos - había, de esos texoxes, que se mudan en - los animales que se quieren transformar. E aunque los cristianos les dicen que es - todo falso e ilusiones del diablo, e que - se les antoja, e que es mentira, ellos lo tienen por muy cierto, e afirman haber visto muchas veces tales transformaciones".

(G.F.de O.: Hist.Gen. y Nat. de las Is.:
Libro VI, Cap. L.:219-220)

Nicaragua

131-161

Nicaragua es un grand reino, de muchas e buenas provincias, e las más de ellas anejas a cuatro o cinco leguas distintas, apartadas e diversas las unas de las otras. La principal es la que llaman de Nicaragua, y es la mesma que hablan en Méjico o en la Nueva España. La otra es la lengua que llaman de chorotega, e la tercera es chondal. Esos chondales es gente más avillanada, e moran en las sierras o en las faldas dellas. Otra hay que es del golfo de Orotiñaruba hacia la parte del Nordeste, e otras lenguas hay adelante, la tierra adentro.

Por la parte del Oriente tiene de frontera e costa esta gobernación, desde el puerto de la Herradura, cient leguas, e inclusive el golfo de Nicaragua al Sud de Orotiña.

(G.F.de O.; Hist.Gen, y Nat.de las Indias;
Libro XLII, Cap. I, T.IV)

Nicaragua

291-136-137-622-211-346-437

Es de las más hermosas y aplacibles tierras, los llanos de Nicaragua, que se puede hollar en estas Indias, porque es fertilísima de maizales e legumbres; de fésoles de diversas maneras, de muchas e diversas fructas; de mucho cacao, que es aquella fructa que parece almendras e corre entre aquella gente por moneda, con la cual se han de comprar todas las otras cosas que de mucho o poco prescio son, así como el oro e los esclavos e la ropa e cosas de comer e todo lo demás. Hay mucha copia de

miel e cera, e mucha montenía de puercos e venados e otras salvajinas, e conejos e otros animales, e muchas e buenas pesquerías así de la mar como de los ríos e lagunas; mucha abundancia de algodón e mucha e buena ropa que dello se hace, e lo hilan e tejen las indias de la tierra; y es cadañero porque cada un año lo siembran e cogen.

Hay mucha moltitud de gente, así en aquella provincia de Nagrando, donde está la cibdad de León, como en otras de aquel reino. E muchas dellas no se gobernaban por caciques, e único señor, sino, a manera de comunidades, por cierto número de viejos escogidos por votos; e aquellos creaban un capitán general para las cosas de la guerra, e después que aquél con los demás regían su estado, cuando moría o le mataban, en alguna batalla o recuento, elegían otro, e a veces ellos mismos le mataban, si lo hallaban que era desconviente a su república. Después, los cristianos, para se servir de los indios e se entender con una cabeza, e no con tantas, les quebraron esa buena costumbre; e aquellos senados o congregación de aquellos viejos, como eran hombres principales e señores de diversas plazas e vasallos, e concurrían en una voluntad y estado juntos, separaron los e hicieronlos caciques sobre sí, para los repartimientos e subjeción nueva en que los españoles los metieron. No obstante lo cual, también había caciques en algunas partes, e señores de provincias e de islas.

Tenían libros de pergaminos que hacían de los cueros de venados, tan anchos como una mano o más, e tan luengos como diez o doce pasos, e más e menos, que se encogían e doblaban e resumían en el tamaño e grandeza de una mano, por sus dobleces, uno contra otro, a manera de reclamo; y en aquélos tenían pintados sus caracteres o figuras de tinta roja o negra, de tal manera-

que, aunque no eran letura ni escriptura, significaban e se entendían por ellas todo lo que querían muy claramente; y en estos tales libros tenían pintados sus términos y heredamientos, e lo que más les parecía que debía estar figurado, así como los caminos, los ríos, los montes e boscajes e lo demás, para los tiempos de contienda e pleitos determinarlos por allí, con parecer de los viejos, guegues (que tanto quiere decir guegue como viejo).

Tenían sus casas de oración, a quien llaman archilobos, como en la Nueva España e sus sacerdotes para aquellos nefandos diabólicos sacrificios; e delante de cada templo de aquéllos, un torrontero o montón de tierra a mano puesta, e tan alto como una lanza de armas, delgado en lo alto, e abajo ancho, de la hechura que en las eras está un montón de trigo o cebada, e unos escaloncillos cavados en él, por donde sube aquel sacerdote del diablo, e la víctima, que es el hombre o mujer o muchacho que ha de ser allí encima sacrificado o muerto en el conspecto e presencia del pueblo. E muchos ritos tienen estos de Nicaragua, como los de la Nueva España, que son de la mesma lengua, como he dicho.

Los de la lengua de chorotega, que son sus enemigos, tienen los mesmos templos; pero la lengua, ritos e cerimonias e costumbres, diferentes, de otra forma, tanto que no se entienden. Los chondales asimesmo son diferentes de los unos e de los otros en la lengua, e no se comunica la de los unos con los otros, ni se parece más que la del vizcaíno con el tudesco.

En una cosa, o en las que diré, se imitan e son conforme; y es que cada generación destas tienen sus plazas e mercados para sus tractos e mercaderías en cada pue

blo principal, pero no se admite en esas ferias o plazas sino los de la misma lengua e si estos otros van, es llevándolos a vender para los comer o se servir de ellos por esclavos: e asimesmo son conformes en que todos los que es dicho, comen carne humana, e todos ellos son idólatras e siervos del demonio en diversas maneras de idolatrías.

Hay mujeres públicas que ganan e se conceden a quien las quiere por diez almendras de cacao de las que se ha dicho que es su moneda. E tienen rufianes algunas dellas, no para darles parte de su ganancia, sino para se servir de ellos e que las acompañen e guarden la casa en tanto que llas van a los mercados a se vender e a lo que se les antoja.

Tienen diversos dioses, e así en el tiempo de su cosecha del maíz, o del cacao o del algodón o fésoles, con día señalado y en diferentes días, les hacen señaladas e particulares e diferentes fiestas, e sus areitos e cantares al propósito de aquel ídolo e recogimiento del pan o fructo que han alcanzado. Son todos flecheros: pero no tienen hierba.

En algunas partes hay señores o principales de mucho estado o gente, asimesmo el cacique de Teocatega y el de Mistega, y el de Nicaragua, y el de Nicoya e otros tienen casillos principales e caballeros (digo varones, que son cabeceras de provincias o pueblos con señorío por sí con vasallos), a los cuales llaman galpones, e aquéllos acompañan e guardan la persona del príncipe ordinariamente, e son sus cortesanos e capitanes: e son muy acatados los señores e sus principales. E son muy crudos a natura, e sin misericordia, e muy mentirosos, e de ninguna piedad usan.

Sus matrimonios son de muchas maneras e hay bien que decir en ellos, e comúnmente cada uno tiene una sola mujer, e pocos son los que tienen más, excepto los principales o el que puede dar de comer a más mujeres; e los caciques, cuantas quieren.

Son grandes hechiceros ellos y ellas, e tienen con el diablo mucha comunicación, en especial aquellos sus sacerdotes de Satanás, que viven sobre sí e los tienen en grande veneración.

En la manera de su gobernación son muy diferentes: e los mensajeros e caudillos son creídos por su palabra en todo lo que de parte del señor dicen o mandan a la otra gente, si llevan un moscador de plumas en la mano (que es como entre los cristianos la vara de justicia). Y este moscador dalo el señor de su mano al que vee que mejor le servirá, e por el tiempo que le place que sea oficial suyo.

En las islas del golfo de Orofiña e en otras partes usan unos báculos luengos de muy linda madera, y en lo alto de ellos una hoquedad o vacuo con unos palillos allí dentro, que en meneando el palo, tientiéndole fijo de punto en tierra, moviendo o temblando el brazo, suena de la manera que aquellos juguetes que, llenos de pedrecicas, acallan los niños, e va un mensajero déstos con aquel bordón a una plaza de un pueblo, y en continente corre la gente a ver lo que quiere; y él, puesto el palo de la manera que dicha es, dice a altas voces: "Venid, venid, venid." E dicho tres veces en su lengua dice lo que el señor manda a manera de pregón, e vase en continente. Y de paz o de guerra, o de la forma que le es mandado, sin faltar en cosa alguna, se cumple enteramente lo que les fué denunciado.

Estos bordones son en lugar de los moscadores que los que se dijo de suso traen los otros, e son como insignias del señorío: y en volviendo con la respuesta, ponen el bordón allí donde está otra docena, o más o menos de ellos, cerca del príncipe, para este e otros efectos; y él los da de su mano segund e cuando le conviene.

Son gente de buena estatura e más blancos que loros: traen rapadas las cabezas de la mitad adelante: e los aladares por debajo, e déjanse una coleta de oreja a oreja por detrás desde la coronilla. Y entre ellos el que ha vencido alguna batalla personal de cuerpo a cuerpo, a visto de los ejércitos, llaman a este tal tapaligui: y éste, para señal de estas armas ópinas, trae rapada la cabeza con una corona encima tresquilada, y el cabello de la corona tan alto como el trecho que hay desde la cintura alta del dedo index a la cabeza del mesmo dedo, para denotar el caso por esta medida del cabello; y en medio de aquella corona dejan un flueco de cabellos más altos, que parescen como borla. Estos son como caballeros muy estimados e honrados entré los mejores de los destas tres lenguas, nicaraguas, chorotegas o chondales. Traen sajadadas las lenguas por debajo, e las orejas, e algunos, los miembros viriles, e no las mujeres ninguna cosa destas, y ellos y ellas horadadas las orejas de grandes agujeros. E acostúmbrense pintar con sajaduras o navajas de pedernal, y en lo cortado echan unos polvos de cierto carbón negro, que llaman tile, e queda tan perpetua la pintura quanto lo es la vida del pintado. E cada cacique o señor tiene su marca o manera desta pintura con que su gente anda señalada: e hay maestros para ello, e muy diestros, que viven de eso.

Traen los hombres unos coseletes sin

mangas de algodón, gentiles e de muchas colores tejidos, e unos ceñideros delgados o blancos, de algodón, tan anchos como una mano, e tuércenlos hasta que quedan tan gruesos o más que el dedo pulgar, e dánse muchas vueltas alrededor del cuerpo, de los pechos abajo hasta la punta de la cadera e con el un cabo que les sobra, métenlo entre la nalga, e sácale adelante, e cubren sus verguenzas con aquél, e préndenlo en una de aquellas vueltas del ceñidero e aquella vuelta e cabo suéltanle para orinar e descargar el vientre e hacer lo que les conviene. Las mujeres traen naguas de la parte abajo hasta cerca de la rodilla, e las que son principales, hasta cerca de los tobillos, e más delgadas, e unas gorgueras de algodón, que les cubren los pechos. Los hombres hacen aguas puestos en cluquillas, e las mujeres estando derechas de pies, a do quiera que les viene la gana. Ellos traen zapatos, que llaman gutaras, que son de dos suelas de venados e sin capelladas, sino que se prenden con unas cuerdas de algodón o correa desde los dedos al cuello del pie o tobillos, a manera de alpergates. Ellas traen muchos sartales de cuentas e otras cosas al cuello, e son gente bilicosa, e astutos e falsos en la guerra, e de buenos ánimos.

Tienen cargo los hombres de proveer la casa propia de la labor del campo e agricultura, e de la caza e pesquería, y ellas del tracto e marcaderías, pero antes que el marido salga de casa, la ha de dejar barrida y encendido el fuego, e luego toma sus armas e va al campo o a la labor de él, o a pescar o cazar, o hacer lo que sabe e tiene por ejercicio.

Hay buenas minas de oro, e no tienen hierro, e las saetas traen con pedernales e huesos de pescados en las puntas e son de carrizos (que hay muchos por las costas

de las lagunas), e los arcos son de lindas e buenas maderas.

(G.F.de O.: Hist. Gen. y Nat. de las Indias, Libro XLII, Cap. I, : 363 a 366, T. IV).

Nicaragua

162

Para inteligencia de lo que se trata, es de saber que los indios de la lengua de Chorotega son los señores antiguos e gente natural de aquellas partes, y éstos es una cruda gente, e valerosos en su esfuerzo e muy mandados e sujetos a la voluntad e querer de sus mujeres e los que llaman e son de la lengua de Nicaragua, son muy señores de sus mujeres e las mandan e tienen sujetas. E como los de Nicaragua e su lengua son gente venediza, éstos (de do quiera que vinieron), son de los que trujeron a la tierra el cacao o almendras que corren por moneda en aquellas partes e en poder de éstos están los heredamientos de los árboles que llevan esa fructa, e no en poder de los chorotegas un solo árbol de éstos e en poder de los chorotegas están todos los árboles de los nisperos, que en aquella lengua se llaman munonzapot, que es la mejor fructa de todas las que yo he visto en estas partes ni fuera dellas.

(G.F.de O.: Hist. Gen. y Nat. de las Indias, Libro XLII, Cap. IV, : 385, T. IV).

"E así digo que en la plaza del cacicue Viejo, que así le llaman, porque él era muy viejo (e yo le conocí e hablé), pero su propio nombre fué Agatcote, e su plaza e señorío se decía Tecoteaga, era uno de los mayores señores de aquella gobernación de Nicaragua, e tenía seis mill hombres, de hecho, de arco e flecha, e más de veinte mill vasallos entre hombres e mujeres, chicos e grandes. Y hálleme un día a ver un areito, que allí llaman mitote, e cantar en coro, como los indios suelen hacerlo, y era acabando de coger el fruto del cacao, que son aquellas almendras que entre aquella gente corren por moneda, e de que hacen aquel brebaje que por tan excelente cosa tienen y fué de aquesta manera.

Andaban un contrapás hasta sesenta personas, hombres todos, y entre ellos ciertos hechos mujeres, pintados todos e con muchos y hermosos penachos e calzas, e jubones muy bigarrados e diversas labores e colores, e iban desnudos, porque las calzas e jubones que digo, eran pintados, e tan naturales que ninguno los juzgara sino por tan bien vestidos como cuantos gentiles soldados alemanes o tudescos se pueden ataviar. Y esa pintura era de borra de algodón picado (e primero hilado), que lo hacen quedar como la borra que dejan las tijeras de los tundidores, y era de cuantas colores puede haber, e aquéllas muy finas. Algunos llevaban máscaras de gestos de aves, e aquel contrapás andábanlo alrededor de la plaza e de dos en dos, e desviados a tres o cuatro pasos. Y en medio de la plaza estaba un palo alto, hincado, de más de ochenta palmos, y encima, en la punta del palo, estaba un ídolo asentado e muy pintado, que dicen ellos que es el dios del cacaguat o cacao. E había cuatro palos en cuadro pues

tos en torno del palo, e revuelto a eso, u na cuerda de bojúco tan gruesa como dos de dos (o de cabuya), e a los cabos de ella, atados dos muchachos de cada siete u ocho años, el uno con un arco en la mano, y en la otra un manojo de flechas y el otro tenía en la mano un marcador lindo de plumas, y en la otra un espejo. Y a cierto tiempo del contrapás, salían aquellos muchachos de fuera de aquel cuadro, desinvolviéndose la cuerda, andaban en el aire dando vueltas alrededor, desviándose siempre más afuera, e contrapesándose el uno al otro, des torciendo lo cogido de la cuerda y en tanto que bajaban esos muchachos, danzaban los sesenta un contrapás, muy ordenadamente, al son de los que estaban e tañían en cerco atambores e atabales, en que habría diez o doce personas, cantores e tañedores de mala gracia, e los danzantes callando e con mucho silencio.

Túroles esta fiesta del cantar e tañer e bailar, como es dicho, más de media hora e al cabo deste tiempo comenzaron a bajar los muchachos, e tardaron en poner los pies en tierra tanto tiempo como se tardaría en decir cinco o seis veces el Credo. Y en aquello que dura el desarrevolverse la cuerda, andan con asaz velocidad en el aire los muchachos, meneando los brazos e las piernas, que parece que andan volando. E como la cuerda tiene cierta medida, cuando toda ella se acaba de descoger, paran súbitamente a un palmo de tierra. E cuando ven que están cerca del suelo, ya llevan escogidas las piernas, e a un tiempo las extienden, e quedan de pie los niños, uno a la una parte e otro a la otra, a más de treinta pasos desviados del palo que está hincado; y en el instante, con una grita grande cesa el contrapás e los cantores e músicos, e con esto se acaba la fiesta.

Y estése aquel palo allí hincado o-

cho o diez días, a cabo de los cuales se juntan cient indios o más e le arrancan, e quitan de allí aquel cemí o ídolo que estaba encima del palo, e llévanlo a la mezquita e templo de sus sacrificios, donde se está hasta otro año que tornan a hacer la misma fiesta. E sin dubda es cosa para holgar, pero lo que mejor me pareció, era la manera del atavío o vestido cual es dicho, e los muchos e lindos penachos que llevaban, e ver de una librea o forma de pintura dos dellos o cuatro, e de otra diferenciado otros tantos, pareados e muy gentiles hombres e digo, así, que en España e Francia e Italia e Alemania parecieseran muy bien, y en qualquiera parte del mundo.

Otra manera de areito vi en la misma plaza de Tecoa-tega, después de muerto el dicho cacique Viejo, al cual sucedió un hijo suyo, gentil mancebo. E fué un domingo diez e sies de mayo día de Pascua del Espíritu-Sancto, de esta manera, Delante del buhío del cacique estaban debajo de una barba-coa hasta veinte indios, pintados de bixa e de xagua, que es rojo e negro, e con muchos e lindos penachos, cantando de pie, con tres o cuatro atambores e atabales: e fuera de aquel portal, en la plaza, delante de e músicos, a veinte pasos, andaban hasta diez o doce gandules disfrazados e muy pintados asimesmo de bixa e xagua, con sus penachos e tiras, e moscadores e pelotes de algodón e de otras maneras, bailando a forma de con trapás. E desviados de estos diez pasos a la mano derecha, estaban otros cuatro gandules, dispuestos hombres, pintados, como los susodichos, de muchas colores, e las caras rojas como sangre, pintadas, con ciertas cabelleras e plumas e penachos, e como ellos se suelen poner para mejor parescer en la guerra. E destes cuatro, los tres estaban parados o quedos, que no se movían, y el uno solo bailaba e andaba a manera de

contrapás, sin salir ni se apartar más de un paso o dos a un lado e a otro de Tecoa-tega, señor de aquella plaza, que estaba arrojándole varas al que bailaba, des e a tres o cuatro pasos de él, e muchas veces o las más, le daba por aquellos costados e lomos, e vientre e brazos e piernas, e por donde le acertaba, pero nunca le tiraba a la cabeza. E al tiempo que el cacique soltaba la vara, el que la atendía hurtaba o torcía el cuerpo a un lado o al otro, o se abajaba o volvía las espaldas, de forma que muchas veces le erraba: pero las más veces le acertaba e le daba buenos golpes, que le alzaban bien las ronchas. E quitá base aquel y entraba otro de los dichos cuatro, esperaba otros diez o doce tiros, o los que el dicho cacique quería. E así discurría, de uno en uno, por todos cuatro, hasta que hobo rompido hasta treinta varas en ellos.

Estas varas eran más ligeras que cañas, a manera de cañalejos, delgadas como el dedo menor de la mano, y en la parte más gruesa, e cabo de la vara, un cipote o cabeza de cera; de manera que aunque el golpe no era peligroso, era bestial burla, por estar como estaban desnudos. Y el que recibía el tiro, ningún sentimiento ni mudanza hacía, ni se tentaba la herida, ni se condolía de ningún golpe, sino luego se preparaba para esperar otro, e con una misma cara o semblante: e también con la misma vara tiraba el cacique tres o cuatro veces, hasta la quebrar o le errar e que la varapasase adelante.

De esta manera quebró e despidió en los dichos cuatro indios bien treinta varas de las que es dicho: y estaba mucha gente de indios, chicos e grandes e mujeres, mirando la dicha fiesta. E acabadas de tirar las varas, el cacique mandó sacar cacao

e dió de su mano a cada uno dellos cuatro, hasta quinientos gramos e almendras del dicho cacao. Y hecho aquesto, con una grande grita se fueron los bailadores e músicos e cantores e los golpeados, e tras ellos mucha gente de indios, a otras plazas, a otros caciques e señores a hacer lo mesmo y esperarles otros tantos tipos, cuatro mancebos otros, de los que estaban sanos, e no garrochados: e para esto, ellos mesmos llevaban dos indios cargados con dos brazados de aquellas varas.

Así como se fueron, yo pregunté al cacique que para qué se hacía aquello, o que si era aquel día fiesta entre ellos, o qué misterio significaba: e dijo que no era fiesta, sino que aquellos indios eran de otras plazas, y eran mancebos, e por su placer andaban como en aguinaldo e pedir cacao a los señores e caciques que lo tenían e que ellos se lo daban, como él había hecho: e que primero que se lo diesen, acostumbraban tirarles veinte o treinta varas hasta las quebrar en ellos, segund es dicho en que parecía que se mostraban mancebos de buen esfuerzo, e altos e dispuestos para la guerra, e de buen sufrimiento para las heridas. Y es cierto que el cacique que es dicho, se las arrojaba aquellas varas de buena gana, y era mancebo e rescio, e les daba buenos papirotazos que les levantaba un dedo o más las ronchas.

Este día, queriendo yo ver la hora que era en uno destos relojes del sol que traen de Francia e de Flandes, con un espejuelo e la caja de marfil, que podía valer tres o cuatro reales de plata en España, me le pidió este cacique, porque dijo que le parecía bien y el me dió otro de margarita, del tamaño de un ducado doble de los nuestros, engastado en una piedra de muy excelente jaspe o pórfido verde, al cual espejo en aquella lengua se llama chaschite.

Otros areitos e cantares, juntados con el bailar e contrapases, usan los indios, e son muy comunes, como en otras partes destas historias está dicho; e aquellos son comunes y en el tiempo de sus obsequias e muerte de los caciques principales, e que les quedan en lugar de historia e memoria de las cosas pasadas e van acrescentando lo que subcede."

(G.F. de O. Hist. Gen. y Nat. de las Indias: Lib. XLII, Cap. XI, : 413-414-415; T. IV.)

Nicaragua

527

"Otros areitos hay que son más comunes para hacer sus beoderas, en los cuales anda tan espeso el vino como el cantar, hasta que caen hechos cueros borrachos e tendidos por el suelo. E muchos de los que así se embriaban, se quedan allí donde caen, hasta que el vino se les pasa o viene el día siguiente, porque el que le ve caer de su compañía, más le ha envidia que no mancilla, e aun porque no entró a bailar sino para quedár de aquella manera. Pero diré aquí de otro que, a la verdad, yo e un clérigo e otros tres o cuatro españoles que allí nos hallamos quisiéramos estar lejos de ellos, porque ver septenta u ochenta indios, con su cacique, borrachos, e gente tan bestial e idólatra e tan llena de vicios (e que de los cristianos yo creo que ningún contentamiento tienen en la verdad, porque de ser señores los han hecho siervos, y en sus ritos e cerimonias e vicios les han ido a la mano) ¿qué se puede pensar de su amistad? E demás desto estabamos lejos del socorro e ayuda de los cristianos, e en casa de uno de los mayores señores de

aquella gobernación, y en tierra que, así por mar como por la tierra, tenían aparejo para se salir con lo que hiciesen. Todas estas conjeturas eran aparejo para temer lo que allí vimos. Verdad es que uno de los caciques que más se han presciado de la amistad de los españoles, es aqueste llamado Nicoya, y era bautizado, e se llamaba don Alonso, e como indio se dice Nambi. E si le pedían algunos indios para alguna cosa que hobiésemos menester, decía él: "Yo no tengo indios, sino cristianos, e si cristianos queréis, yo os los daré." "Pues dadnos cristianos que hagan aquesto, de que tenemos necesidad." Y luego nos daba tantos indios como se le pedían, e hacían lo que se les mandaba. Pero oid agora lo que debajo de su bautismo este cacique e su gente hicieron, e fué aquesto.

Un sábado diez e nueve de agosto de mill e quinientos e veinte y nueve años, en la plaza de Nicoya, don Alonso, cacique de aquella provincia, por otro nombre llamado Nambi (que en aquella su lengua choro tega quiere decir perro), dos horas antes que fuese de noche, a una parte de la plaza, comenzaron a cantar e andar en corro en un areito hasta ochenta o cient indios, que debían ser de la gente común e plebea, porque a otra parte de la plaza mesma se sentó el cacique con mucho placer e fiesta en un duho o banquillo pequeño, e sus principales e hasta otros septenta y ochenta indios en sendos duhos. E comenzó una moza a traer de beber en unas higueras pequeñas, como escudillas o tazas, de una chicha o vino, que ellos hacen de maíz, muy fuerte e algo aceda, que en la color parece caldo de gallina, cuando en él deshacen una o dos yemas de huevo.

E así como comenzaron a beber, trujo el mesmo cacique un manojo de tabacos, que

son del tamaño de un jeme, e delgados como un dedo, e son de una cierta hoja arrollada e atado con dos o tres hilos de cabuya delgados; la cual hoja e planta della e ellos crían con mucha diligencia para el efecto destes tabacos, y encendíanlas por el un cabo poca cosa, y entre sí se va quemando (como un pibete) hasta que se acaba de quemar, en lo qual tura un día. E de cuando en cuando metíanla en la boca, por la parte contraria de donde arde, e chupan para dentro un poco espacio aquel humo, e quítanla, e tienen la boca cerrada, e retienen el resollo un poco, e después alien tan e sádeles aquél humo por la boca e las narices. E cada uno de los indios que he dicho, tenía una destas hojas rebollada, a la cual ellos llaman yapoquete, y en la lengua desta isla de Haití o Española se dice tabaco.

E continuando el beber, yendo e viniendo indios e indias con aquel brebaje, a vueltas del cual les traían otras higueras o tazas grandes de cacao cocido, como ello lo acostumbran beber (pero de esto no toman sino tres o cuatro tragos, e de mano en mano, oro de lo uno, cuando de lo otro, entre medias tomando aquellas ahumadas, e tañiendo entre ellos con las palmas un atabal e cantando otros), estuvieron así hasta más de media noche, que los más de ellos cayeron en tierra sin sentido, embriagados, hechos cueros. E como la embriaguez diferenciada mente obra en los hombres, unos parecía que dormían sin se mover, otros andaban llorando, e otros gritando, e otros dando tras piés desatinados. Y estando ya en este estado, vinieron sus mujeres e amigos o hijos e los tomaron e llevaron a dormir a sus casas, donde se durmieron hasta otro día a medianoche, o hasta la noche siguiente algunos, e más e menos, segund se habían cargado e participaron de la beodera. Y el que aquesto de esta gente no hace, es tenido

entre ellos por hombre de poco e no suficiente para la guerra. por que no es un hombre

En aquel tiempo que lloraban e gritaban, era cosa temerosa ver sus desatinos. Y en aquel tiempo que ellos se están emborrachando, mucho más, porque cuanto más nos era encubierto el dudoso fin de la fiesta, tanto más era de temer el peligro en que nos parecía que estábamos. Desta misma manera, aparte, lo hacen las mujeres de la manera que está dicho: pero las principales.

Bien pensamos una vez que el areito y embriaguez había de ser en daño de los seis o siete españoles que allí nos halláramos, e por eso estuvimos en vela e con las armas en la mano, porque aunque no bastásemos a defendernos de tantos contrarios, al menos pensábamos venderles bien caras nuestras vidas, e procurar todos de matar al cacique e los que más pudiésemos de los principales, sin los cuales, la otra gente inferior son para poco, e muy desacaudillados e cobardes sin sus capitanes.

Pasada la borrachera yo le dije al cacique que, pues era cristiano e decía que así lo eran sus principales e mucha parte de su gente, que para qué hacían aquella borrachera, porque un beodo no es más, perdido el sentido, que una bestia e un animal bruto e sucio; que bien conocía que lo mejor que el hombre tiene es la razón y entendimiento, e que cuanto mejor que otro entiende, así se aventaja entre los otros hombres, e más le estiman todos e más merece ser honrado; e cuanto más loco o bobo o insipiente es, más semejante a las bestias e que bien sabía él, que entre sus vasallos había principales que eran mayores señores e más cercanos de los suyos que don Diego, (que era un principal muy privado suyo), e me había dicho él que le quería más que a todos porque era más sabio e valiente que

los otros, pues por el buen saber, suyo era más estimado; que por qué perdían el saber, e se emborrachaban e quedaban sin sentido, como bestias; e que los cristianos no habían de hacer lo que él hacía, que las más noches dormía con una moza virgen, que era grand pecado e cosa muy aborrecible a Dios, ni había de temer más de una mujer sola y él tenía mucha, allende de aquellas que desfloraba.

Respondióme que en lo de las borracheras, él vía que era malo; pero que era así la costumbre e de sus pasados, e que si no lo hiciese, que su gente no lo querria bien e le ternían por de mala conversación y escaso, e que se le irían de la tierra. E que en lo de las mujeres, que él no quería más de una, si fuese posible, que menos ternía que contentarse una que muchas; mas que sus padres se las daban e rogaban que las tomase, e otras que le parecían bien, él las tomaba, e por haber muchos hijos lo hacía; e que las mozas virgenes, que él lo hacía por las honrar a ellas e a sus parientes, e luego se casaban con ellas de mejor voluntad los otros indios, e por esto lo hacía.

A todo eso se le replicó lo que me pareció, dándole a entender su error e cómo todo aquello era muy grave pecado, e no eran obras de cristiano, sino de infiel. Y él aceptaba lo que yo decía, e decía que le aconsejaba bien, e que poco a poco se enmendaría. Pero, en fin, él tenía el nombre como las obras, e las obras como el nombre Nambi, que, como tengo dicho, quiere decir perro.

Y entre las otras, tienen otra manera de areito e rito, que es de aquesta forma. En tres tiempos del año, en días señalados que ya tienen por fiestas principales este cacique de Nicoya e sus principales, e

la mayor parte de toda su gente, así hom-
bres como mujeres, con muchos plumajes e a-
deresados a su modo e pintados, andan un-
areito a modo de contrapás en corro, las
mujeres asidas de las manos, e otras de
los brazos, e los hombres en torno dellas,
más afuera, así asidos, e con intervalo de
cuatro o cinco pasos entre ellos y ellas,
porque en aquella calle que dejan en medio,
e por de fuera e de dentro, andan otros
dando a beber a los danzantes, sin que ce-
sen de andar los pies ni de tragar aquel
su vino. E los hombres hacen meneos con
los cuerpos e cabezas, y ellas por consi-
guiente. Llevan las mujeres cada una a
aquel día un par de gutaras (o zapatos) nue-
vos. E después que cuatro horas o más han
andado aquel contrapás delante de su mez-
quita o templo en la plaza principal, en
torno de un montón del sacrificio, toman
una mujer u hombre (el que ya ellos tienen
elegido para sacrificar) e súbenlo en el
dicho montón e ábrenle por el costado e sa-
canle el corazón, e la primera sangre de
él es sacrificada al sol. E luego descabe-
zan aquel hombre e otros cuatro o cinco so-
bre una piedra que están en el dicho montón
en lo alto de él, e la sangre de los demás
ofrescen a sus ídolos e dioses particulares
e úntalos con ella, e úntanse a sí mismos
los bezos e rostros aquellos interceptores
o sacerdotes, o mejor diciendo, ministros-
manigoldos o verdugos infernales. Y echan
los dichos cuerpos, así muertos, a rodar
de aquel montón abajo, donde son recogidos
e después comidos por manjar sancto e muy
preciado. En aquel instante que acaban a
aquel maldito sacrificio, todas las mujeres
dan una grita grande e se van huyendo al
monte e por los boscajes e sierras, cada u-
na por su parte e en compañía de otra, con-
tra la voluntad de sus maridos e parientes
de donde las tornan a unas con ruegos e a
otras con promesas e dádivas, e a otras que

han menester más duro freno, a palos e atándolas por algún día hasta que se les ha pasado la beodez; e la que más lejos toman aquélla es más alabada e tenida en más.

Aquel día u otro adelante de la fiesta de las tres, cogen muchos manojos de maíz atados, e pónenlos alrededor del montón de los sacrificios, e allí primero los maestros o sacerdotes de Lucifer, que están en aquellos sus templos, e luego el cacique, e por orden los principales de grado en grado, hasta que ninguno de los hombres queda, se sacrifican e sajan, con unas navajuelas de pedernal agudas, las lenguas e orejas y el miembro o verga generativa (cada cual segund su devoción), e hinchen de sangre aquel maíz, e después reparténlo de manera que alcance a todos, por poco que les quepa, e cómenlo como por cosa muy bendita.

Estos desta provincia de Nicoya traen horadado el labio bajo, hecho un agujero entre la boca e la barba, e allí puesto un hueso blanco e redondo, tamaño como medio real. E algunos traen en lugar del hueso, un botón de oro de martillo, e préndenlo por de dentro de la boca; e aquello con que lo prenden y el asidero del botón, como topan en el asiento de los dientes bajos, tanto quanto más bulto tienen, tanto más saído para afuera les hace traer el bezo o labio bajo de la boca. E para comer e beber se los quitan esos botones, si quieren. Pero su hábito e traje de ellos es como el que usan los indios de Méjico e los de León de Nagrando, de aquellos ceñideros luengos en torno del cuerpo, e así mismo coseletes de algodón, pintados e sin mangas. Las mujeres traen una braga muy labrada, que es un mandilejo de tres palmos cosido en un hilo por detrás; e ceñido el hilo, métenlo entre las piernas e cubren la natura, e meten el cabo debajo de la

cinta, por delante. Todo lo demás de la persona andan desnudas, e los cabellos lue luengos e cogidos en dos tranzados, porque por medio de la carrera o crencha se peina la mitad de la cabeza y el un tranzado se coge derechamente sobre la oreja, e otro tranzado sobre la otra, con la mitad de los cabellos; e así, bien cogidos los cabellos, traen aquellos tranzados de tres e cuatro palmos, e más e menos, segund tienen el cabello luengo o corto. Y estos indios e otros muchos son, como es dicho, de la lengua de chorotega, e los de las islas del golfo de Orotiña e Nicaragua que están allí cerca. Las mujeres de Nicoya son las más hermosas que yo he visto en aquellas partes.

(G.F.de O.: Hist.Gen. y Nat. de las Indias: Libro XLII, Cap.XI: 415,416,417,418, T.IV)

Nicaragua

136-137

En la fertilidad desta gobernación, y en el asiento de la mesma tierra, y en ser muy sana e aplacible, e de buenas aguas e pesquerías, e de mucha caza e montería, ninguna cosa en todas las Indias hay tanto por tanto que le haga ventaja, e muy pocas provincias hay que con ésta se igualen; por que quanto al comer, es más harta e abundante que todas las que hasta agora se saben, así de mucho maíz e lugumbre, e buenos vinos que hacen de las ciruelas, que hay innumerables árboles para ello, e son coloradas; pero los tuescos son como los de los hobos, y en fructa es buena, y en vino es bueno e tura un año. Y los nisperos e mameyes, que son excelentes fructos, e otras que hay, ya de todos esos e otros árboles

está hecha particular mención en el libro VIII de la primera parte destas historias. E también hay brasil e guayacán o palo santo, e aquellos árboles que destilan aquel licor oloroso que los españoles llaman liquidámbar. Otros vinos hay, demás del que es dicho, que hacen del maíz. E asimesmo de la miel, que hay mucha e buena, se hace otra e otras maneras de vinos. E hay aquel brebaje del cacao, que es muy precioso e sano e sobre todos estimado entre esas gentes.

De la montería también se ha dicho, demás de los animales nocivos, como tigres negros e de los pintados, e leones e lobos hay otros así como zorras, e de las zorri-llas, que hieden, e ardas e otros. Pero de los que son de buen pasto, hay muchos ciervos e gamos, e vacas que llaman los españoles dantas, e muchos puercos, e muchos encubertados, e osos hormigueros, e otros animales muchos, e muchos conejos e liebres ni más ni menos que los de España, pero me- nores.

De las aves hay todas las que he dicho en estas historias en otras partes: e yo vi en los llanos de Nicoya, cerca del río Grande que pasa por las haldas de la sierra que dije de Oroci, muchas perdices pardas como las de Castilla, puesto que me- nores, e como se levantaban, hacían volando aquel mesmo estruendo o zurrío que hacen las de España.

Pero pues se tracta de los manteni- mientos, diré uno que me parece mucho so- corro para en tiempo de necesidad; y es que cuando se tardan las aguas para los maizales, tienen los indios escogido e apar- tado algún maíz en grano, e siémbrenlo, e a mano cada un día del mundo lo riegan e tienen muy limpio, y en fin de cuarenta días lo cogen granado e bueno. Pero como-

es trabajoso de curar, e las mazorcas que da son pequeñas, así, lo que se coge desta manera es poco en cantidad, pero es mucho el socorro e ayuda que da a la sustentación de la gente para esperar a que venga lo otro que se cría con las lluvias.

(G.F.de O.; Hist. Gen. y Nat. de las Indias; Libro XLII, Cap.XII, : 423-424, T. IV).

Nicaragua 286-323

Hay muchas colores de todas cuantas maneras se suelen hallar por el mundo, e muy buenas e vivas, con que tificen las mantas y el hilado de algodón e las otras cosas que quieren pintar; e hay de aquellas conchas u ostras de la púrpura en el golfo de Oroitiña o Nicaragua, por aquella costa del cabo Blanco adentro, e asimesmo hay perlas en una isla pequeña que se dice Mia pi. E allí cedieron algunas el capitán Gil González Dávila, cuando por aquella costa de Nicaragua anduvo. E yo las vi en la isla de Pocosí. Y en la isla de Chira tenía un estanciero de Pedrarias Dávila, que aquel tiempo gobernaba, más de tres onzas de perlas e aljófar; e las conchas o nácares en que se crían son muy hermosas e muy grandes, e yo llevé algunas, de las mismas islas, a España.

En aquella de Chira se hace muy hermosa loza de platos y escudillas, e cántaros e jarros e otras vasijas muy bien labradas, e tan negras como un lustre de un muy pulido azabache; e yo truje algunas piezas de esa loza hasta esta cibdad de Sancto Domingo de la isla Española, que se podían dar a un príncipe por su lindeza. E del talle

interese para se servir dellos."

(G.F.de O. Hist.Gen, y Nat. de las Indias;
Libro XLII, Cap. XII; 426-427 T.IV)

Nicaragua 302

En la provincia de Nicaragua e sus anejos se prescian los indios de andar muy bien peinados, e hacen peines de púas de huesos de venados, blancos, que parescen de marfil, e otros hacen negros, de madera rescia e muy gentil, e son **buenos** e a manera de escarpidores, ralos los dientes. Y esas púas o dientes pónenlos engastados en cierta pasta que parece barro cocido, e algunos de esos engastes son bermejos, e algunos negros; pero los unos e los otros son hienda e suciedad que purgan los murciélagos, en lo cual muchos indios a quien lo pregunté fueron conformes. E yo he tenido algunos destes peines, e truje desde aquella tierra a esta cibdad de Sancto Domingo seis o siete dellos. Llegada aquella pasta al fuego, está blanda como cera, e arde de grado o presto; y enfriándose, está muy regcia, e aprieta como el hierro las dichas púas de los peines."

(G.F.de O., Hist. Gen, y Nat. de las India,
Libro XLII, Cap.XII, 427, T.IV)

Nicaragua 527

"Una manera de jugar o de voltear usan los indios en Nicaragua, que no deja de dar admiración a los que no lo han visto, y es de la manera que aquí está pintado: que ha

cen una horca de tres palos, los dos fijos en tierra y el alto atravesado e muy bien atado sobre dos horcones; y en estos horcones, unos palos cortos, atados, para que sirvan de escalones por donde suben los volteadores al palo atravesado alto (o a lo menos el uno los que han de voltear, porque el otro, desde tierra, puede ponerse como ha de estar). Y en aquella horca o palo alto anda otro horadado e más grueso que dos de los otros, o como ambos horcones pero es de madera ligerísima, así como cigua o ceiba, u otros tales, o guazuma, que son maderas livianas; e a aqueste palo grueso dándole tal medida, que cuando los extremos de él están en la parte inferior o baja, haya tres palmos o cuatro, porque el que voltea no toque con la cabeza en tierra. E cerca de los extremos hay otros dos palos que pasan de parte a parte el palo que anda alrededor, a los cuales se tienen los que voltean. Es sin dubda cosa para holgar, viéndola e de ningún peligro esta manera de rehilero; e así anda alrededor tan resicio e con tanta violencia como un rehilero, por el contrapeso que el un volteador hace al otro.

La primera vez que yo vi este rehilero fué en Panamá, en casa del gobernador Peñrarias Dávila, cuando vino de Nicaragua a hacer residencia, e trujo dos muchachos que volteaban en este artificio o rehilero y eran de la lengua de los chorotegas; pero después vi yo el mesmo artificio o columpio en aquella gobernación de Nicaragua e llámanle comelagatoazte. Es ejercicio para mancebos e muchachos, para hacerse más sueltos e hábiles, e mostrar, por su placer una cosa que a otros servía de pasatiempo e a los que lo hacen de contentamiento."

(G.F.de O.; Hist. Gen. y Nat. de las Indias, Libro XLII, Cap. XIII; 430, T.IV)

Nicaragua

171-191.

/De una respuesta de Oviedo al virrey de Nueva España, Dñ. Antonio de Mendoza, de 1-3-1542/.

"...Cuanto a lo que Vuestra Señoría dice de la relación que me enviaron de Venecia del origen de esa gente ser venida - del Perú /se refiere a los mexicanos/, e - que tiene la opinión contraria, e cree que vino de la parte del Norte, yo así lo pienso como dice Vuestra Señoría, e que esos - de Nicaragua serían la mesma gente, porque también son modernos, e los de la lengua - chorotega son los naturales, si no lo son los chondales; porque aunque hay otras muchas lenguas, estas dos parecen que son - más generales; y desde ellos al Levante, ni de los unos ni de los otros no hay tales - lenguas, a lo que yo he podido alcánzar".

(G.F. de O.: Hist. Gen, y Nat. de las Indias. Libro XXXIII, Cap. LIII: 254, T. IV)

Nicaragua

171

/Refiriéndose a una relación del virrey Antonio de Mendoza a su hermano, desde Venezuela/

"...Por manera que, resolviendo mi opinión, los antecesores de Montezuma son - de la mesma costa del Sur de Nicaragua, e de aquel golfo de Oroitiña; e de allí abajo hacia el Occidente, e por tierra pudieron ir muchos a su placer a la Nueva España."

(G.F. de O.: Hist. Gen, y Nat. de las Indias, Libro XXXIII, Cap. L: 248, T. IV)

/Refiriéndose a una relación del vi
rrey Antonio de Mendoza a su hermano des
de Venezuela/

"Lo que a mí me parece es que no se debe creer que, caso que el origen de Montezuma fuese Orchilobos él hobiese venido a la parte del Norte, ni de la del Perú, - que está de la Nueva España puesta a la parte del viento Sueste; antes se debe sospechar que fué de la parte de Nicaragua, - que es provincia más oriental que Guatimala, en la costa del Sur, de la misma len-gua que se habla en la Nueva España, la -cual Guatimala está entre lo uno e lo otro. E los orchilobos e sacrificios e comer carne humana, e otros ritos; así como sacrificarse las orjas e lenguas, e miembros generativos, e otros muchas cosas que acostumbran, todo es de una manera o muy conforme. E así pienso yo, e pensarán los que vieren aquella tierra e leyeren lo que es-dicho, que es justo que se piense que no del Perú, sino de Nicaragua hobieron ori-gen esos indios e su capitán Orchilobos. E los mesmo orchilobos o cúes o í-dolos tienen por aquella costa; e lo del Perú es muy extraño e apartado de eso, así en la lengua como en lo demás. (Y este nombre Perú es improprio, porque no es de aquella tierra donde el gobernador Pizarro e Almagro han andado, donde Atabaliba fué señor, sino muy más cerca del Darién e de Pa namá, como se dirá en su lugar, cuando se tracte de la tercera parte de esta General Historia)."

(G.F.de O.; Hist. Gen. y Nat. de las Indias,
Libro XXXIII, Cap. L; 247, T.IV)

"Pues que estas gentes destas Indias aunque racionales y de la misma estirpe de arca o compañía de Noé, estaban ya fechas irracionales y bestiales con sus idolatrías y sacrificios y cerimonias infernales, y gozaba el diablo de sus ánimas tantos siglos ha: y por medio de la real silla de Castilla e bienaventurados Reyes Católicos don Fernando V de tal nombre, e de doña Isabel, de gloriosa memoria, e de la Cesárea Magestad del Emperador Rey don Carlos, nuestro señor, su nieto, y en virtud de la doctrina y armas de sus ínclitos españoles (espirituales e temporales, o eclesiásticos e seglares), esta doctrina evangélica de los doce apóstoles se ha ejercitado y traído a estas partes con la industria e guía del Espíritu Sancto, cuyo ministro e adalid fue el memorable don Cristóbal Colón, primero descubridor destas Indias. E así, continuamente se han convertido y convierten estos indios a Dios, e se van encorporando en la república cristiana, sin cesar ni dejar perder tiempo en tan sancto ejercicio con estos animales racionales, ayudándolos a conocer a Dios e a salvar sus ánimas, y entre tanto que los religiosos e perlados, así se aplican a tan sancta obra, e la gente de guerra a domar e sobjuzgar los inobedientes e ingratos a Dios, e fugitivos de tan alto conocimiento..."

(G.F. de O.: Hist. Gen. y Nat. de las Indias: Libro XII, Promemio, 28-29, T. II).

/se refiere al año 1533/

"... y la causa del trabajo que los españoles allí parecían, e de su pobreza, se podía mejor atribuir a que muchos indios de ser maltratados, eran muertos, e otros idos; e porque en aquella tierra había faltado el oro labrado de piezas; e porque haciendo esclavos los indios a diestro, e más a siniestro, los habían vendido é sacado - de la tierra, e los que quedaban, huían a los montes e se dejaban morir por salir de tan grande subjección; e los cristianos, por no tenellos, andaban por irse de la tierra. Y todo esto confesaba el mesmo Cereceda en sus letras..."

(G.F.de O.; Hist. Gen. y Nat. de las Indias. Libro XXXI, Cap. VI: 386, T.III.)

"Cosa es maravillosa que en espacio de una jornada de cinco o seis leguas de camino, y próximas y vecinas unas gentes - con otras, no se entienden los unos a los otros indios, como más largamente por estos tractados... podrás llenamente, letor, informaros, y podéis creer que, segund la innumerable generación destos indios, estas diversidades de sus lenguas han seído las principales armas con que los españoles se han enseñoreado destas partes, juntamente con las discordias que entre los naturales dellas continuamente había. Porque de otra manera, imposible cosa fuera, a mi ver, haber podido subjuzgar e traer a la obediencia e a la unión de la república cristiana tanta parte destas generaciones en tan apartadas regiones de nuestra Europa."

(G.F.de O.; Hist. Gen. y Nat. de las Indias, Libro VI, Cap.XLIII: 202-203, T.I.)

ZONAS ALEDAÑAS

Indias

226-227-136-262

"El manjar más ordinario de los indios e a que ellos tienen grande afición, son los pescados de los ríos e de la mar; e son muy diestros en las pesquerías e artificios de que usan para los tomar. Porque, así como en España pescan algunos con caña, de la mesma manera los indios lo hacen con varas delgadas e domables e cuales convienen para ello, e con cuerdas e volantines e con redes de algodón e muy bien hechas, lo más continuamente. Y también con corrales e atajos hechos a mano, de estacadas, en los arracifes, donde la mar, en las costas, cresce e mengua, y en parte a esto apropiadas; y también desde sus canoas o barcas, que son de la manera que tengo dicho e más particularmente se dirá adelante. Y también usan de cierta hierba que se dice baigua (en lugar de belesa o varbasco), la cual, desmenuzada en el agua, ora sea comiendo della el pescado, o por su propia virtud penetrando el agua, embeódanse los pescados e desde a poco espacio de tiempo se suben sobre el agua, vueltos de espaldas o el vientre para suso, dormidos o atónitos, sin sentido, e los toman a manos en grandísima cantidad. Esta baigua es como bejuco, e picada e majada aprovecha para ambarbascar e adormecer el pescado... Mas porque dije debajo desta generalidad, que los indios pescan con varas, imitando al pescar de caña de España, e con cuerdas o volantines, digo que estas dos maneras de pescar aprendieron ellos de los cristianos, porque los indios no tenían anzuelos. Así que, dejados estos dos maneras de pesquerías aparte de las otras que he dicho, sin ellas se aprovechaban e pescaban continuamente -

de otras formas, e también con judrías e -
con cierta manera de garlitos en los ríos"

(G.F.de O.,; Hist. Gen. y Nat. de las Indias,
Libro XIII, Cap.I; 56-57, T.II).

Urabá 342-316-727-567-302-241

"En algunas partes de la costa deste
río /de Sanct Joan o Río Grande/ hay pobla
ciones dentro del agua, y están fundadas -
las casas sobre muchas palmas altas y jun
tas y gruesas. Y hay buhío déstos que tie
ne cincuenta y sesenta palmas; y tienen sus
escalas hechas de bejuco, por donde suben
y descenden, y allá en lo alto está hecha
la casa y habitación de los indios, y al
pie de las palmas tienen sus canoas con que
salen a pescar y a labrar la tierra y sem
brar sus maizales en lo que está enjuto y
apartado del río. Estas son muy fuertes y
seguras casas o moradas contra el fuego, y
sin temor de sus enemigos y de los tigres
y otras bestias fieras, y poco hombres bas
tan a defender una casa déstas contra mu
chos, aunque sea uno en resistir a cientos.

Deste camino en que se descubrió este
río grande de Sanct Joan, se hobo algún oro
que se halló en poder de caciques de la co
marca, e se hobieron algunos indios, salte
ándolos, segund costumbre de gente en gue
rra; pero después de habidos, hacíalos trac
tar bien Vasco Núñez, y daba a los caciques
hachas y otras cosas para los animar y tra
er a la amista de los cristianos. Y los
mismos caciques daban a los españoles algu
nos indios que entre ellos tienen por es
clavos, y se sirven dellos, que los han ha
bido en la guerra, la cual nunca falta en
tre los indios unos con otros; y al que es

esclavo llámanle "paco", y cada cacique -
tiene sus esclavos herrados con su señal-
diferenciada en el brazo o en la cara, y
algunos tienen por señal sacarle al esclavo
un diente de los delanteros de la boca.
También los caciques se pintan a sí y a
sus indios y gente, y tienen sus divisas e
invenciones de pinturas, para esto, de o-
tra manera, muy diferenciadas de las que u-
san poner a los esclavos: y hacen aquellas
labores con un cierto carbón molido, que
llaman "thyle", que echan sobre lo que han
cortado con unas navajas sutiles de peder-
nal, o punzándolo con unas espinas de tu-
nas que sacan sangre, en la cual se empapa
aquel carbón, y quédales fija la pintura y
señales para cuanto vivan, que es negro y
de aquella manera que en Berbería se acos-
tumbran pintar entre los moros. Aquel pol-
vo negro que así se echan en lo cortado, -
de que quedan pintados, que se llama "thy-
le", es muy presciado entre los indios; y
es buen rescate para su tracto."

(G.F.de O.: Hist. Gen. y Nat. de las Indias,
Libro XXIX, Cap.II; 210, T.III).

Darién

761

/En 1521-22, castigando al cacique Co-
robari que se había alzado/

"Al cual yo mandé ahogar primero, por
que quiso morir cristiano y era bautizado.
Esta muerte se le dió porque los indios te-
men mucho el fuego, e todas las otras mane-
ras de morir, no las temen".

(G.F.de O.; Hist. Gen. y Nat. de las Indias,
Libro XXIX, Cap. XVI:272-273, T.III)

"... en esta isla Española, y en las otras partes todas destas Indias que hasta el presente se saben, en todas las costas de la mar, y en los ríos que los cristianos han visto hasta agora, hay una manera de barcas, que los indios llaman canoa, con que ellos navegan por los ríos grandes y a simismo por estas mares de acá; de las cuales usan para sus guerras y saltos, y para sus contractaciones de una isla a otra, o para sus pesquerías y lo que les conviene. E asimismo, los cristianos que por acá vivimos, no podemos servirnos de las heredades que están en las costas de la mar, y de los ríos grandes, sin estas canoas. Cada canoa es de una sola pieza, o sólo un árbol, el cual los indios vacían con golpes de hachas de piedras enastadas, como aquí se ve la figura della; y con estas cortan o muelen a golpes el palo ahorcándolo y van quemando lo que está golpeado y cortado, poco a poco, y matando el fuego, tornando a cortar y golpear como primero. Y continuándolo así, hacen una barca cuasi de talle de artesa o dornajo; pero honda e luenga y estrecha, tan grande y gruesa como lo sufre la longitud y latitud del árbol de que la hacen. Y por debajo es llana y no le dejan quilla como a nuestras barcas y navíos. Estas he visto de porte de cuarenta y cincuenta hombres, y tan anchas, que podría estar de través una pipa holgadamente entre los indios flecherós; porque estos usan estas canoas tan grandes e mayores como lo que he dicho, e llámanlas los caribes piraguas, y navegan con velas de algodón y al remo, asimismo, con sus nahes, (que así llaman a los remos). Y van algunas veces vogando de pies, y a veces asentados, y cuando quieren, de rodillas. Son estas nahes como palas luengas, y las cabezas como una muleta de un cojo o tollido, según aquí está pintado el nahe o remo y canoa.

Hay algunas destas canoas tan peque
ñas, que no caben sino dos o tres indios,
y otras seis, y otras diez, e de ahí ade-
lante, segund su grandeza".
(G.F. de O., Hist. Gen. y Nat. de las Indias
Libro VI, Cap. IV, 149, T.I)

Isla Española

-352

"... a la cual cama llaman hamaca;
y es de aquesta manera: una manta tejida
en parte, y en partes abierta, a escaques
cruzados, hecha red (porque sea más fres-
ca). Y es de algodón hilado de mano de
las indias, la cual tiene de luengo diez
o doce palmos, y más o menos, y del ancho
que quieren que tenga. De los extremos
desta manta están asidos e penden muchos
hilos de cabuya o de heneguén. Aquestos
hilos o cuerdas son postizos e luengos, e
vânse a concluir, cada uno por sí, en el
extremo o cabos de la hamaca, desde un tran-
cahilo (de donde parten), que está fecho
como una empulguera de una cuerda de balles-
ta, e así la guarnesen, asidos al ancho,
de cornijal o cornijol, en el extremo de
la hamaca. A los cuales trancahilos ponen
sendas sogas de algodón o de cabuya, bien
fechas, o del gordor que quieren; a las cua-
les sogas llaman hicos (porque hico quiere
decir lo mismo que sogas, o cuerda); y el un
hico atan a un árbol o poste, y el otro al
otro, y queda en el aire la hamaca, tan al-
ta del suelo como la quieren poner".

(G.F. de O., Hist. Gen. y Nat. de las Indias;
Libro V, Cap. II, 117, T.I)

Usaban los indios desta isla, entre otros sus vicios, uno muy malo, que es tomar unas ahumadas, que ellos llaman tabaco para salir de sentido. Y esto hacían con el humo de cierta hierba que, a lo que yo he podido entender, es la calidad del beleño; pero no de aquella hechura o forma, según su vista, porque esta hierba es un tallo o pinpollo como cuatro o cinco palmos, o menos de alto, y con hojas anchas e gruesas, e blandas e bellotas, y el verdor tira algo a la color de las hojas de la lengua de buey (o buglosa que llaman los herbolarios o médicos). Esta hierba que digo, en alguna manera o género, es semejante al beleño. La cual toman de aquesta manera: los caciques e hombres principales tenían unos palillos huecos, del tamaño de un jeme o menos, de la grosseza del dedo menor de la mano, y estos cañutos tenían dos cañones respondientes a uno, como aquí está pintado, e todo en una pieza. Y los dos ponían en las ventanas de las narices, e el otro en el humo, e hierba que estaba ardiendo o quemándose: y estaban muy lisos e bien labrados. Y quemaban las hojas de aquella hierba arrebujuadas o envueltas de la manera que los pajes cortesanos suelen echar sus ahumadas; e tomaban el aliento e humo para sí, una e dos e tres e más veces, cuanto lo podían porfiar, hasta que quedaban sin sentido grande espacio, tendido en tierra beodos, o adormidos de un grave e muy pesado sueño. Los indios que no alcanzaban aquellos palillos, tomaban aquel humo con unos cálamos o cañuelas de carrizos, e a aquel tal instrumento con que toman el humo, o a las cañuelas que es dicho, llaman los indios tabaco, e no a la hierba o sueño que les toma (como pensaban algunos). Esta hierba tenían los indios por cosa muy preciosa, y la criaban en sus huertos e labranzas, para el efeto que es dicho: dán

dose a entender que este tomar de aquella-
hierba e zahumerio no tan solamente les e-
ra cosa sana, pero muy sancta cosa"

(G.F.de O; Hist. Gen, y Nat. de las Indias;
Libro V, Cap.II: 116, T.I)

Darién

325

/refiriéndose al trabajo en oro/

"Y porque podría alguno pensar que e
este oro que aquí se llama fino, fuese de-
ley de veinte e cuatro quilates, o de onza
digo que no era así, mas porque los indios
acostumbran labrar oro de muchas e diversas
leyes, llamaban los cristianos, en esta sa-
zón, fino a lo que era de veinte quilates,
e de allí adelante, y a lo que era de me-
dio oro abajo, que no le hallaban ley por-
las puntas, y el toque, tomaban "guanín".

(H.F.de O.; Hist.Gen, y Nat. de las Indias;
Libro XXIX, Cap.V: 218, T.III)

Tierra Firme

727

"Hieu, rey de Israel, mató septenta hijos-
de Acab, cuyas cabezas, con las de otros -
sus parientes, hizo poner sobre sendos pa-
los hincados en tierra. La semejanza de
tales cabezas, así puestas a manera de tro-
feos, en muchas partes lo usan los indios-
en la Tierra Firme, donde yo he visto innu-
merables, puestas en árboles e palos en -

torno de las casas de los caciques e señores principales; e preguntándoles de quién son tales cabezas, dicen que de los enemigos e hombres que ellos han muerto..."

(G.F.de O; Hist.Gen. y Nat.de las Indias;
Libro VI, Cap. XLIX: 216, T.I)

Tierra Firme 191

"... porque como estos indios eran cortos, e lo son, de vocablos, de una misma manera llaman diversas cosas... No obstante lo cual, la lengua y lenguas de los indios son brevísimas. Y dije lenguas, porque muchas e muy diferentes unas de otras..."

(G.F.de O.; Hist.Gen, y Nat.de las Indias;
Libro VIII, Cap.XVI: 257, T.I)

Tierra Firme 191

"Este nombre iraca /significa hierba/ es de la lengua de Cueva, en Tierra Firme, en la gobernación de Castilla del Oro, y en estas islas y en la Tierra Firme hay muchas diferencias de lenguas de una gente a otra, e una cosa tiene muchos nombres, e también diversas cosas tienen un mismo nombre; y querer escudriñar éste, sería nunca acabar Y ved en cuánta manera es la diferencia; que allí en donde a las hierbas llaman iracas, seyendo muchas, llaman a la mujer ira,

... y a la manceba iracha." ...

(G.F. de O.; Hist. Gen. y Nat. de las Indias;
Libro VII, Cap. XII; 239, T. I)

Tierra Firme ... 535-211-54

"En tanto, que enturan estos sus cantares e los contrapases o bailes, andan otros indios e indias dando de beber a los que danzan, sin se parar alguno al beber, sino meneando siempre los pies e tragando lo que les dan. Y estos que beben con ciertos bebrajes que entre ellos se usan, e quedan, acabada la fiesta, los más dellos y dellas embriagados e sin sentido, tendidos por tierra muchas horas. Y así como alguno cae beodo, le apartan de la danza e prosiguen los demás; de forma que la misma borrachera es la que da conclusión al areito. Esto cuando el areito es solemne e fecho en bodas o mortuorios o por una batalla, o señalada victoria e fiesta; porque otros areitos hacen muy a menudo sin se emborrachar. E así unos por este vicio, otros por aprender esta manera de música, todas saben esta forma de hirtoriar, e algunas veces se inventan otros cantares y danzas semejantes por personas que entre los indios están tenidos por discretos e de mejor ingenio en tal facultad."

(G.F. de O.; Hist. Gen. y nat. de las Indias;
Libro V, Cap. I, :115, T. I)

/refiriéndose a los areitos/

"Algunas veces con el canto mezclan un atambor, que es hecho en un madero redondo, hueco, concabado, e tan grueso como un hombre, e más o menos, como le quieren hacer; e sueña como los atambores sordos que hacen los negros; pero no le ponen cuero, sino unos agujeros e rayos que trascienden a lo hueco, por do rebomba de mala gracia. E así, con aquel mal instrumento o sin él, en su cantar, cual es dicho, dicen sus memorias e historias pasadas..."

(G.F.de O.; Hist. Nat. y Gen.de las Indias; Libro V, Cap.I; 114, T.I)

"Ni tampoco estas gentes hacen vino de uvas, aunque las tienen salvajes y muchas, pero hácenlo del maíz y de la yuca (que es el pan que comen en algunas provincias), y en otras, de miel e agua, y en partes algunas, de ciertas ciruelas e piñas; e otros vinos e bebrajes de otras maneras, como se verá más largamente por esta General Historia, podrá ser el lector informado. Y este vino en unas partes lo llaman chicha, y en otras por otros nombres, porque hay muchas y diversas lenguas".

(G.F.de O.; Hist. Gen.y Nat. de las Indias; Libro VI, Cap. XLIX: 217, T.I)

Tierra Firme ... 727
/refiriéndose al empleo de la cabuya
y del henequén/

"Aquí cuadra una particular invención
nueva destes indios, enseñados de la Natu-
ra, después que los cristianos los enseñaron
a estar en grillos e prisión. Decirse
ha la manera que tienen para cortar el hie-
rro, con hilo desta cabuya o del henequén
si les dan espacio para ello, Estó está -
experimentado en que de noche, descuidados
los cristianos, e teniendo en cadenas pre-
sos algunos indios, o con grillos; se han
soltado e ídose; e han hallado cortadas las
prisiones, y es desta manera. Como quien
asierra, mueven sobre el hierro que quieren
cortar, un hilo de henequén o cabuya, ti-
rando e aflojando, yendo e viniendo de una
mano hacia otra, y echando arena menuda -
sobre el hilo, en el lugar o parte que lo
mueven, ludiendo en el hierro; y como el -
hilo va rozando, así lo van mejorando e po-
niendo del hilo que está sano e por rozar,
y desta forma siegan un hierro por grueso
que sean, e lo cortan como si fuese una co-
sa tierna o muy fácil de cortar. En Tierra
Firme ha acaescido cortar a trozos los ind-
dios áncoras de navíos de la manera que es
tá dicho".

(G.F. de O.; Hist. Gen. y Nat. de las Indias;
Libro VII, Cap. X: 237-238, T.I)

Tierra Firme

324

"Tampoco hobieron menester los indios
esta invención /espejos/, ni aprender de
otras gentes a hacer espejos; porque de mar-
garita los hacen muy excelentes en la Nue-

va España e en otras partes de la Tierra-Firme."

(G.F.de O.; Hist.Gen.Y Nat.de las Indias;
Libro VI, Cap. XLIX: 217, T.I)

Tierra Firme

412

"Mas, otra manera de aserrar un hierro se ha hallado en estas partes (y aunque sea una gruesa áncora) cosa maravillosa diré; pues que el indio, con un hilo de algodón o de henequén o cabuya, corta cualquier hierro. Y esto les ha enseñado la necesidad, para cortar los grillos o cadenas en que algunos cristianos los han aherrrojado e puesto en prisiones. E hase averiguado que, dándoles tiempo, toman un hilo de los que he dicho, e aquél muévenle sobre lo que quieren cortar, echando sobre él arena menuda, poco a poco, allí donde la cuerda lude; e así como comienza a cortarse ser caliente el hierro, le tranzan como cortarían un nabo; e así como se va rozando el hilo, lo mejoran encontinente poniéndolo sano, Cosa es probada, e vista muchas veces en la Tierra Firme."

(G.F.de O.;Hist. Gen, y Nat. de las Indias;
Libro VI, Cap. XLIX: 217-18 T.I)

Tierra Firme

535-211-54

"Tenían estas gentes una buena e gentil manera de memorar las cosas pasadas e

antiguas; y esto era en sus cantares e bailes, que ellos llaman areito, que es lo mismo que nosotros llamamos bailar cantando... el cual areito decía desta manera: cuando querían haber placer, celebrando entre ellos alguna notable fiesta, o sin ella, por su pasatiempo, juntábanse muchos indios e indias, algunas veces los hombres solamente, y otras veces las mujeres por sí, y en las fiestas generales, así como por una victoria o vencimiento de los enemigos, o casándose el cacique o rey de la provincia, o por otro caso en que el placer fuese comúnmente de todos, para que hombres e mujeres se mezclasen. E por más extender su alegría e regocijo, tomábanse de las manos, algunas veces, e también otras, trabábanse brazo con brazo ensartados, o asidos muchos en rengle, o en corro asimismo; e uno dellos tomaba el oficio de guiar (ora fuese hombre o mujer), y aquel daba ciertos pasos delante e atrás, a manera de un contrapás muy ordenado, e lo mismo, y en el instante, hacen todos, e así andan en torno, cantando en aquel tono bajo o alto que la guía los entona, e como lo hace e dice, muy medida e concertada la cuenta de los pasos con los versos o palabras que cantan. Y así como aquél dice, la moltitud de todos responde con los mismos pasos e palabras e orden; e en tanto que le responden, la guía calla, aunque no cesa de andar el contrapás. Y acabada la respuesta, que es repetir o decir lo mismo que el guiador dijo, procede encontinente, sin intervalo, la guía otro verso e palabras que el corro e todos tornan a repetir; e así sin cesar, les tura esto tres o cuatro horas y más, hasta que el maestro o guiador de la danza acaba su historia; y a veces les tura desde un día hasta otro. Algunas veces, junto con el canto mezclan un atambor (ver fig.534)"

(G.F.de O.; Hist.Gen. y Nat. de las Indias; Libro V, Cap.I; 113-114, T.I)

"Bija. Este arbusto o planta producido, de sí mismo, por industria e obra de la Naturaleza, como todos los que he dicho. Pero también éste e los otros los plantan los indios cuando quieren. Y puse aquí éste, porque vino a propósito de la pintura de los indios con la bija e la xagua. Esta planta o bija hay en ésta e las otras islas e en la Tierra Firme, e son tan altas como estado y medio de hombre, o poco más o menos. Tiene la hoja cuasi de la manera del algodón, y echa unos fructos en capullos que quieren pareacer a los del algodón salvo que por de fuera tienen un vello grosezuelo, por ciertas venas que de fuera señalan los apartamientos o partes que dentro tienen el capullo, dentro del cual están unos granos colorados, o rojos, que se pegan como cera, o más viscosos; e de aquéllos hacen unas pelotas los indios con que después se pintan las caras, e lo mezclan con ciertas gomas, e se hacen unas pinturas como bermellón fino, e de aquella color se pintan las caras y el cuerpo, de tan buena gracia, que pareacen al mismo diablo. E las indias hacen lo mismo cuando quieren hacer sus fiestas e areitos o bailes, y los indios, cuando quieren pareacer bien, e cuando van a pelear, por pareacer feroces. Después, aquesta bija es muy mala de quitar hasta que pasan muchos días; mas aprieta mucho las carnes e dicen que se hallan muy bien con ella, e aun tiene un bien o sirve a los indios en esto: que cuando están así pintados, aunque los hieran, como es la pintura colorada e de la color que le sale la sangre, no desmayan tanto como los que no están pintados de aquella color rojo o sanguina; e ellos atribuyéndolo a la virtud de la bija, e no es sino por ser así de color sanguina, con la cual no parece tanta la sangre, como se parece en otro indio que no esté embijado.

Ella es pintura que, demás de su mal parecer, no tiene buen olor, a causa de las gomas o cosas con que la mezclan. Mas para pelear e mostrarse feroces en la batalla, se pintan de tal color."

(G.F.de Oviedo,; Hist.Gen, y Nat.de las Indias, Libro VIII, Cap. VI: 253, T.I)

Tierra Firme

725

"Pero, la que en algunas partes e pueblos de la Tierra Firme han visto nuestros milites españoles, es cosa muy extraña e notable, como por estas mis historias se puede ver en algunas poblaciones, muradas de uno e dos e más lienzos o cercas de árboles grosísimos, sembrados e puestos a mano, apartados el uno del otro cuatro e cinco e seis pies, e más e menos. E aquéllos así como van creciendo, los van limpiando, para que suban e crezcan derechos, e en discurso de tiempo e años, engordan e se hacen poderosos, e tan al propósito, que no dejan vacuo alguno entre un árbol e otro, e así juntos, en su circunferencia hacen una muralla que, a mi ver, es la más fuerte que pensarse puede, si toviere mediocre compañía de defensores."

(G.F.de O.; Hist. Gen,y Nat. de las Indias; Libro VI, Cap. XLIX: 217, T.I)

BIBLIOGRAFIA

- ARANIBAR, Carlos
Algunos problemas heurísticos en las crónicas de los siglos XVI - XVII.
En: NUEVA CORONICA, tomo I, p.129, Lima, 1963.
- BALANDIER, Georges
El concepto de "situación" colonial.
Cuadernos del Seminario de Integración Social - Guatemalteca. n.22, Guatemala, 1970.
- BENZONI, Girohamo
La Historia del Mondo Nuovo.
Giordomo Editor, Milán, 1965.
- BRODA, Johana.
Continuidad y cambios en la sociedad indígena de México después de la conquista: estructuras prehispánicas y coloniales.
Edición mineografiada CISINAH, México, 1975
- COLOMBRES, Adolfo
La colonización cultural de la América Indígena.
Buenos Aires, 1976, Ediciones del Sol.
- CHAPMAN, Anne M.
Los nicaraos y los choroteqa según las fuentes históricas.
Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, San José, 1967.

ELIADE, Mircea.

Tratado de Historia de las religiones.
Ediciones ERA, México, 1975.

FARON, L.C.

Effects of Conquist of the Araucanian Picunche during the Spanish colonization of Chile: 1536-1635.
En: ETNOHISTORY, pp239-307. 1960.

FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo.

Historia General y Natural de las Indias.
Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1959.

GONGORA, Mario.

Los grupos de conquistadores en Tierra Firme, (1509-1530). Fisonomía histórico-social de un tipo de conquista.
Universidad de Chile, Centro de Historia Colonial. 1962.

KONETZKE, Richard

La esclavitud de los indios como elemento en la estructuración social de Hispanoamérica.
Estudios de Historia Social de España, tomo 1., Madrid, 1949.

LANTERNARI, Vittorio.

Désintégration culturelle et processus d'aculturation.
En: Cahiers internationaux de sociologie, 1966, pp. 117 - 132. (Trad. esp. en Occidente y Tercer Mundo, Buenos Aires, 1974.

LEON PORTILLA, Miguel

La Religión de los Nicaraos. Análisis y comparación de tradiciones culturales nahuas.
México, 1972, U.N.A.M.

Visión de los vencidos.

Biblioteca del Estudiante Universitario. U.N.A.M.
México, 1969.

LINES, Jorge.

Esbozo arqueológico de Costa Rica.

En: Bonilla A. Historia y antología de la literatura costarricense.

La concepción del mundo de los aborígenes de Costa Rica.

Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, 1959.

Integración de la provincia de Costa Rica bajo el reinado de Carlos V.

Instituto Costarricense de Cultura Hispánica,
San José, 1959.

MILLONES, Luis.

Introducción al proceso de aculturación indígena.
Lima, 1967.

MURRA, John V.

Formaciones económicas y políticas del Mundo Andino.

Lima, 1975, Instituto de Estudios Peruanos.

NATHAN, Wachtel.

Los Vencidos. Los indios del Perú frente a la Con-
quista española. (1530-1570)
Madrid, 1976, Alianza Universidad.

POLANYI, Karl-ARENSBERG, Conrad. PEARSON, H.W.

Comercio y mercado en los imperios antiguos.
Editorial Labor, Barcelona, 1976.

RAMOS Demetrio.

Las ideas de Fernández de Oviedo sobre la técnica
de colonización en América.
Cuadernos Hispanoamericanos, vol. 32, n.96, pp.
279-289. Diciembre, 1972.

REY PASTOR, Julio.

La ciencia y la técnica en el descubrimiento de
América.
Buenos Aires, Espasa Calpe, 1945.

ROSEMBLAT, Angel.

La primera visión de América y otros estudios.
Colección Vigilia. Ministerio de Educación, Carac-
cas, Venezuela, 1965.

SAHLINS, Marshall.

Las sociedades tribales.
Editorial Labor, Barcelona, 1977.

SALAS, Alberto Mario.

Las arenas de la conquista.
Buenos Aires, Argentina, 1950.

SANCHEZ-ALBORNOZ, Claudio.

Los indios y tributos en el Alto Perú.
Perú, 1973. Instituto de Estudios Peruanos.

SEGGIARO, Luis A.

Medicina indígena de América.

Buenos Aires, 1977, Editorial Universitaria de -
Buenos Aires.

SEJOURNE, Laurette.

Antiguas culturas precolombinas.
Historia Universal Siglo XXI, Madrid, 1972.

SERVICE, Elman R.

Indian-European relations in Colonial America.

En: American Anthropologist, junio, 1955, pp.411-
425.

SOUSTELLE, Jacque.

Recontre de la civilization hispanique et des ci-
vilizations indigènes de l'Amérique.

Paris, s.d.

SPALDING, Karen

De Indio a Campesino. Cambios en la estructura
social del Perú Colonial.

Lima, 1974, Instituto de Estudios Peruanos.

STONE, Doris

Arqueología de la América Central.

Guatemala, 1976. Editorial Piedra Santa.

VASQUEZ, Josefina Zoraida de. -
El indio americano y su circunstancia en la obra
de Fernández de Oviedo. Revista de Indias. vol.
17, n. 69-70, julio-diciembre, 1957.